

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.
Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 13. — N° 80.

SUMARIO.

Casa del consulado francés en Galípoli; grabado. — Caprichos literarios. — Revista de Paris. — A un ojo malo. — La Drobrudja; grabados. — La feria de Beaucaire; grabados. — Filología moral. — Biografía de D. Juan Arólas. — Un camino en Noruega; grabados. — Margarita Pusterla. — Melodías árabes. — La fonda de San Nicolás en Nueva-York; grabado. — Barómetro. — El sueño de oro. — Un incendio célebre. — Retrato de Carlo-Magno. — Mehmed-Bajá, gran visir; grabado.

Casa del consulado francés en Galípoli.

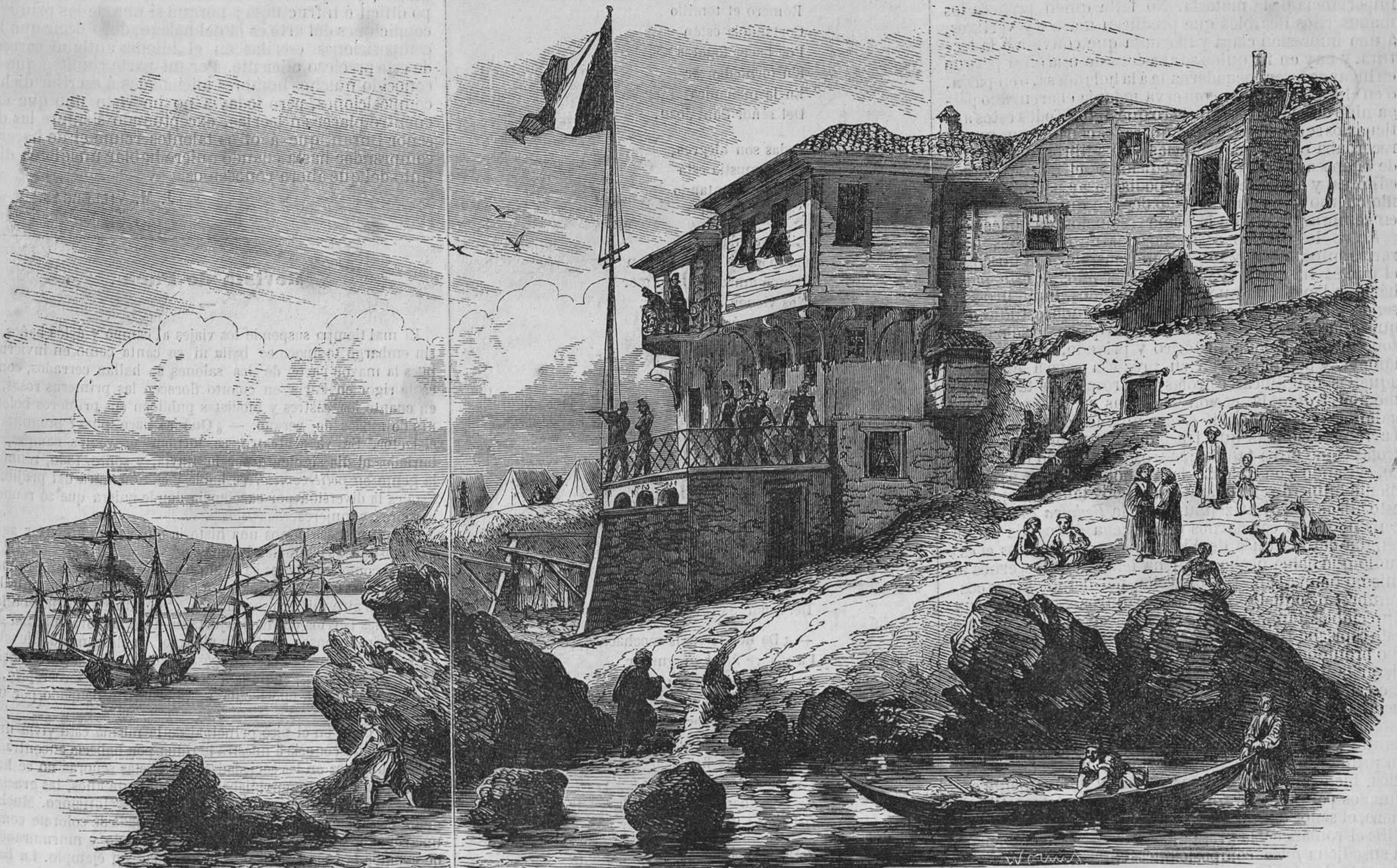
Los aliados de la Turquía tienen en la campaña de

Oriente un doble interés que en nuestro concepto no será perdido para el arte. En primer término está la expectativa de la guerra que ofrece en sus mismos peligros un manantial inagotable de entusiasmo, y después, para los hombres instruidos ó dotados de imaginación queda el interés que ofrece un país nuevo, una civilización distinta, unas costumbres extrañas y poéticas que tantas veces han arrancado inspirados acentos á las musas septentrionales.

Por otra parte, los hombres que como el general Saint-Arnaud ocupan un puesto distinguido, pueden disfrutar las gratas emociones del Oriente, multiplicadas siempre por un obsequioso recibimiento. Cuando se trata de alojar á un huésped ilustre y poderoso, todo el mundo piensa en añadir el recreo á la hospitalidad. Así estos señores tienen en todas partes las comodidades á que están acostumbrados, la facilidad de halagar

la imaginación con todo lo que puede satisfacerla en la tierra, y todos los medios en fin para llenar cumplidamente los deberes del viajero, aun sin faltar á los que impone la guerra. Por eso creemos que la actual campaña de Oriente no será perdida para el arte. Entre los distinguidos oficiales de Estado Mayor que acompañan al general, no puede ménos de haber alguna musa, alguna alma privilegiada que se inflame bajo el hermoso sol que ha inspirado á los mas grandes vates de la antigüedad y que nos enseñe luego la historia bajo la preciosa forma de la epopeya.

Sugiérennos estas ideas la residencia del cónsul de Francia en Galípoli, donde ha sido alojado el general Saint-Arnaud, casa situada á la vista del puerto, que tiene vistas al mar y desde cuyas ventanas se descubren las costas del Asia. Allí todo es bello y todo es grande; la naturaleza sonríe á los sentidos, y la historia habla



Casa del consulado francés en Galípoli.

á la imaginación. Cada paso recuerda una gloria inmortal ó una catástrofe sangrienta: cada nombre local es una leyenda ó una tradición, cada momento de fatiga de tales casos vale mas que un año perdido entre los placeres que carecen de novedad y de encanto. Tenemos el gusto de dar á nuestros lectores un diseño de la casa á que nos referimos en estas líneas y al frente de la cual se ve flotar la bandera francesa. Así nuestra publicación puede considerarse siempre en su primera página como un álbum pintoresco destinado á conservar las mas graciosas vistas del Oriente.

Caprichos literarios.

La naturaleza es prodigiosa en todo, pero principalmente en las combinaciones con que en todas las cosas corrobora la idea del infinito. Sin mas que siete notas musicales nos da cuanto podemos desear para estar produciendo eternamente cantos nuevos sin punto alguno de semejanza ó de reminiscencia. Las veintisiete letras del alfabeto castellano han producido ya millones de volúmenes diferentes todos por su estilo y por su objeto, y la numeración arábiga, no ménos maravillosa que el abecedario en sus combinaciones, no basta á expresar los volúmenes que podrán hacerse aún con las expresadas letras del alfabeto.

Pero esta variedad, producida por menor número de elementos constituyentes, en ninguna cosa patentiza su profusión tanto como en el hombre, física y moralmente considerado. Bajo el primer punto de vista, esto es, considerando solo la parte física, y sabiendo que la población constante del orbe asciende próximamente á mil millones de habitantes, es asombroso el ver que nunca pueden hallarse dos personas idénticas. Cuando se observa cierta semejanza en la fisonomía, falta la de la estatura, y aun en las cosas que ofrecen dicha semejanza ó analogía está probado que jamás se llega á la identidad. Pero esta prodigiosa variedad de la especie humana excede á toda ponderación, entrando en el terreno de las condiciones morales, y particularmente en el de los gustos ó caprichos literarios, entre los cuales solo quiero ocuparme hoy de los aficionados á las antigüedades.

Yo he conocido varios y muy diversos bibliófilos, cada uno de los cuales podía pasar en su clase por un modelo sin ejemplo. A uno le gustaban los libros mas que por el contenido por la rareza de los ejemplares, como si siendo de algun interés su lectura desmereciese algo en el caso de una nueva y numerosa edición. Otro prefería los libros por la circunstancia de estar impresos en tal ó cual imprenta, como si la topografía, que nunca habla de un modo halagüeño á los ojos en las ediciones antiguas, pudiese añadir ó quitar algo á la importancia de la materia. No falta quien prefiera los manuscritos ilegibles que producen mareos y vértigos, á una impresión clara y hermosa que convida á la lectura, y hay en fin quien se apasiona de una obra porque en lugar de estar encuadrada á la holandesa, ó en pasta, ó en elegante tafíete, conserva todavía el arrugado pergamino del siglo pasado. ¿Pero qué digo? Todos estos anticuarios se conciben bien comparados con uno que nunca recordaba otras circunstancias de sus libros mas que las de la época de su primera edición y el nombre de los editores, y aun este hombre podía pasar por un bibliófilo cuerdo y común al lado de otro que solo pensaba en comprar libros con la firme resolución de no leerlos.

Entre los gustos raros por las antigüedades literarias, ninguno hay tan incomprensible para mí como el que se ha desarrollado de pocos años á esta parte hácia la lengua de nuestros antepasados. Inauguró esta senda el célebre Larra con el profundo estudio que quiso hacer de su modelo Macías, de quien no solo quiso conocer el personaje histórico y privado, sino hasta el idioma, y popularizó en su preciosa novela *El Doncel* aquellas magníficas estrofas amorosas que tan lindamente retratan la pasión de Macías en la época de los galanteos en que vivió este simpático caballero. Pero Larra no hizo mas que trasladar á su obra dichas estrofas como otros tantos cuadros de colorido lengüístico, evitando con talento la monotonía que naturalmente hubiera resultado de prodigar tales ejemplos, y esto mismo hizo Hartzenbusch, en la *Redoma Encantada*, contentándose con darnos una escena dialogada en la lengua del marqués de Villena, para probarnos el estudio que habia hecho de dicha lengua y ofrecernos al mismo tiempo una reproducción fiel del idioma y costumbres de aquellos tiempos. Pero otros escritores, muy apreciables también por otros conceptos, han llevado este capricho literario al extremo, han hecho un estudio profundo y penoso de la lengua antigua, sin considerar la inutilidad de su trabajo, y hasta han llegado á escribirla con tanta facilidad y corrección como manejan el idioma moderno, lo cual revela ciertamente talento y una gran fuerza de voluntad. Entre estos literatos contemporáneos á quienes me refiero figuran en primera línea los señores Duran y Amador de los Rios, bien conocidos por sus obras, y debidamente estimados por todos los amantes de las bellas letras. El primero, el señor Duran, que con tanta pureza de estilo escribe el romance y la prosa moderna, escribe también en la susodicha *fabla* composiciones enteras, de las cuales presento la siguiente como muestra doblemente estimable por el estudio que supone y por el númen poético que revela la bien acreditada musa del autor.

COMIENZO EL CANTAR

De la mañanica de Sant Joan.

TROBADO

Á GUIZA DE COPLAS DEL TIEMPO VIEJO.

Mañanica era mañana
Del señor Sant Joan :
Sus celos é amores cantan
Las aves del praderal.

El sol nascente las flores
Vinielas á saludar ;
La yerba allí verdeguea
Como esmeralda oriental.

E las gotas de rocío
Perlas se ven semejar
En la mañanica
Del señor Sant Joan.

Agua que llevan arroyos
Es mas clara que el cristal,
En los remansos que dejan
Pastoras se ven mirar.

Et los sus rostros se laban,
Sus rostros labando están :
Cuidan que el agua del santo
Mas lindos los va á parar.

Los sus fermosos cabellos
Ponen se los á peinar :
Cuidan qu' el sol de aquel dia
Mayor lustre los dará,
En la mañanica
Del señor Sant Joan.

Doncellas que vienen,
Mochachas que van,
Echando están suertes
Para adivinar

Si ántes que venga
El otro Sant Joan
Serán ya casadas
O non lo serán,
En la mañanica
Del señor Sant Joan.

Unas cogen rosas
Las otras azar,
Otras hay que riegan
Florido rosal,

Romero et tomillo
Cortándole están
Por hacer fogatas
E'n torno danzar
En la mañanica
Del señor Sant Joan.

Todas son alegres,
Nadie mustia está
E bailan cantando
Aqueste cantar :

Bien venida seas
La mañana de Sant Joan
Donde amadores de amor
Nos vienen á recuestar,
En la mañanica
Del señor Sant Joan.

Mancebos acudid cedo,
No vos querades tardar,
Que si cedo non venís
Después non habrá lugar
Si es pasada la mañana
Del señor Sant Joan.

Las rosas son sin espinas
En este dia no mas ;
Venid á cogerlas frescas
Antes de se marchitar
Cuando pase la mañana
Del señor Sant Joan.

— ¿De dónde venís mochachas?

La madre fué á preguntar.
Del rosal venimos, madre ;
¡Ay del rosale !
Allí los mancebos
Van nos namorare
Por coger las flores
¡Ay del rosale !
En la mañanica
Del señor Sant Joane.

Para ser sus novias
Nos van recuestare
Mancebos polidos
Polidos zagales :

Del rosal venimos, madre,
¡Ay del rosale !
En la mañanica
Del señor Sant Joane.

Non la su demanda
Vayades negare,
Que flor que non riegan
Marchita se cae :

Del rosal venimos, madre,
¡Ay del rosale !
En la mañanica
Del señor Sant Joane.

Membrad vos, señora,
Que en un dia tale
Fuístedes la rosa
Para nueso padre.

Del rosal venimos, madre,
¡Ay del rosale !
En la mañanica
Del señor Sant Joane.

Lo que Sant Joan fizo
Vos non desfagades :
Si el santo se enoja
Vendrá vos grand male,
Que es hoy mañanica
Del señor Sant Joane.

Esta afición de los mencionados literatos á la lengua antigua no ha dejado de propagarse en nuestros días, y hay para ello una razón plausible. Desde que con motivo del romanticismo que electrizó á la Europa, todo el mundo se creyó apto para traducir, la hermosa lengua castellana está desconocida, ultrajada. Con dificultad se encuentra hoy una obra que no esté plagada de galicismos; á las expresivas locuciones de nuestro idioma se sustituyen sin conciencia alguna modismos extraños que hacen un desgraciado contraste y se ven constantemente frases truncadas, como producidas por una ignorancia profunda de todo precepto gramatical. Así la afición que algunos hombres de talento manifiestan á la lengua antigua puede considerarse como una noble reacción producida por el disgusto que causa el nuevo desconcierto introducido con las irrupciones transpirenaicas, y esperamos que esta reacción, aunque exagerada, como todo lo que lleva el sello de la pasión, dará saludables resultados. Pero sería de desear que nuestros puristas consagrasen sus esfuerzos á mantener la buena forma presente sin tratar de resucitar frases y palabras que aunque castizas han caído en desuso, y cuya rehabilitación debe ser al mismo tiempo difícil é infructuosa; porque si una de las primeras condiciones del arte es la del halago, debo decir que las composiciones escritas en el idioma antiguo carecen de este precioso aliciente. Por mi parte confieso que he conocido muchos hombres aficionados á escribir dichas composiciones, pero todavía no he visto uno que encuentre placer en leerlas, exceptuando siempre las del señor Duran, que á otros talentos reúne el de hacerse comprender hasta cuando quiere hablar un idioma distinto del que ahora conocemos.

J. M. VILLERGAS.

Revista de Paris.

El mal tiempo suspende los viajes al campo y á los baños, y sin embargo tampoco se baila ni se canta como en invierno, pues la mayor parte de los salones se hallan cerrados, como es de rigor en Paris en cuanto florecen las primeras rosas, y en cuanto los sastres y modistas publican sus primeros boletines de modas de verano. — ¿Qué se hace pues? preguntará el lector. Se va al teatro, se forman proyectos campestres burlados al día siguiente por la lluvia, y sobre todo, reunida la gente en *petit-comité*, se habla y se murmura del prójimo. Esta es la diversion por excelencia donde quiera que se reúnen hombres y mujeres.

Noches pasadas oímos una historia que vamos á contar aquí para castigo de las malas lenguas.

Hará como dos meses se habia podido notar que una señora bonita y elegante, perteneciente á la clase acomodada, entraba con cierto aire misterioso en una casa situada en uno de los principales barrios de Paris, justamente á la hora matinal en que las parisienses suelen ir al baño. La desconocida llevaba un tupido velo sobre el rostro, pasaba delante de la portería sin desplegar los labios, subía con presteza hasta el tercer piso, y desaparecía por la puertecilla de un cuartito ocupado por un jóven soltero.

Ahora bien, en el piso principal de la misma casa vivía una baronesa que conocía á nuestra heroína por haberla encontrado mas de una vez en las sociedades, pero estas señoras no se hablaban. La baronesa envidiaba, á los cuarenta años, las gracias juveniles de la otra que apenas contaba veinticinco. Mucha gente conoce en Paris á esa baronesa cargada de colorete como una cómica, y que pasa los inviernos bailando y murmurando de cuantos la rodean con una animosidad sin ejemplo. La baronesa es una mujer muy rígida cuando se trata de la conducta agena; en el capítulo de virtudes es inflexible, siempre cuando se trata de los otros. Así pues, quince días de visitas

clandestinas al aposento del soltero indicado, bastaron para que la joven en cuestion, que es una mujer casada, se hallase comprometida gravemente en los círculos á que concurría y donde era admirada.

Debemos advertir tambien que su imprudencia era muy grande. Mas de una vez la gente la habia visto en los palcos cerrados de los teatros acompañada de un guapo caballero, y hubo ocasionés en que la encontraron paseando en las cercanías de París entre los árboles del brazo del mismo personaje.

Hará cosa de un mes, la joven imprudente tuvo la idea de dar un baile; la concurrencia fué crecida, á pesar de los rumores, y la célebre baronesa hizo su entrada por primera vez en aquella casa, sobre cuya dueña habia dicho tanto mal en otras partes.

A eso de las once se presenta un joven arrogante, bien puesto, de modales distinguidos; la baronesa del colorete le reconoce.

— ¡Ahí está su amante! dice en voz baja á su vecina; ¡qué descarada! ¡Ha logrado introducirle en su casa públicamente!

— Y lo mas curioso es que el marido le recibe con muchas atenciones, responde la vecina.

Efectivamente, en aquel momento el recién venido y el dueño de la casa se daban la mano con mucho afecto.

Aquellas dos criaturas se indignaron con tanta hipocresía por una parte y tanta candidez por otro lado; la joven esposa sobrevino, y al distinguir al que la acompañaba á paseos y teatros se sonrojó de gozo, no de vergüenza, y le dijo en voz alta tendiéndole una mano:

— Ya estás aquí, ¡cuánto me alegro!

— ¡Le tutea, la infame!

— ¡Qué desvergonzada! exclamaron á un tiempo la baronesa y su vecina, otra murmuradora de mucha fama.

— ¿Has visto á Carlos? le preguntó la joven.

Carlos era el marido.

— Sí, está muy bien conmigo, me ha dado la mano.

— ¡Gracias á Dios!

En aquel instante pasó junto á ellos un general cargado de cruces y de años.

— General, dijo la joven deteniéndole, permítame Vd. que le presente mi señor hermano.

— ¡Cómo! exclamó la baronesa atónita de asombro, con que es...

— ¡Su hermano! añadió la vecina.

— Se ha burlado de mí completamente.

Furiosa, la baronesa se levantó y salió de la casa. El caso es el siguiente: este hermano se habia enamorado el invierno último en los bailes de una joven inglesa muy bonita, pero poco celebrada por sus caudales. Su hermano político, de quien depende su carrera y su porvenir, se incomodó, puso el grito en el cielo, y hubo de exigir del enamorado que fuera á pasar tres meses á una provincia mientras llegaba el verano y la inglesa se marchaba. El mozo se fué al instante, pero volvió en secreto, tomó un cuarto en París, y recibió las visitas de su hermana que iba muy á menudo á consolarle de sus amores y á infundirle ánimo para que esperara con paciencia hasta que espiraran los tres meses. Llegó el mes de mayo, la inglesa se marchó, y el escondido pudo salir á luz como hemos visto, de modo que la historia de la baronesa, á pesar de sus apariencias verosímiles, ha pasado por una fábula de su imaginación tan dañina como absurda.

Pero desgraciadamente los que claman contra el escándalo de las invenciones de ese género, se sienten muy dispuestos á prestar el oído cuando habla la maledicencia. ¿Quién creeria que la inocente diversion de las mesas que danzan y que bailan habia de convertirse con frecuencia en un malévolo entretenimiento? Sí, las mesas revelan hoy secretos terribles, misterios de familia que erizan los cabellos. Los difuntos evocados de sus tumbas lanzan sobre los vivos tremendos anatemas, y descubren horrores que se creian sepultados para siempre en las entrañas de la tierra. En apoyo de esta verdad citemos un caso histórico:

Alberto de X... es un viudo que dice tener treinta y cinco años, y que nadie le daría un mas en vista del estado de perfecta conservación de su persona. Elegante y gracioso, de aristocráticos modales, y muy estimado en el gran mundo, Alberto es lo que se llama un hombre á la moda; los hombres se lisonjean con su amistad, y las mujeres reciben muy gustosas sus homenajes y obsequios. Pero Alberto ha llegado ya á esa edad en que las aventuras amorosas seducen poco, y todas sus maniobras, toda su cortesía con las demás tenían por exclusivo objeto el cautivar á una viuda como él, joven encantadora que al largo catálogo de sus buenas cualidades reune el mérito de poseer como unos seis mil pesos de renta. Muchos pretendientes se disputaban la mano de la viuda, pero Alberto triunfó de todos sus rivales á fuerza de habilidad y de destreza, y hace un mes se hablaba de su matrimonio como de un asunto que debia terminarse próximamente.

Los rivales reunidos hacian inauditos esfuerzos para echar abajo al galán favorecido, y sin armas para combatirlo en el presente, trataban de levantar el velo del pasado con mano indiscreta; pero el pasado estaba muy bien encubierto; Alberto, en la época de su primer matrimonio, vivía enteramente aislado, y su mujer se habia llevado á la tumba el secreto de su felicidad doméstica.

Una noche, pues, de la semana última, habia reunion de amigos íntimos en casa de la viuda. La conversacion despues de haber apurado las fórmulas ordinarias contra la lluvia y el mal tiempo, recayó sobre las mesas giratorias. Allí, como en todas partes, el campo estaba dividido en dos partes distintas; unos opinaban en pro y otros en contra del milagro, y los incrédulos propusieron pasar á la prueba. La dueña de la casa figuraba entre los partidarios mas ardientes de la magia, y declaró que no abrigaba la menor duda sobre la inteligencia de las mesas y sobre su aptitud para manifestar su pensamiento por medio de signos alfabéticos.

Alberto, en su calidad de futuro esposo de la viuda, era na-

turalmente de la misma opinion, y varias veces se habia pronunciado ya sobre este asunto con el tono exagerado que le inspiraba su deseo de complacerla. Pero en la noche á que nos referimos, no habia llegado todavia cuando los concurrentes á la tertulia pasaron á la prueba.

Formada la cadena eléctrica en torno de una mesa, principió á manifestarse el fenómeno al cabo de un cuarto de hora de paciencia; la mesa dió á entender con su agitacion que estaba dispuesta á servir de intérprete á la sombra que se quisiera evocar en aquel instante.

— ¿A quién evocarémos? preguntaron varios caballeros de la concurrencia.

— A la difunta mujer de Alberto, respondió uno de los jóvenes rivales que hacian la mas cruda guerra al esposo en ciernes.

— Yo iba á proponerlo, exclamó la viuda, deseando oír las revelaciones de su antecesora.

Los magnetizadores continuaron muy serios la operacion, y al cabo de un momento, la mesa animada con el espíritu de la difunta, se halló dispuesta á responder á las preguntas que se la hicieran.

Entonces se entabló el siguiente diálogo:

— ¿Eres la mujer de Alberto?

— Sí, respondió la mesa.

— ¿Quieres decirnos la verdad sobre tu marido?

— Sí.

— ¿Te hizo dichosa?

— No.

La asamblea se estremeció al notar el efecto de la respuesta sobre la viuda. Continuó el interrogatorio, y la mesa no se contentó ya con monosílabos.

— Sin embargo, la dijeron, Alberto ha pasado siempre por un hombre muy amable.

— En visita lo es, pero no en su casa, contestó la mesa.

— ¿Qué defectos tiene?

— Todos aquellos que pueden causar la desgracia de una mujer.

Al llegar aquí entró Alberto; su llegada produjo una gran sensacion en la asamblea.

— ¡Ah! exclamó Alberto gozoso, veo que están Vds. interrogando á una mesa; la prueba es infalible, prosigan Vds., yo soy acérrimo partidario del experimento.

Uno de los rivales susodichos continuó diciendo:

— Citanos algunos de esos defectos.

— Es un hombre celoso, arrebatado, brutal, avaro...

— ¿De quién se trata? preguntó Alberto con curiosidad.

— Luego lo sabrá Vd.

— Pues adelante.

— Un mal corazon, prosiguió la mesa.

— ¿Incapaz de amor?

— Solo le gusta el dinero.

— ¿Y cuántos años tiene? preguntó el director del interrogatorio.

— Cuarenta y cinco.

— No se diría al verle.

— Sus dientes y sus cabellos son postizos.

Todas las miradas estaban fijas en Alberto sus rivales le consideraban con aire de triunfo, y la viuda le manifestaba una frialdad que llegó á infundirle una horrible sospecha. Alberto conoció que se trataba de él, y adivinó cuál era la sombra evocada. La situacion no podia ser peor, y Alberto buscaba ya un medio para combatir las impresiones de aquella aventura, cuando la viuda pretextando un fuerte dolor de cabeza se retiró á su aposento. La tertulia se acabó en seguida, y el pretendiente, amenazado en su felicidad, salió con todo el mundo en medio de los cuchicheos y burlas que saludaban su derrota.

Alberto quiso sincerarse sin embargo, y renegó su creencia sobre las mesas, confesando que la habia sostenido por puro entretenimiento. Dijo que aquellos sortilegios no podian considerarse sino como juegos de sociedad sin importancia alguna; que las mesas tienen todas muy mala lengua, que se complacen en calumniar, y que solo hablan lo que las dictan las personas interesadas en esparcir chismes con malas intenciones; pero el golpe estaba ya dado, y cuantas palabras pronunció fueron inútiles, pues ni los rivales ni la viuda renunciaron á creer verdadero lo que habian oído.

El resultado de todo se adivina fácilmente; la viuda rompió sus relaciones con Alberto, y los rivales se felicitan en el día de haber encontrado en la viuda una fe tan ardiente y sólida en los sortilegios de las mesas.

Alberto debió hacer una cosa, debió haber evocado por su parte la sombra del difunto esposo de la viuda, y quizá habria oído revelaciones curiosas; quizá habria oído que la señora de sus pensamientos era una mujer coqueta y pérfida, que habia hecho desgraciado á su primer marido de mil maneras, y que no merecia casarse en segundas nupcias, pero no lo hizo, y para consolarse ha ido en busca de nuevas fortunas á los baños de Baden.

MARIANO URRABIETA.

A un ojo malo.

EN UN ALBUM.

De esos dos soles, adorada mia
Que de tu cara en el hermoso cielo
Lumbreras son de mi amoroso anhelo,
El uno en noche está si el otro en día;

De una sangrienta y bárbara oftalmía
Cúbrele el denso y encarnado velo,
Y como por su bien nada recelo,
Tanto como pesar dame alegría.

Que si amor por los ojos tiene entrada,
Y es mal agüero el del siniestro lado,
Este eclipse parcial va en mi provecho:

Pues si tú me diriges tu mirada,
En teniendo el izquierdo así nublado,
Solo se puede entrar por el derecho.

MARIANO Z. CAZURRO.

La Drobrudja.

Mucho se ha hablado de la Drobrudja desde que el general Luders ha atravesado el bajo Danubio con su ejército; pero pocos viajeros han dado noticia de un país que la casualidad únicamente les ha podido hacer ver.

Demos, pues, algunos detalles generales sobre este punto de la orilla turca que llama la atencion de toda la Europa en la lucha actual.

El Danubio, debajo de Galatz, última ciudad moldava de la margen izquierda del rio, continúa su curso, ya tan accidentado, replegándose sobre sí mismo en sinuosos contornos hasta Sulinah, una de las siete bocas por las cuales entra el Danubio en el mar Negro.

Tres de ellas son navegables: Sulinah, San Jorge y Nisia. Sulinah solamente puede dar paso á buques grandes, á condicion de limpiar la barra de las arenas móviles que la obstruyen. Dos dragas bastan fácilmente para este servicio diario.

En Tchernawodo, pueblecillo miserable, comienza lo que se llama la muralla de Trajano, y mas comunmente en el país el canal de Constanza.

El triángulo que forma el Danubio y el mar se estrecha tanto en su extremidad sobre este punto, que el trayecto de Tchernawoda á la Kustendje, puede hacerse á pié en siete horas. Cortando este istmo pensaban los romanos reunir el Danubio al mar, evitando así los bajios y las obstrucciones arenosas de las bocas del rio.

Abriendo este canal acumularon las tierras que sacaban sobre la orilla derecha, con la intencion probable de convertirlas en un medio de defensa. Este canal, lleno de agua actualmente en las cercanías de Tchernawoda, se convierte dos leguas mas allá en un pantano, y á una legua de Kustendje, una ligera inflexion de terreno, un valle estrecho, puede descubrir de nuevo la huella casi perdida.

Kustendje, pequeño puerto abierto, bastante mal fondeadero, es un pueblecillo que no merece el nombre de villa. Hállase situado sobre el golfo en una cima de un promontorio elevado, y puede ser una plaza fuerte para quien tenga el mar.

Antes de la guerra actual, Kustendje, como todas las ciudades turcas del Danubio, presentaba la imágen del caos y de la desolacion. El ejército ruso, al retirarse despues de la paz de Andrinópolis, habia volado las fortificaciones de todas estas ciudades, baluartes del imperio otomano, sin dejar piedra sobre piedra. Esta precaucion inútil sin la idea de una nueva agresion, serviria para probar á los incrédulos la intencion que ha dominado la política de la Rusia.

Una particularidad que me atrajo la atencion costeaudo estos enormes movimientos de terreno en este desierto, fué la de los numerosos túmulos que se alzan en la orilla donde se ven los atrincheramientos romanos. Los hay gigantescos, con la apariencia de colinas. Muchas suposiciones se han hecho acerca de estos sepulcros: los unos han creído que eran la sepultura de los oficiales muertos en defensa de este punto estratégico; los otros, la mortandad causada por estos colosales trabajos en clima tan pestilente; pero no obstante nada puede terminar positivamente el origen de tan numerosos y vastos mausóleos. Muchos de los menos importantes han sido examinados en las cercanías de Kustendje, y siempre se ha hallado en ellos un sarcófago, anillos, ornamentos, armas y otros objetos curiosos.

La Drobrudja es un desierto inculto; algunos rebaños trashumantes pacen allí en la primavera, pero el clima pestilente de aquellos parajes que mundan las crecidas del Danubio, hacen mortal ó imposible la permanencia en ellos en los meses de verano. Solo las águilas y buitres carnívoros pasean su sombra por aquellas estepas áridas, ó se paran silenciosas sobre la cúspide de los mas elevados túmulos.

Algunas familias tártaras, huyendo de la dominacion rusa despues de la conquista de la Crimea, acampaban en los puntos mas elevados, ó se retiraban en las épocas de la fiebre á las orillas escarpadas del mar.

Este es el campamento, desprovisto de todo, escogido por los rusos, pasajeramente es de suponer, como centro de operaciones de su ejército.

Séanos lícito tambien á nosotros formar nuestro plan de campaña y nuestras suposiciones, convencidos de que el conocimiento del terreno donde se ha permanecido largo tiempo, mecido por las narraciones de esa nombrada y desastrosa campaña de los rusos en 1827 y 1828, y donde la fiebre, huésped obligado y demasiado fiel del extranjero, nos ha acompañado durante mas de dos años; convencidos, decimos, de que esta experiencia puede ser útil en el momento en que los mas modestos detalles pueden ser interesantes.

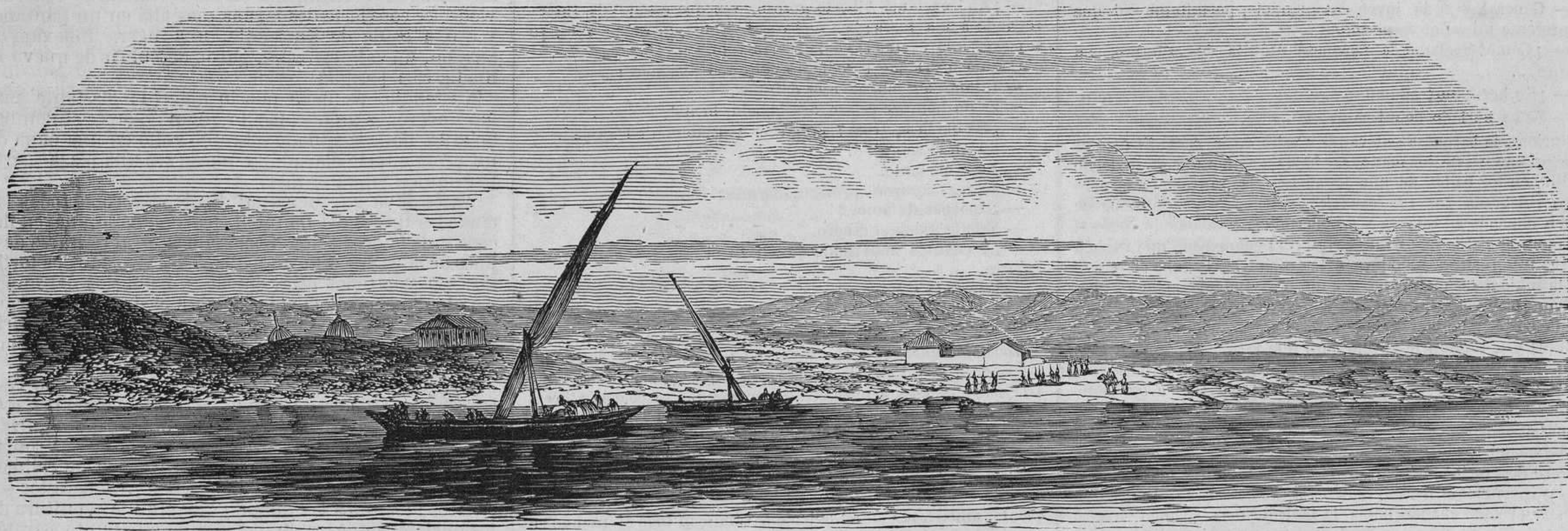
Uno de los fenómenos mas curiosos de este envenenamiento que se llama la fiebre, es que no ataca el primer año al recién llegado: lazo engañador, acogida benévola y pérfida, que se expia sin excepcion al año siguiente.

El ejército ruso está precisamente en su segundo estío, y la conclusion es fácil de sacar. Teniendo presentes las fatigas del soldado y lo ardiente del clima, un ejército que llega á este terreno tendrá el primer año enfermos en una proporcion de seis á diez por ciento,



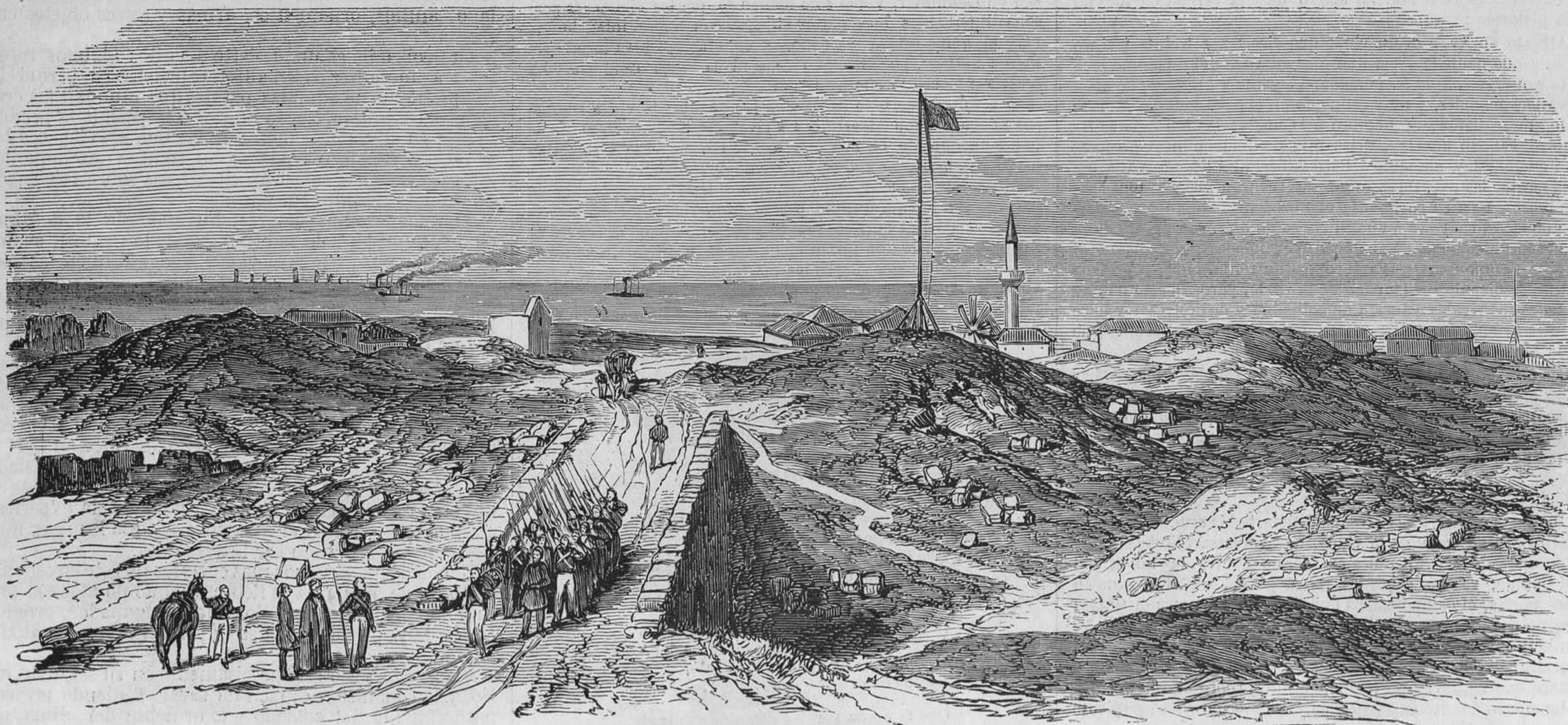
Sulina.

en el segundo en la proporción de sesenta ú ochenta por ciento. Seria, pues, buen plan defender la línea de los Bal- | kanes, y llevar por mar todas las fuerzas activas á la | retirada y de provisiones del ejército del Danubio, que | Bessarabia. Odesa está á tres dias del Pruth, línea de | está á sesenta y aun á cien leguas de allí. El ejército



El Danubio y el muro de Trajano, en Tchernawoda.

que permaneciera el estío en esta posición del bajo Da- | y habria perdido para el otoño, sin combates, como en | revelará pronto el plan de campaña de los generales | nubio sin poseer el mar, se veria muy comprometido, | 1828, la mitad por lo ménos de su fuerza. El tiempo | aliados.



Plaza de Kustendje, evacuada por los rusos despues de la paz de Andrinópolis.

La feria de Beaucaire.

Hay en el departamento del Gard (Francia) una ciudad fenomenal que solo vive cuatro semanas al año; una ciudad de 10,000 habitantes, que reúne mas de cien mil en un mes; una ciudad sin industria y sin comercio, que en un tiempo dado se convierte en una de las mas comerciantes de Europa: una ciudad silenciosa, casi desierta, que desde el 1 hasta el 28 de julio se vuelve risueña, activa y populosa; Beaucaire, la antigua *Ugernum*, cuya feria rivaliza con las de Leipsick, Francfort, Sinigaglia y Novogorod. Vista por los viajeros que van de Lyon á Arles en los vapores del Ródano, esta vieja ciudad ofrece un aspecto bastante pintoresco; pero al penetrar en lo interior se encuentra un laberinto de callejuelas sinuosas, de casas resquebrajadas, y ni un solo edificio monumental, si no se toma por tal el castillo del Bel-Cadro, cuyas ruinas coronan la cima de una roca blanquecina.

La fabricacion de Beaucaire se reduce al punto de aguja, á la alfarería y tenería. ¿Porqué ha escogido el comercio una ciudad tan modesta y tan desprovista de industria? Unicamente porque la feria de Beaucaire estuvo en algun tiempo exenta de múltiples prohibiciones. No se sabe como logró esto; los paleógrafos han buscado en vano la carta de fundacion; pero pueden decir que se habla de ello en una acta de 1468, y que los privilegios fueron confirmados por Carlos VIII, Luis XII y Luis XIII. La franquicia fué limitada mas tarde.

En 1632 se creó un derecho de *reapreciacion*; luego un abono de 12 sous (1) por cada bala que no era abier-

(1) Unos sesenta maravedis.



Feria de Beaucaire. — Bohemios vendiendo burros.

ta; despues vino la aduana de Valence, que además de cobrar por las mercancías que iban á Beaucaire, volvia á imponerlas á menudo un nuevo tributo cuando volvian. Estas trabas no paralizaron el movimiento comercial de Beaucaire. Hoy que las comunicaciones son tan fáciles, y que los mas pequeños negociantes *acuden á la fábrica*, las ferias, que tienen por objeto reunir á compradores y vendedores, parecen una cosa superflua. Sin embargo nunca ha florecido tanto la feria de Beaucaire.

En 1789 se evaluaban los negocios hechos en 18 ó 20 millones de francos en la *descripcion del Languedoc* por Dulaure. El *Diccionario de geografia comercial* publicado

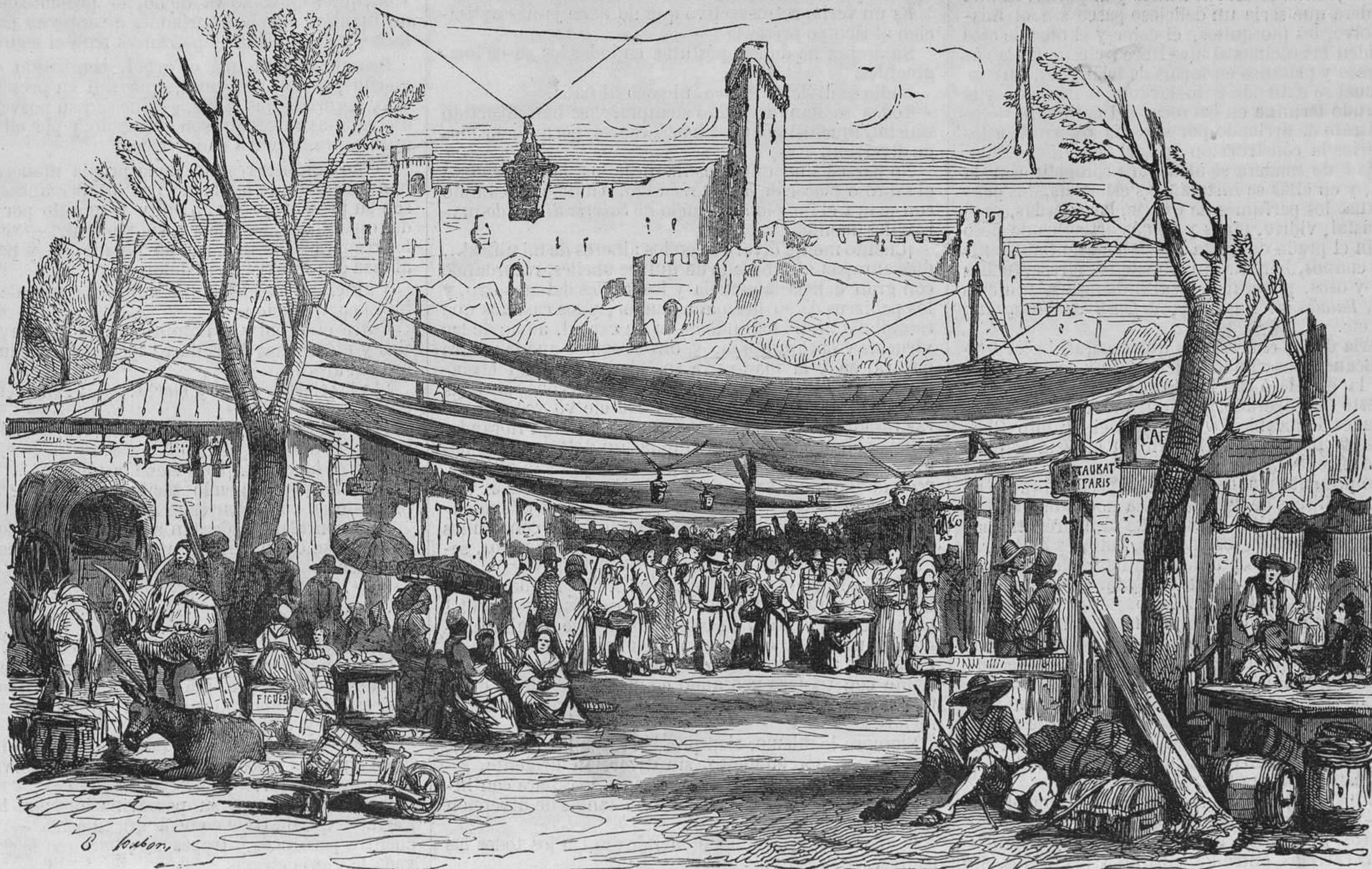
trial, es mas útil á las manufacturas francesas, y su importancia se ha consolidado con la colonizacion de Argel.

La feria de Beaucaire comenzaba en otro tiempo el 22 de julio, y actualmente el cañon anuncia en la mañana de este día su apertura legal; pero chalanes y vendedores están allí desde el 25 de junio. El beaucairés sale entonces de la catalépsis; dormia al sol, fumaba, trabajaba lo ménos que podia; hélo trasformado en sér semi-activo. Pronto, blanquead las paredes, pond papeles nuevos en las habitaciones, exterminad los ratones, levantad tiendecillas en las calles, convertid los cuartos oscuros en viviendas, los subterráneos en al-

el año VII de la República da la suma de 7 millones de francos; la *Francia pintoresca* el de 23. Ahora bien, los numerosos negociantes que hemos consultado fijan la suma de ventas y compras en 50, 60, y aun 80 millones de francos; hay pues progreso.

En verdad, el fabricante no obtiene en Beaucaire mayor precio que el de la fábrica. El transporte, el viaje, los gastos de casa y boca, aumentan para él y contra él, pero logra el vender en pocos dias mucho. El tráfico es enorme en Beaucaire, porque esta ciudad está en comunicacion directa con grandes centros industriales y mercados importantes: por su canal con el Languedoc, Burdeos, Nantes y otros puertos del Océano; por el Ródano con Alemania, Suiza, Lyon, Grenoble, Valence y Marsella; por el Mediterráneo con Italia, España, Africa y el Levante.

Marsella desempeña diariamente el papel de Beaucaire surtiendo de productos coloniales y materias primeras á estos países; pero la famosa feria no ha perdido nada. Ella ha tomado un carácter indus-



Feria de Beaucaire. — Pradera de Santa Magdalena.

macenas. El beaucairés se encarga de todo en tales circunstancias. Pero ¡desgraciado negociante! ya te lo hará pagar. Un piso bajo de dos varas en cuadro le valdrá seiscientos francos; un sótano por un mes costará como una arcada de Palais-Royal un año; el alojamiento en comun tendrá lugar en nichos inhabitables. Pero hay que arrostrar por todo; la sed del lucro, *auri sacra fames* os impele á la ciudad de la feria. A principios de julio la concurrencia va en aumento; el prefecto del Gard viene á ganar, por hacer la policía de la feria y dar un baile, una indemnización de 10,000 francos; el Tribunal de comercio con la balanza en la mano acude de Nimes, su residencia habitual; el Ródano se cubre de barcas y faluchos genoveses y catalanes, de buques de todas las naciones.

Segun la costumbre antigua, el maire (alcalde) ofrece al primero que llega un carnero de los *Guarignes*, cuya tripulación se come la carne y suspende la piel rellena de paja en el palo mayor. Los muelles se obstruyen, y luego las calles, que se cuajan de tiendas, de lienzos amarillos, blancos, encarnados, verdes ó azules, que ostentan en letras ultra-mayúsculas el nombre de los mercaderes con esa profusión de señas y anuncios que han elevado los franceses á la mas alta potencia. Los almacenes se llenan y desbordan; los bancos de piedra, los guardacantones son invadidos por tenderos ambulantes; un tumulto perpetuo, un zumbido confuso de abejas humanas resuena en la inmensa colmena. Franceses de todas las provincias, extranjeros de todas las naciones se codean, van y vienen, hablan, compran, venden, reciben, dan y desbaratan mercaderías. ¡Qué diversidad de tipos, trajes y costumbres! Allí se ve representado todo el Mediodía de la Francia, desde Bayona y Burdeos hasta Gap y Draguignan. La Alsacia, Rouen, Elbeuf, Sedan, Amiens, Mayenne han acudido allí casi en masa. Lyon, Villefranche, Saint-Etienne, han dado tambien su contingente. Españoles, italianos, argelinos, genoveses, marroquíes, corsos y alemanes, circulan confundidos con griegos, armenios, egipcios y otros habitantes de Levante. « Se han reunido hasta trescientas mil personas, » dice M. A. Hugo. « Cien mil negociantes se juntan allí, » segun Vosgien. Si se cree la *Estadística* de Penchet, « no es extraño un concurso de seiscientos mil hombres. » Segun un *Anuario* reciente, « en un espacio donde diez mil personas se sentirían incomodadas, se agrupan dos ó trescientos mil negociantes. » Nosotros que lo hemos visto, calculamos que Beaucaire da hospitalidad desde el 1 hasta el 30 de julio á unos doscientos cincuenta mil individuos.

La cantidad y variedad de objetos de comercio, corresponde al número de compradores y vendedores. En Beaucaire es fácil procurarse todos los artículos de la industria francesa, de sedas, paños, algodones, perfumería, quincallería, etc., la orfebrería genovesa, las lanas, especias y drogas de España y Africa, los cueros de Rusia y Alemania, hierros, maderas y corchos del Rosellon.

Imposible sería hallarse en aquel laberinto si la autoridad no hubiera señalado localidades especiales á ciertas mercancías, y dias diferentes para su venta.

Toda la ciudad está consagrada al comercio; el prado de *Santa Magdalena* lo está al tráfico y al placer. Es una vasta pradera que sería un delicioso paseo sin el mistral, el polvo, los mosquitos, el calor y el olor de ajos que despiden las cocinas al aire libre; circúndanla calles de olmos y plátanos en forma de triángulo, un costado del cual se extiende á lo largo del Ródano, y el ángulo agudo termina en las rocas del *Bel-Cadro*.

Un contrato de arriendo por seis años permite á los arrendatarios la construcción de barracas en el prado. Una ciudad de madera se alza para competir con la de piedra, y en ellas se instalan las esterillas, las pastas de Italia, los perfumes de Grasse, las cuerdas, porcelana, cristal, vidrio, pipas y demás artículos de poco precio. Sin el prado de Santa Magdalena no habría gigantes ni enanos, héroes ni esqueletos, circo, luchas de perros y osos, panoramas, saltimbánquis, mujeres barbudas, *Batalla de Austerlitz*, *defensa de Mazagram*, etc., etc., etc.

¿Qué sería de los charlatanes que esperan hacer fortuna en Beaucaire sacando muelas en un coche con la punta de la espada ó con los dedos, siempre sin dolor por supuesto (del operador), vendiendo remedios para enfermedades incurables, á ejemplo del difunto Chavigny que se hizo casi millonario en la feria con un vermifugo eficaz?

El prado presenta por la noche el aspecto animado de los Campos Elíseos de Paris en una noche de verano. La multitud es infinita, el ruido de tambóres, timbales, clarinetes, voces de los payasos, ladridos de perros insoportable. Los bailes pululan; millares de consumidores se refrescan con cerveza de Lyon, granadas, helados y salchichones de Arles. En los cafés-conciertos se cantan á garganta rota las romanzas mas sublimes; los españoles puntean la guitarra y las hembras de Andalucía ejecutan una *cachucha*,... que dice, ¡soledad! todo con acompañamiento de orquestas chillonas y asmáticas. Los espectadores están entusiasmados con todo esto; despues de un dia tan ocupado, ¡con qué placer se distraen, respiran, ensordecen, despues de haber sido todo ojos y oídos en sus tiendas y oficinas! Para el sediento toda bebida es néctar.

Léjos de los juegos populares, en un extremo de la pradera acampa una tribu singular, la de los bohemios. Negros, grasientos, medio desnudos, se acuestan junto á sus carretas, entre los caballos y los perros. Su industria es la venta de los burros y su esquilado, la quiromancia y sobre todo la mendicidad. A intervalos

se separa una bohemia de la partida, con uno ó dos niños á los pechos, otro de la mano, y va á implorar la caridad por las calles. Lanza los suspiros mas lastimeros, mientras que su jóven acólito, innovador musical, se golpea la barbajpara hacer rechinar los dientes.

Tal es en compendio la feria de Beaucaire todos los años con pocas modificaciones. El 28 de julio se disuelve de oficio; se recogen bagajes, los barcos tienden la vela, las diligencias parten atestadas de viajeros, la ciudad se despuebla y el beaucairés vuelve á dormirse. Como el boa ha hecho su comida y va á gastar once meses en digerirla.

Filología moral.

DIVERTIRSE.

El verbo *divertirse* me ha parecido siempre una ironía del diccionario.

Es un verbo retrospectivo que no tiene jamás aplicación al tiempo presente.

Porque el presente de este verbo es ilusorio; porque son ilusiones todos sus presentes.

Verbi-gratia:

Presente de indicativo: *Me divierto*. No hay hombre que lo diga, como no sea rechinando los incisivos y demás compañeros mandibulares. — Para el que tal profiere, todas las letras son dentales, exceptuando la snectud, y cualquiera que llegue á verse como la Elia de Marcial.

Presente de subjuntivo: *¡Que te diviertas!* En esta frase hay siempre un dejo de amargura ó de tedio que me produce calofrios. El que la pronuncia suele guardarla para postre; como remate del diálogo, como un adios de despedida ó mas bien de fuga precipitada: equivale á decir sencillamente — salva la sencillez del que lo dice — « Vete con mil diablos, y véte solo, que á mí ya no me pillan. »

Presente de imperativo: *Diviértete*. Esto no ha debido decirse jamás en su tono correspondiente, ni en su expresión gramatical. Si alguna vez se ha dicho, no arriendo la ganancia al imperado, y ¡Dios me libre del imperante!

Presente de infinitivo: *¡Divertirse!* Aquí la cuestión se presenta en globo...

¡Y en tanto el globo sin cesar navega
Por el piélagos inmenso del vacío!

¡Divertirse!... ¿Quién se divierte? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién? ¡Ninguno!

¿Cómo? ¡De ningún modo!

¿Cuándo?... ¡A ninguna hora!

¿Dónde?... ¡En ninguna parte!

Es el verbo de los ningunos y las ningunas.

Caramba con el verbo.

Volveré á decirlo de nuevo, porque nunca se repiten sin fruto las grandes verdades: — El verbo *divertirse* es pura y simplemente una ironía del diccionario.

Es un verbo retrospectivo que no tiene jamás aplicación al tiempo presente.

Su acción ha de ser póstuma en todos los casos imaginables.

Nadie se divierte nunca, ni poco ni nada.

Todos se han divertido siempre, y se han divertido mucho, muchísimo, casi hasta caerse perniquebrados de diversion.

No parece sino que Dios ha negado á la humanidad el sabroso placer de *divertirse* algo, dándole en cambio con usura el insípido consuelo de *haberse divertido* maravillosamente.

¡Cuánto me he divertido en los albores de mi niñez!... dice el rapaz almibarado de quince abríles, recordando con gran delicia la escuela y los azotes del maestro, y los pellizcos de su hermana mayor, y los castigos que escogió de un tío segundo de su tía carnal, amen de las viruelas y el sarampion, y otros regalos que la madre naturaleza y la madrastra sociedad derraman largamente como lluvia del cielo sobre las tiernas cabecitas de su querida infancia... ¡Oh! cuando yo veo esas caras rosadas de algunos niños que, si no están llorando, reflejan en el azul de sus pupilas un dolor en que nadie repara; ¡pienso que han llorado ó que van á llorar, recordando con amargura lo mucho que, ántes de nacer, se han divertido allá en el cielo!... — Pero es evidente que los niños — que rabian siendo niños como unos cachorros — se han divertido mucho siendo niños, segun nos cuentan de rapaces.

¡Quién se viera en sus quince!... dice la doncellona de treinta y tres, echando muy de ménos aquella edad pasada de doncellita, en reclusion en que echaba tambien de ménos la edad, aun mas pasada, de chiquela llorona... ¡Cuánto me he divertido en aquel tiempo! repite con tristeza pensando en un período de su existencia en que vivió desesperada, sobre poquito mas ó ménos.

Siempre lo mismo, siempre. En todas las edades que se deslizan, por supuesto, sin diversion presente, recuerda la humanidad con amargura, y refiere con infinito rogo los mas deleitosos instantes de diversion pasada.

Se han divertido mucho cuando eran hijos todos los padres.

Se han divertido mucho, cuando eran padres, todos los abuelos.

Y así sucesivamente.

Pero ¡ay!... y esto es lo triste.

Los abuelos, que tanto, tantísimo se divertían cuando eran padres, no se divierten ni poco ni nada cuando ya son abuelos.

Los padres, que tanto, tantísimo se divertían cuando eran hijos, no se divierten ni poco ni nada cuando son padres.

Y así sucesivamente.

Hasta los ancianos mas achacosos se han divertido sobremanera, segun nos aseguran cuando se ven decrepitos.

Hasta los decrepitos se han divertido como abubillas; solo que ya no lo recuerdan cuando se ven difuntos.

Y supuesto que las grandes verdades nunca se repiten sin fruto, he aquí el momento de volver á decir:

¡Que el verbo *divertirse* es pura y simplemente una ironía del diccionario!

Si yo fuese académico de la lengua española, y lo mismo digo si fuese académico de todas las lenguas, propondría al diccionario de las lenguas de que fuese académico, un pensamiento luminoso: Héle aquí y en su forma correspondiente:

Queda suprimido por todos los siglos de los siglos el verbo *divertirse*.

En su lugar se crea el verbo *haberse divertido*.

Pero como yo no soy académico, ni lo seré jamás, — así Dios me perdone todas mis culpas, — los diccionarios continuarán arrojando al rostro de la humanidad ese verbo sarcástico y absurdo que hace enseñar los dientes á todos los diablos del infierno.

Y en tanto que el verbo *divertirse* continúa siendo un borron de los idiomas, solo los diablos del infierno se divierten, riéndose del verbo y de sus infelices consumidores.

Pero vuelvo á mi asunto principal.

Que nadie se *divierte*, está probado.

Que se han *divertido* todos, es incuestionable.

¿Y cómo se explica lo segundo sin lo primero?

¡Ay! se explica por un sofisma del corazón humano, por un error de óptica moral, que es, por desgracia, la masturbia.

Se explica porque el hombre que *no se divierte* nunca ha menester al ménos haberse *divertido alguna vez*, para no avergonzarse de su mezquina naturaleza, sí, ciertamente. Es un error de óptica moral, porque el hombre — ¡pobrecito! — no tiene mas prisma consolador que su deseo.

Es un sofisma del corazón, porque el hombre incierto de lo futuro, descontento de lo presente, se vuelve, y es un recurso, á lo pasado.

El hombre es durante el hoy de su vida un tronco en el invierno.

Por eso el desdichado, en el hoy de la vida, que es su invierno, espera felicidades, que suelen no cumplirse. ¡Vaya, si suelen!

Y el tronco en el invierno, que es el hoy de su vida, — pues hablo del tronco en el invierno, y no en otra estación, — tambien espera flores, que suelen escarcharse.

Entretanto, es decir, en el hoy del invierno y de la vida, que son, como va dicho, el presente del árbol y del hombre, solo hay turbiones ó ventiscas para el primero, y desventuras ó percances para el segundo.

De aquí resulta que el árbol, combatido en el invierno por los turbiones, que son su presente, y no muy seguro de las flores, — que son su porvenir, — se aferra á las raíces que son su pasado, y por ellas se asegura sobre la tierra endurecida.

Como tambien resulta, de la propia manera, que el hombre, siempre agobiado por los percances, — que son su presente, — y no muy tranquilo por las rosadas esperanzas, — que son su porvenir, — se vuelve á los recuerdos, — que son su pasado, — y por ellos se abraza con la existencia dolorosa.

Y gracias á los cielos, que sali bien ó mal de mi escabrosa comparacion.

Entre el árbol y el hombre, ya sé que hay diferencias y diferencias de calibre; pero todas redundan en pro del árbol.

¡Ay! ¡cierto, cierto, cierto! — ¡Tan cierto como triste!

Tras del invierno viene la primavera, y el árbol deshojado se adorna por fin de flores.

Tras de la vida... ¡solo viene la muerte!...

Pero me voy poniendo taciturno, y no era tal mi propósito al comenzar estos renglones.

Para consolarme de tan amargo pensamiento, voy ahora mismo á meditar cuatro minutos, y espero que... sin duda...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Decididamente me congratulo de no ser árbol.
Y he aquí una prueba mas de la inmortalidad del alma.

Para acabar, añadiré cuatro palabras sobre mi verbo.

¡Divertirse!

Al hablar de su accion retrospectiva y siempre póstuma, se me olvidó apuntar una excepcion que merece notarse por el curioso, y que voy á indicar ahora ligeramente.

No debe perderse de vista que á veces las excepciones son la regla general y vice-versa.

He aquí la excepcion y la regla:

Regla general — Por mas que se hayan divertido mucho, — nunca se divierten ni poco ni nada los hombres.

Excepcion — Por mas que no se diviertan ni poco ni nada, — siempre se han divertido, se divierten y se divertirán muchísimo los tontos.

¿Y quiénes son los tontos? preguntará cualquiera.

Los tontos son los tontos.

Jesucristo no se atrevió sino á contarlos, y resultaron en número infinito.

En cuanto á su definicion verdadera, no sé quien asegura que el que no es tonto alguna vez, lo debe á la feliz combinacion de ser tonto siempre.

Y yo, que prefero ser tonto accidental á ser tonto perpetuo, me declaro al llegar á estas alturas tonto de capirote, un tonto que, por serlo, se divierte tambien borrhageando tonteras.

E. FLORENTINO SANZ.

BIOGRAFIA

DE DON JUAN DE ARÓLAS.

(Artículo segundo.)

Los géneros de poesía que cultivó principalmente Arólas son el caballeresco, el religioso y el oriental. En el caballeresco no es siempre bueno, pero cuando es bueno es inmejorable. Con frecuencia es incorrecto, con frecuencia es tambien demasiado minucioso, particularmente en las descripciones; pero en cambio nadie delinea mejor los caracteres, nadie ha acertado tanto como él á trasladar al lector á las épocas á que se refiere. Conoce perfectamente todos los ceremoniales caballerescos, y emplea con frecuencia vocablos y hasta modismos antiguados que acaban de dar á las escenas que reproduce el color del tiempo. Algunos de sus romances caballerescos tienen toda la lozanía de los de Góngora. Sus composiciones orientales, lo mismo que las caballerescas, contienen casi todas el embrión de un drama, son en su mayor parte acciones dramáticas completas, si bien no se hallan mas que esbozadas. En el género oriental y en el religioso no conocemos poeta alguno nacional con quien poderle poner en parangón: en el oriental algunas veces casi iguala á Víctor Hugo; en el religioso algunas veces no le aventaja Lamartine. Dígalo el siguiente *Himno al Creador*:

Ni el sol puede apagar su ardiente llama,
Ni la tierra, que guardas suspendida,
El grito universal con que te aclama,
Señor del sol, del mundo y de la vida.

Esta voz que dirige sin flaqueza
Todo siglo y lugar á su sagrario,
Es un perfume vivo á tu grandeza;
Lo quema el corazon que es incensario.

Cuando al silencio amigo de la luna,
Mecido en un ramaje tembloroso
Do tiene su esperanza, patria y cuna,
El ruiseñor suspira melodioso,

Pájaro solitario en su desvelo,
Que viste humilde traje sin colores,
Siendo dulce laud y arpa del cielo,
Intérprete del alma en sus amores;

Que al desterrado bardo representa
Peregrino en un mundo de agonía,
Que de hiseles y absintio se alimenta,
Mientras vierte raudales de ambrosía.

Cuando en éxtasis plácido y sonoro
Enlaza los sonidos su garganta,
Cual cadena tenaz de eslabon de oro,
Llenando el bosque de ilusion... él canta...

Canta, Señor, tu gloria en el reposo,
Que aunque dormida esta naturaleza,
No duerme su cantar mas delicioso,
Y aunque acabó la luz, tu gloria empieza.

Cuando el hombre miró sus esperanzas
Caer cual hojas secas y perdidas,
Que al fin ya del otoño en mil mudanzas
Agitaron las auras atrevidas;

Cuando cada pesar impertinente,
De que la humanidad nunca se libra,
Un surco de dolor aró en su frente,
Y de su corazon gastó una fibra,

Y el amor deslustró la gasa pura
Y aquel brillante polvo de sus alas,
Cual insecto que pierde sin ventura
En las manos de un rústico sus galas,

Es fria la amistad, pierde su baño
De dorados barnices la mentira,
Desnudo se presenta el desengaño,
Y la vana quimera se retira;

Cuando el hombre su triste pensamiento
Separa de este lado, y lo levanta
A la mansion eterna del contento
Que embellecen los ángeles... él canta...

Canta, Señor, tu dicha que no cesa,
Suspira por un bien que no se acaba,
Y vagando en su luz que le embelesa
Por gozarte sin fin, sin fin te alaba.

Cuando el genio se eleva en su destino,
Sigue su inspiracion sublime y rara,
Y da formas al bronce florentino,
Quiere arruinar el mármol de Carrara;

Cuando pinta en los lienzos preparados
Ángeles melancólicos y bellos,
De contornos aéreos, delicados,
Largo perfil y nítidos cabellos,

O vírgenes de flor, velado el seno
Mas puro que el aliento de un querube,
Cuyo semblante oval, de gracias lleno,
Salta de leves gasas de una nube;

Cuando con vena rica y abundante,
Que ha de dar á sus ansias lauro eterno,
Describe como Milton ó cual Dante
El Eden de delicias ó el infierno;

O derrama en sus notas cadenciosas
Que el corazon en éxtasis arroben
Lluvia de vibraciones sonoras,
Como el cisne de Pésaro y Betóven;

Cuando suspende el alma y el sentido,
Excita los afectos, los encanta,
Y por el entusiasmo sostenido
Domina los espíritus... él canta...

Canta, Señor, los dones que tú envias,
Que el genio es hijo tuyo, si derrama
En mármoles y lienzos y armonías
Esa expresion feliz que el mortal ama.

Cuando con el rumor de bronco trueno,
Preñado como el mar de espuma hirviente,
Que reposa en los diques de su seno
Y corona su salto sorprendente,

Se desprende el Niágara de su asiento,
Emulo del diluvio proceloso,
Rey de las cataratas turbulento,
De masas de cristal turbio coloso;

Cuando con gran sorpresa de sí mismo,
Desde el aire azotado que domina,
Derrumba á las entrañas del abismo
Que le sirve de tumba cristalina;

Cuando el iris magnífico retrata
En medio de brillantes surtidores
De menudos aljófares y plata,
Que saltan con murmullos hervidores;

Cuando ruge feroz como tormenta,
Y al que mira embelleza ó bien espanta,
Pues vierte los furoros que alimenta
En sus raudales líquidos... él canta...

Canta, Señor, tus glorias y portentos,
Canta tus alabanzas noche y día,
Y los siglos escuchan siempre atentos
Su monotonía y tosca sinfonía.

Amad al Hacedor los que le amasteis,
Y el que nunca le amó, que le ame luego;
Implorad su favor los que implorasteis,
Y el que nunca imploró comience el ruego.

En torno de su trono se reuna
Suspiro general de todo el mundo
Que empiece en el vagido de la cuna
Y acabe con el ¡ay! del moribundo.

Que Dios formó la lluvia y el rocío,
Pintó tambien la aurora nacarada,

Y llenó los espacios del vacío
Con globos que ha sacado de la nada.

El ha dado á los justos por sustento
El maná de su amor que vivifica,
Y al malvado el atroz remordimiento
Que no duerme jamás y mortifica.

El las alas al céfiro engalana
Templadas en sus fuentes de frescura,
Lo enmarida tambien con la mañana
Para que nazcan flores de ventura.

Amad al Hacedor los que le amasteis,
Y el que nunca le amó que le ame luego
Implorad su favor los que implorasteis,
Y el que nunca imploró comience el ruego.

Lo mas singular es que Arólas cultivó á un mismo tiempo el género religioso y oriental, siendo así que comparándose sus poesías orientales con sus religiosas, parece que se ve una revolucion en las tendencias del autor. Pero no: esa misma intermitencia con que pasa del amor del serrallo al amor del cielo, del amor del cielo al amor del serrallo, ¿no prueba el antagonismo de los afectos que se disputan su espíritu? ¿no es acaso una señal evidente de la lucha interior que sostuvo hasta que perdió en ella la razon?

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Un camino en Noruega.

ESCURSION AL VORING'S-FOSS.

Habiamos pasado una semana en la bonita ciudad de Bergen, donde disfrutabamos diariamente del hermoso espectáculo de las auroras y de las coronas boreales, cuando resolvimos (1) marchar á Christiania por entre los golfos y los montes, único modo de visitar la curiosa y poco frecuentada cordillera de los Alpes escandinavos.

Nuestro itinerario se hallaba trazado por el golfo de Hardanger, uno de los mas profundos y vastos de la Noruega, al que llegamos al cabo de unas cuatro horas de marcha á caballo. Era día de mercado en Bergen, de modo que nos divertimos con el espectáculo pintoresco de la plaza; véianse allí el calzón y la chaqueta de *vadmel* de los hombres, con medias encarnadas; las tiesas papalinas de cuernos de las mujeres, los talles cortos y las basquiñas plegadas con galones de oro, y todas las diferencias de formas y colores segun los valles de donde proceden, que dan á los trajes noruegos una variedad extraordinaria.

Despues de atravesar un espeso bosque, se entra en una pradera que se extiende hasta la mar, donde se han encontrado algunas tumbas y algunos objetos preciosos que pertenecieron á los héroes escandinavos, y que están hoy en el museo de Berger.

A pocos pasos de las ruinas, se halla la bonita aldea de Lyse, á la entrada de los golfos de *Somnager* y *Bjorne* que se atraviesan para llegar al *Hardanger fjord*. Nos embarcamos en un ligero esquife y al cabo de cuatro horas de navegacion entramos en el estrecho desfiladero de *Hase* ó *Dlye* formado por el continente y la isla de *Tysnes*. Este canal abierto entre dos murallas perpendiculares, y coronado de árboles de todas clases, conduce al gran fjord de *Hardanger*. Una cabaña de pescadores á 100 piés sobre el golfo, nos ofreció un abrigo para pasar la noche. Ya el sol habia desaparecido, y de minuto en minuto su luz purpurina se apagaba sobre las olas. Estabamos allí en esa Noruega salvaje y desconocida fuera del camino de *Trondhjem*, entregados á un posadero, verdadero tipo del carácter noruego, hoy filibustero en sus montañas, como ántes era pirata en los mares. Su manera de robar es muy curiosa; no ponen el cuchillo en la garganta, pero declaran que es imposible hallar barcas, remeros y aun comida, á menos que no se pague á precios fabulosos, y el viajero no tiene mas remedio que pasar por las condiciones que ellos quieren.

Cuanto mas se adelanta por ese magnífico rio de *Hardanger*, tantas mas vueltas y ramificacion se encuentran en él; es como una calle principal donde desembocan muchas callejuelas, y sin la altura de aquellas murallas tan bien cortadas, se diria al ver la regularidad de los planos, que era un trabajo ejecutado por los hombres.

Habiamos dejado el *Hardanger-fjord* para entrar en el *Samler*, que es su continuacion directa. Al cabo de algunas horas de navegacion nos hallamos en un sitio sin salida, nuestros barqueros se habian engañado y habian tomado un estrecho ramal que concluye en un circo de rocas coronadas de hielos, de donde se lanzan tres ó cuatro cascadas. Tuvimos que volver atrás, pero yo me alegré de haber visto aquella extremidad de golfo, pues allí pude comprender y explicarme la causa y el origen de los *fjords*, esos valles de agua salada entre las montañas que se comunican con la mar, aun cuando á veces se hallan á mas de cincuenta leguas. No se puede comprender el sentido exacto de la palabra *fjord*, sino explicando las causas de la formacion

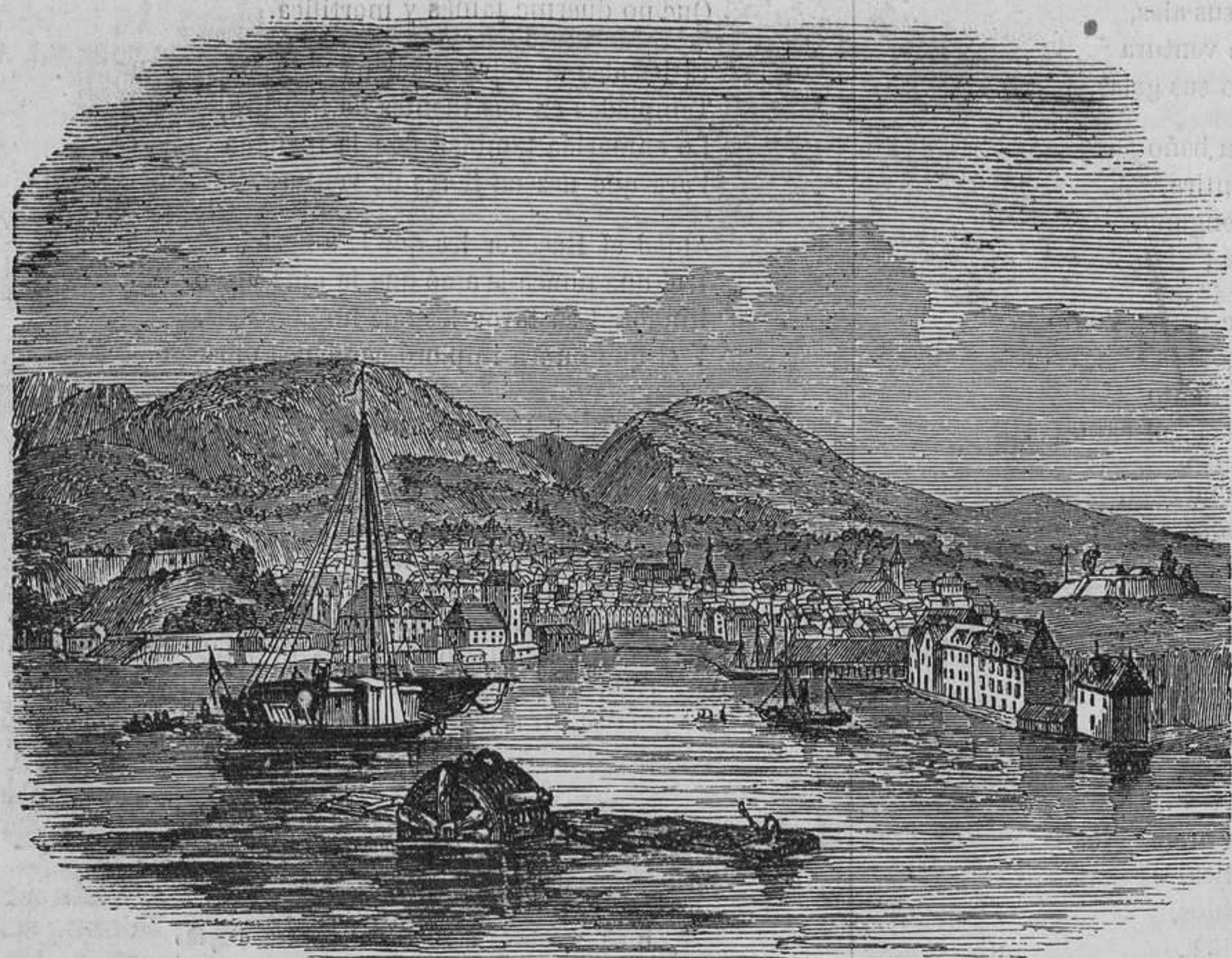
(1) El autor de este artículo viajaba por la Escandinavia con dos compatriotas suyos.

de esas grietas profundas que se encuentran en esa cadena de montañas.

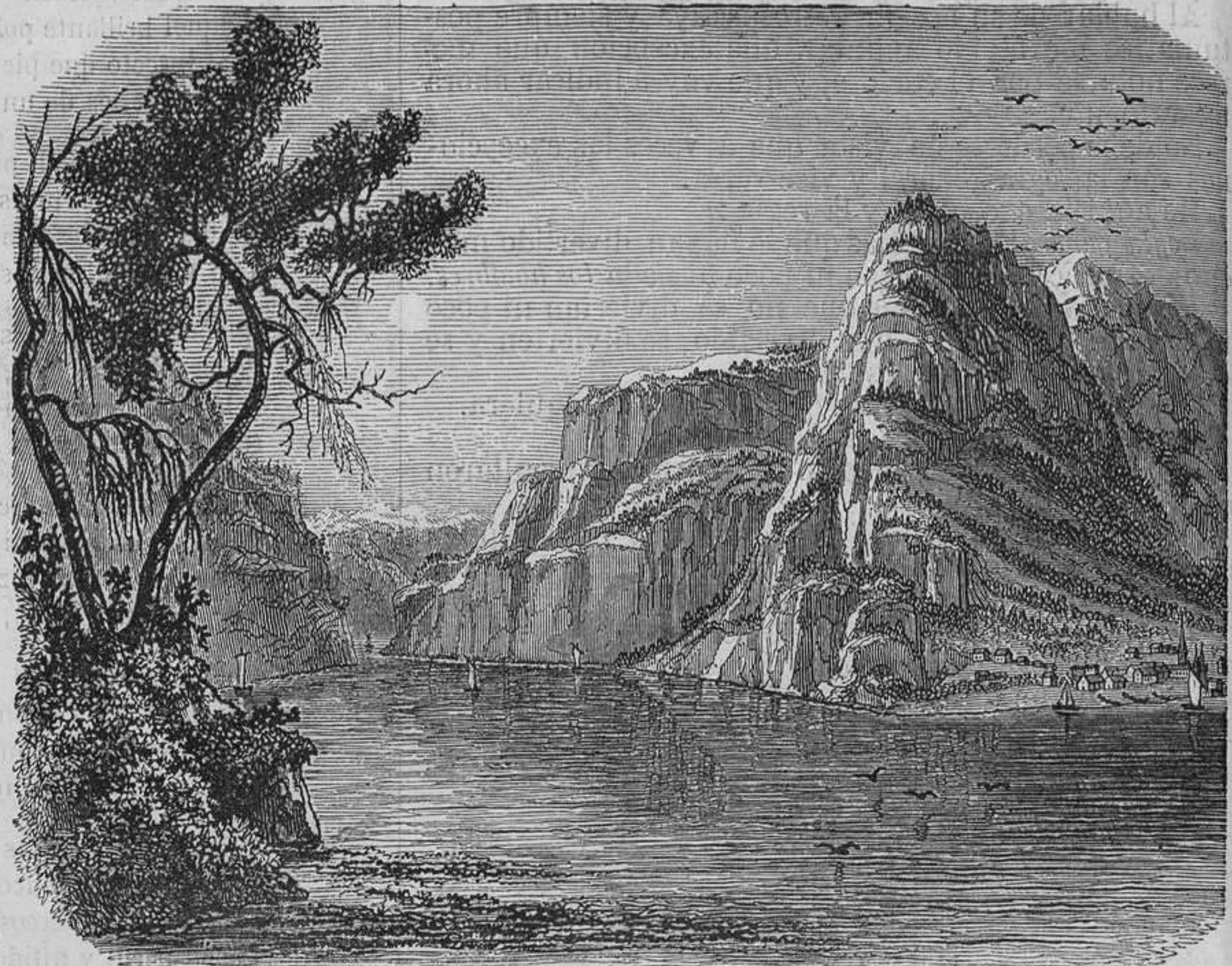
Sabido es que la Noruega, ó cordillera de los Alpes escandinavos, que empieza en el cabo Norte y acaba casi

en el estrecho del Sund, costea continuamente los Océanos Glacial y Atlántico en una longitud de 500 leguas. Hay pues una vertiente que cae en las olas, otra que baja hácia la Suecia, dique inmenso elevado para pro-

teger la península escandinava de la violencia de aquellas terribles olas. Ahora añadiremos á esta descripción de la forma principal, la enumeracion de las causas que la alteran ó la embellecen, dando á ese hermoso



Un camino en Noruega. — La ciudad de Bergen.

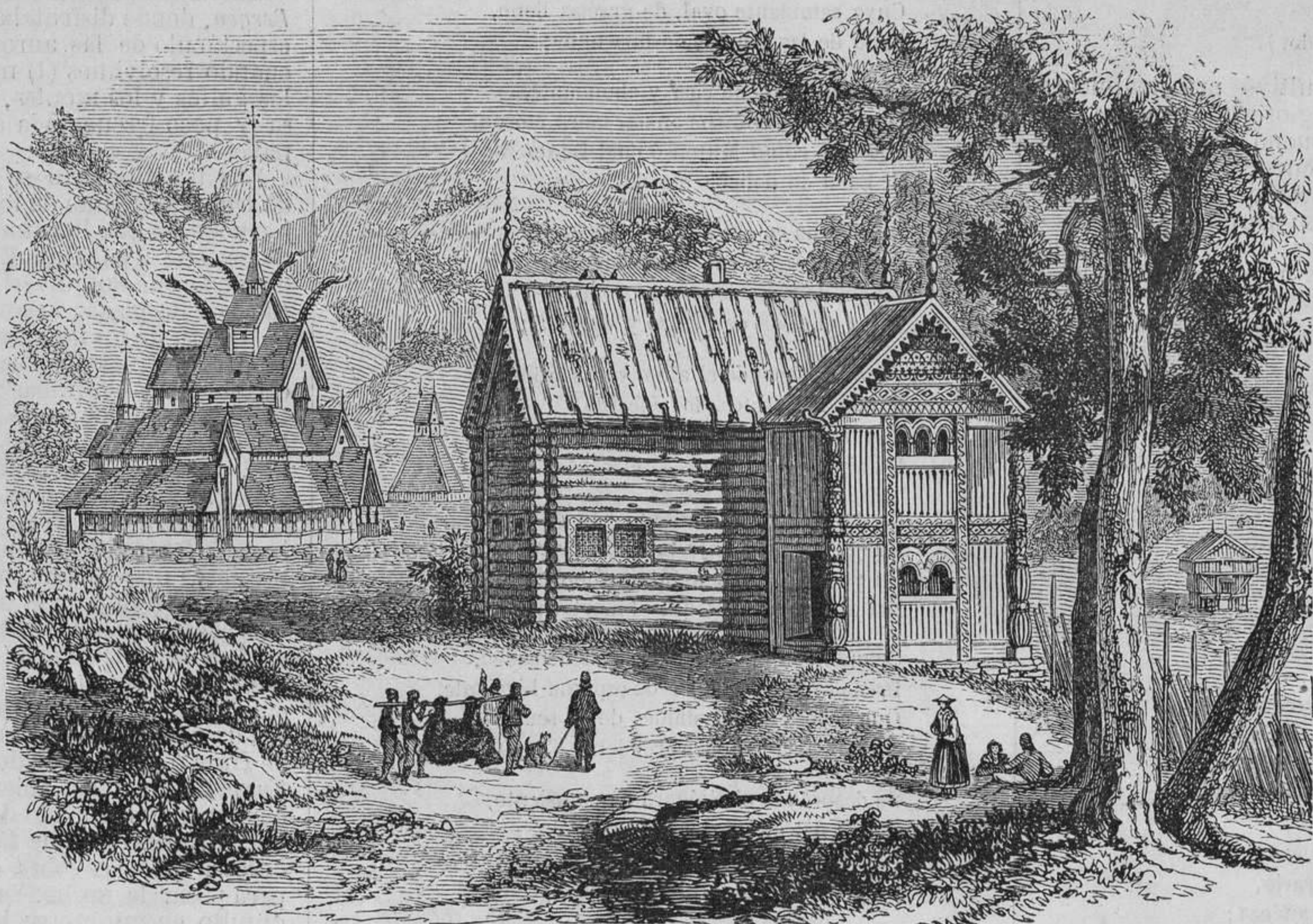


Un camino en Noruega — Golfo de Hardanger.

pais un carácter distintivo.

Figúrese el lector 500 leguas de montañas cubiertas de nieve durante ocho meses, y luego un sol que aparece de repente sin abandonar el horizonte de día ni de noche, un sol abrasador y continuo luchando con los hielos de un invierno eterno. De este combate nacen grandes espectáculos; entónces los ríos suspendidos en su curso recobran su violencia, arrastran cuanto encuentran á su paso y forman cascadas gigantescas; los golfos y los barrancos mas profundos se llenan de agua, las rocas enormes que ningún poder humano podría mover, son arrastradas por el agua como granos de arena, y esos vastos abismos que parecen abiertos por una convulsion del globo, lo han sido únicamente por las aguas.

Los Alpes escandinavos desgarrados por esos destrozos interiores, por esos ríos que se desprenden de las cúspides heladas, y se diri-



Un camino en Noruega. — Una iglesia y una habitacion noruegas.

gen paralelamente hácia la mar, dan libre acceso entónces á las olas de un océano furioso que los minan en sentido contrario.

El mar pega sin descanso contra su adversario inerte y que se adelanta triunfante, y por otra parte las cascadas producidas por el deshielo de las nieves, forman los torrentes que abren los valles para reunirse luego cargados de despojos con ese Océano que los llama.

De ese modo se juntan ambos enemigos, é invaden despues todos los sitios llanos, reemplazan los valles y forman esos largos canales, esos corredores estrechos, esas tortuosas callejuelas que se encuentran solo en ese país tan distinto de los demás del universo.

Esos canales abiertos hasta en el corazon de las montañas por las cascadas y la mar, toman el nombre de fjord. — El Samler-fjord es muy ancho, y solo se halla encajonado á la izquierda por una roca cubierta de plantas; á la derecha por el contrario, se ven rocas

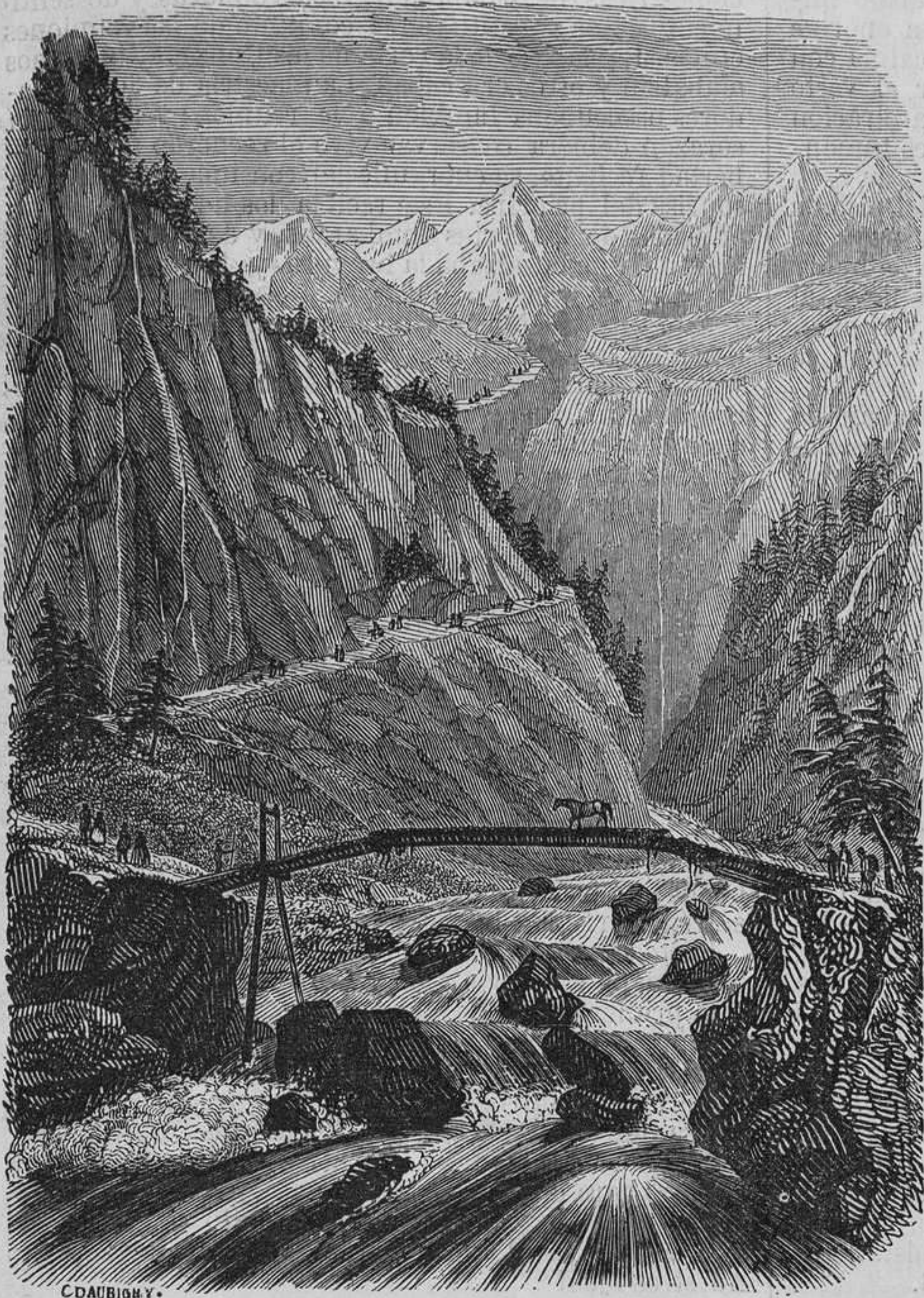


Un camino en Noruega. — Trajes noruegas.

peladas, formando como una inmensa escalera que sube insensiblemente hasta las cúspides.
A la hora en que yo admiraba ese paisaje tan rico

como austero, el sol se deslizaba lentamente por detrás de un pico de hielo, y cuanto mas bajaba, mayor era su transparencia; todo el fondo y el lado izquierdo del

mis ojos hacía un promontorio donde se veía, en el ángulo de una roca, la iglesia principal y el presbiterio de Kinservig.



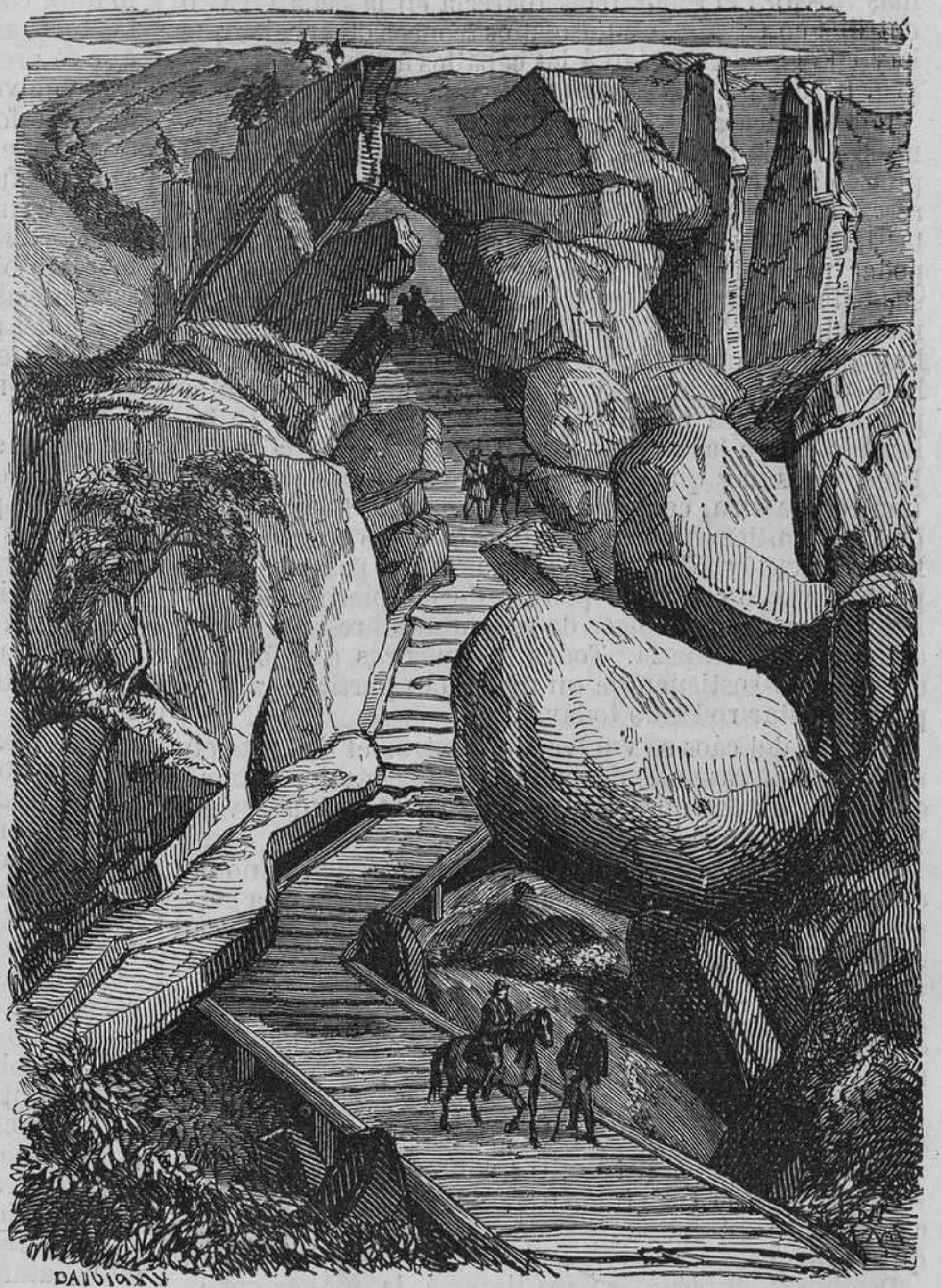
Un camino en Noruega. — El puente de Lund.

fjord estaban sumergidos en la sombra, y por el lado opuesto el sol se reflejaba en las aguas de tal modo, que parecía aquello un río de oro corriendo entre dos riberas azuladas.

Pronto nos hallamos en el sitio donde el golfo se divide en dos ramales, uno llamado *Eid-fjord* y el otro *Sor-fjord*, á cuya entrada está *Kinservig-Kirker*. El sol había desaparecido hacia tiempo, y sin embargo, el cielo se ponía cada vez mas claro. Yo esperaba ver una aurora boreal, pero era uno de esos efectos que llaman *luz zodiacal*, esparcida por los signos que debe recorrer el sol; mirándola con un antejo se descubren en esa via luminosa algunas chispas; á veces es de un color de rosa sumamente puro y encantador.

A las once de la noche vogabamos todavía, y bajo esa corona fosforescente, los picos de las montañas resplandecían con luces que parecían olvidadas por la noche. Algunos ventisqueros muy altos, que reflejaban mejor la claridad boreal, se alzaban como otros tantos faros mientras sus bases y los golfos estaban sumergidos en las tinieblas; las nieves parecían iluminadas de luces de bengala.

Un rato hacia que contemplaba yo ese espectáculo grandioso, cuando el sonido de una campana dirigió



Un camino en Noruega. — El Cáo, camino de la catarata del Voring's-Foss.

Un anciano ciego, apoyado en un largo baston, nos salió al encuentro para ofrecernos la hospitalidad; era el cura de Kinservig que vive como perdido en las soledades de la Noruega, sin mas trato que el de los campesinos de su parroquia. Pasamos la noche en el presbiterio, y á la otra mañana el buen anciano me dijo el camino que habíamos de seguir para visitar las cascadas de Kinservig. El dia estaba soberbio, y el vasto fjord parecía interminable á través de la bruma coloreada del horizonte. Nuestra barca, llevada por cuatro remeros jóvenes y vigorosos, bogaba sin sacudimientos, mientras nosotros admirábamos las bellezas del *Eid-fjord*, con sus crestas agudas cubiertas de hielo, sus derrumbaderos por donde caen abundantes cascadas, y sus altos rellanos donde crecen selvas vírgenes todavía de los pasos del hombre. Con frecuencia se encuentran en esas enormes rocas escaleras sin fin que parecen pertenecer á palacios no concluidos, ó galerías de columnas de mármol amarillo y dorado por las aguas ferruginosas, que recuerdan los templos egipcios. Así los habitantes de esos parajes poseen una imaginación exaltada; los aires imantados, las auroras boreales, el sol de noche y la luna de dia, los fuegos fatuos, las nieblas de vivos colores, en una palabra todos esos fenómenos que únicamente el Polo puede ofrecer, bastan para explicar esos cuentos fantásticos de brujas y de duendes, de enanos y gigantes, seres sobrenaturales ó exagerados que tanto abundan en la Escandinavia.

Hasta la caída de la tarde no llegamos á la extremidad del golfo, donde se halla situada la aldea de *Vige grund* á orillas de la mar, y á seis leguas de Kinservig. Un refrigerio de leche y de patatas, pues el pan allí es desconocido, y un mal jergon en una choza, fué todo lo que pudimos hallar para pasar la noche.

Al amanecer nos pusimos en movimiento para emprender la penosa excursión al *Voring's-Foss*. Como era domingo, pudimos admirar en todo su esplendor los trajes de todo el valle, reunidos á la puerta de la



Un camino en Noruega. — Catarata del Voring's-Foss.

iglesia; las mujeres llevaban corpiños purpurinos con galones de oro, basquiña negra, medias encarnadas y zapato corto; los hombres iban con su chaqueta blanca, su gorro griego y sus largas melenas.

Mientras salíamos tuve tiempo para sacar algunos dibujos, de los cuales, los que acompañan á este artículo, podrán dar una idea de la elegancia de trajes, de la arquitectura casi chinesca de las iglesias, todas de madera, y tambien de los *gaards* ó habitaciones principales de los campesinos noruegos.

Al cabo de media hora de marcha nos hallamos á la orilla de un lago salvaje, llamado *Syssen-Soe* que es un embudo verdadero, entre las altas rocas que le rodean. Navegamos tres cuartos de hora mas en una balsa con nuestros tres caballos, y llegamos á una plaza lisa y arenosa; un poco mas allá se encuentra la aldea de *Lund* situada á la entrada de las gargantas de *Voring* y de *Hjelmo*, de donde salen los dos torrentes que forman el lago. A la extremidad del valle de *Hjelmo* caen las hermosas cascadas de *Vedal* y *Valhus*, mas pintorescas que extraordinarias, y que no podían compararse con el *Voring's-Foss*.

Para penetrar en el *Voring-Dal*, es preciso subir por una roca suelta de los abiertos flancos de la montaña, y despues hay que bajar hasta la orilla del torrente por una escalera practicada en la roca. Entónces se llega á un puente que merece una mención particular; es el puente de *Lund*: dos troncos de abeto unen los bordes del torrente, con otros troncos mas pequeños colocados encima; una porción de rocas colocadas sobre la parte de los troncos que toca á la tierra, hacen contrapeso á la parte que se halla sobre el vacío, y por último la parte de en medio se halla ligada por medio de cuerdas. El dibujo que damos aquí hará comprender mejor la rústica construcción de este puente, ancho apenas de dos piés, á cincuenta piés de elevación sobre el agua alborotada y que se mueve de derecha á izquierda con el peso, como la rama de un árbol demasiado débil pa-

ra sostener al pájaro que descansa en ella. Pero esto no era nada en comparacion de los sitios peligrosos que debiamos atravesar luego.

La garganta por donde marchabamos era cada vez mas salvaje; el sendero desaparecia en la Peña Viva, ó entraba en sitios pantanosos; los troncos de árboles que hay en el suelo ayudan á los caballos á superar el peligro, pero no sin exponerlos á frecuentes caidas.

Por fin llegamos en medio de un caos, vasto hundimiento de la montaña, sobre una cuesta rápida que es preciso subir por una escalera tan curiosa como pintoresca. Los escalones están hechos con pedazos de esquitas irregulares, llevados allí para llenar los huecos y poder pasar de una peña á otra; los caballos colocan sus patas con la mayor destreza en el sitio de la piedra marcado poco á poco por los pies precedentes; aquí no hay mas que piedra; la vegetacion ha desaparecido bajo esos escombros, y apenas se descubre alguna planta raquítica como para demostrar que no se ha llegado aún á las alturas donde es imposible la vida. Unas veces hay que pasar por entre dos rocas apoyadas una contra otra, como dos atletas de una fuerza igual que se mantienen en suspeso, y otras se entra en desfiladeros tan estrechos que apenas puede pasar el cuerpo del caballo con gran peligro de las piernas del ginete, sin contar los picos de roca que sobresalen y que amenazan su cabeza. Todos las piedras que forman ese caos se sostienen de un modo tan particular, que parecen estar rodando todavía.

Al salir del caos se vuelve á encontrar el torrente en un valle enteramente desnudo; dos miserables habitaciones se alzan sobre esas ruinas, en ese clima severo y bajo un cielo siempre triste.

Se atraviesa por última vez el torrente sobre uno de esos puentes infernales, y se llega al fondo de una garganta donde parece imposible toda salida. Solo se descubre un agujero á la izquierda, pero tan ocupado por el torrente furioso, que da miedo pensar en atravesarlo. En frente está la montaña cortada á pico, por donde hay que subir, aunque parezca un camino impracticable hasta para las cabras y gamuzas.

Cuando se principia la ascension se ve un sendero tan tortuoso, que en un corto espacio conté yo unas veinticinco revueltas. Nuestros pobres caballos alzados sobre sus patas traseras para subir aquellas rocas, se cansaban prontamente, y cada cinco minutos teniamos que pararnos.

Dos horas empleamos para llegar á la meseta superior que conduce á Voring's-Foss. Esta meseta, profundamente empapada por las nieves, es de una tierra blanda y movediza, llena de hoyos por donde no hay piedra; nuestros caballos se enterraban hasta el vientre y no querian seguir adelante, de modo que los abandonamos á los guias para continuar á pié nuestro camino.

Nada indicaba aun á los ojos la cascada que queriamos visitar, si no es un vapor blanco que subia al cielo, semejante al humo que sale de la boca del vesubio, pero un ruido terrible y profundo que parecia sacudir la tierra, nos anunciaba que la catarata estaba próxima. A cada paso que se adelanta, ese ruido crece gradualmente, pero sin aturdir los oidos, pues al contrario, es de una grande y solemne armonía. Habiamos andado veinte minutos cuando nos hallamos de repente al borde del golfo espantoso; ¿cómo dar una idea con la pluma de aquel espectáculo? Sin embargo, ayudados por el buril lo intentaremos.

El torrente de Voring-Dal, alimentado por nueve ó diez lagos superiores, receptáculos del deshielo de las nieves de la alta cadena de Syssendal, en el *Hardanger-Fjeld*, cuyas cúspides tienen de cinco á seis mil piés de altura, despues de haber reunido todas las aguas en un espacio de cerca de quince leguas, llega impetuoso é imponente al elevado valle de *Moeb*, en donde estamos nosotros. Corriendo por un terreno llano durante algun tiempo, prueba sin embargo su fuerza en algunas rocas inclinadas que han sido carcomidas por su corriente; inmediatamente despues, este rio forma un codo, y hallando un agujero en la roca, un espacio libre, se precipita por él, y divide en dos, de un solo golpe, toda ia montaña sobre la inmensa altura perpendicular de 4000 piés; la catarata tiene 900.

Figúrese el lector un golfo por cuyo borde se desprende turbulento un rio entero; por desgracia el fondo de ese golfo no tiene otra salida que un estrecho y tortuoso corredor lleno por las aguas, que apenas se descubre bajo los vapores azules que le envuelven; así pues, es imposible llegar al pié de la catarata y contemplarla desde abajo; solo se puede verla de un ángulo de la cornisa suspendido sobre ese espantoso precipicio.

La catarata del *Voring* es la mayor del mundo, por el volumen de sus aguas y la altura de la caída; ninguna roca interrumpe el cristal de las aguas, compacto y sólido por decirlo así, desde la cima hasta la base. Dejando aparte las pequeñas cascadas de Francia, de Suiza y de Italia, dirémos que las mas conocidas del Nuevo-Mundo tampoco pueden compararse con esta; el *Tequendama* en Colombia no tiene mas que 500 piés; la cascada del *Missuri* 400, y la del *Niagara*, sobre un solo punto, 140, y generalmente 80 piés de altura sobre 600 de ancho; además, en América, esos vastos rios se hallan en proporcion con la inmensidad del país y de la vegetacion, en tanto que aquí los árboles son raquíticos, solo la catarata es gigantesca.

Voring's-fossen merece pues el título de reina de las cataratas, y solo puede compararse con el *Rinkan's-*

foss, cerca de Christiania, que tiene 500 piés ménos, pero que rivaliza en fuerza y hermosura.

¡Qué ruido tan formidable, que profundidad y que color tienen aquellas rocas! Bronceadas y brillantes en lo alto, como el cobre bruñido, toman mas abajo tintas oscuras y azuladas. A juzgar por la masa enorme que se precipita de aquella altura, y por la calma con que vuelven las aguas á la superficie, al ver el vasto embudo formado al pié de la catarata por la aspiracion que ejerce al hundirse, se debe concluir que es inmensa la profundidad del golfo bajo el agua.

En frente por el otro lado se ve bajar del pico de *Normand's-Jokeln*, de 5000 piés de altura, un pequeño torrente blanco como la leche que despues de haber serpenteado en aquellas praderas de musgo llega al borde del precipicio que le atrae, y furtivo y tímido, como si temiera el salto prodigioso que debe dar, se desliza por entre las grietas de la roca.

Es muy curioso observar por ese lado el trabajo de las aguas sobre la peña. Las esquitas ferruginosas dispuestas por capas gruesas y horizontales, como casi por todas partes en Noruega, se hallan aquí cortadas y esculpidas en puntas agudas de la apariéncia mas extraordinaria; sin duda cada corriente de agua al abrirse un camino abandonó las partes resistentes de la roca, cuyos puntos culminantes se han disminuido poco á poco, y han ido tomando esa forma cónica que, por las mismas causas, se encuentra tambien en las altas cúspides.

Esos trozos de rocas suelen tener de 20 á 30 piés de altura. Por esa razon el *Voring's-Foss* se compone de dos cascadas, que partiendo de dos puntos opuestos, van á parar á un centro comun; la una es un rio inmenso que forma una catarata gigantesca, y la otra es una graciosa cascada. En el fondo del golfo circulan sin cesar vapores azulados, formados por el agua, que los montañeses consideran como divinidades protectoras.

Mientras dibujaba yo la cascada desde lo alto de una cornisa á donde habia llegado con mucho trabajo, mi guia vino á decirme que era imprudente permanecer allí sobre la piedra de *Marita*; le pregunté porqué, y me contó la *laga* ó leyenda de *Voring's-Foss*, que es la sencilla historia de una pobre jóven que cayó en el torrente, arrastrada por el cuerpo de un oso que su amante acababa de matar; historia poetizada por la imaginacion de la musa popular que ha transformado á la pobre jóven en una de las divinidades misteriosas de la catarata.

A. DE B.

MARGARITA PUSTERLA

(Continuacion.)

Alpinolo aplaudia esta atrevida peroracion. Fray Buonvicino, conociendo que bajo el manto del interés público se ocultaba la ambicion y un natural que, acostumbrado á no hallar goces mas que en las borrascas de la vida, colocaba juntas la calma y la muerte, hubiera fácilmente contestado; pero ¿habria podido despertar en su alma algun sentimiento de pudor viril, propio para inspirarle ideas mas sanas? Contemplando por hábito con indulgencia las debilidades humanas, para no verse obligado á despreciarlas, siguió á Pusterla sin hablar palabra hasta la plaza del Domo, en donde se separaron.

En el punto que ocupa hoy el palacio real estaban entonces los intendentes de las provisiones, y delante de su casa se celebraba semanalmente la venta de los vestidos. El sitio en que se levanta ahora el Domo se llamaba plaza de las Arengas, porque allí se juntaban los ciudadanos, como en tiempo de la república, para oír los discursos que concernian al interés general. En esta plaza lucharon largo tiempo el sincero patriotismo de unos pocos, y la egoísta ambicion de la mayoría. Allí nacieron las facciones que desgarraron las entrañas de la patria, hasta que los milaneses, cansados de tantas luchas, entregaron el poder á los Torriani, y luego á los Visconti. Ya hemos dicho que el arzobispo Ottone fué el primer señor de esta familia. Mateo el Grande, su hijo Galeas y el Azone, de quien hemos hablado tantas veces, fueron sus sucesores. Este último, atento á disfrazar la servidumbre, habia cuidado de embellecer la ciudad: el palacio donde entraba Luchino en este momento habia sido adornado con exquisito gusto. Era una torre con muchos pisos, con cuartos, salas, corredores, baños y jardines. Numerosos apartamentos con ventanas dobles, ricas puertas, profusion de oro y riquezas constituian el piso bajo. En una espaciosa pajarera de alambre habia encerrados pájaros de todas clases. No faltaban tampoco osos, monos y otras fieras, entre ellas un avestruz y un leon. Tambien merecen mencion las pinturas de los salones; un lago pequeño, que llenaban cuatro leones que echaban el agua por la boca, y que representaba á Cartagollena de buques para la guerra púnica; en fin la capilla que poseia ornamentos que habian costado veinte mil florines de oro y reliquias preciosas.

En esta magnífica morada entró el cortejo ducal. Un bello jóven, de larga barba y rizados cabellos, soberbiamente vestido, saltó de su brida y ofreció la mano á la condesa Isabel para ayudarla á apearse. Era Galeas Visconti, que subió las escaleras murmurando galanterías al oído de su tia, mientras que toda la comitiva lo seguia.

Llegaron al salon llamado de la Vanagloria, cuyo esplendor ha arrancado un grito de admiracion á todos

los historiadores que lo han descrito. Allí, mientras que el bufon saludaba á Hector, Hércules, Azone y otras imágenes de héroes que decoraban los muros, la compañía formó grupos para entregarse á esas conversaciones ricas de palabras y vacías de ideas y de sentimientos que constituyen el conjunto de las reuniones cultas. Hablábase de la corte de los Gonzaga, que unos alababan y otros criticaban. La maestria de los justadores preocupaba tambien á la reunion; y aunque su corazón debiera conservar vivo el recuerdo de una libertad reciente, se enorgullecian con una palabra, una sonrisa del príncipe. Este recibia los homenajes de los enviados de las cortes lombardas, y del embajador de Mantua, que ensalzaba la bravura y la urbanidad de Bruzio y de Francisco Pusterla.

Esta última alabanza debió parecer muy intempestiva á los que sabian que este último no gozaba del favor de Luchino. Pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron al príncipe volverse hacia Pusterla, y repetirle graciosamente los elogios del de Mantua y los que le prodigaba en otro tiempo Azone! Echó mano de las alabanzas mas poderosas, y conversó con él como con un caballero á quien se estima mucho. Cuando hubo alhagado con arte las pasiones de Pusterla, añadió con tono de elegancia:

— No he olvidado, Franciscolo, la amistad que nos unia en la vida privada; solo aguardaba ocasion para demostrarla. Esta ocasion se presenta hoy. Mastino Scaglier, incapaz de hacer frente á mi enemistad, solicita una reconciliacion. ¿A quién podia confiar esta delicada mision mejor que á vos, que sois tan hábil en el consejo como en el campo de batalla, agradable á Mastino, y muy á propósito para sostener el honor milanés en el extranjero? Antes de concluir el mes tendréis la bondad de ir á Verona con mis credenciales, que se os entregarán segun he dispuesto.

Pusterla odiaba ménos al tirano que al príncipe que lo olvidaba y reducía á un reposo sin influjo ni gloria. A la primera señal de favor, apenas se vió envidiado de los cortesanos que lo menospreciaban, su odio desapareció como un relámpago; olvidó los ultrajes recibidos, sus proyectos de soledad y retiro, y hasta la sospecha celosa que habian despertado las miradas dirigidas por Luchino á Margarita. No le ocurrió que esta mision era un lazo para alejarlo y deshonrarlo. Dió las gracias al príncipe, y aceptó con reconocimiento la embajada; ¡tan espeso es el velo que la ambicion tiende sobre nuestros ojos!

Orgullosa y contento vuelve á su palacio, donde sus amigos lo esperaban para darle la bienvenida. El abrazó friamente á Margarita que le salió al encuentro con su hijo, y le dijo: « ¡Una buena noticia! » Y refirió el encargo que habia recibido. Algunos lo felicitaron. Alpinolo meneó la cabeza y exclamó: « ¡Puede una víbora dar otra cosa que veneno! » Margarita palideció, y mostrándole con gesto elocuente á Venturino: « ¿Acabas de llegar y piensas ya en abandonarnos de nuevo? ¿Qué techo es mas dulce que el techo paterno? ¿Qué sociedad mejor que la de la familia? ¿Qué mision mas honorífica que hacer la felicidad de las personas que nos aman? »

Franciscolo le apretaba tiernamente la mano, cogió al niño en sus brazos, y pareció enternecido. Pero pronto la sed de los honores y la costumbre de buscar la felicidad fuera del hogar doméstico sofocaron el movimiento instintivo y generoso de la naturaleza. Cuando llevó la noticia de su nombramiento al convento de Brera, el fraile trató de disuadirlo de una resolucion tan funesta. El aspecto solitario y religioso de la celda concordaba con las razones austeras que daba á Pusterla para apartarlo de los empleos públicos, que no estaban en consonancia entonces con el honor ni con el sentimiento de un noble deber. En fin, cuando vió que su amigo permanecia sordo á sus instancias, como para recordarle sus observaciones de la vispera, y descargar el golpe que le parecia deber ser muy decisivo.

— ¿Y Margarita? le dijo.
Pusterla se quedó pensativo; luego, levantando la cabeza con la obstinacion de un hombre decidido á tener razon, respondió: « ¡Margarita es un ángel! »

Buonvicino lo conocia, y conocia tambien que imprudente era abandonarla. Pero no quiso insistir sobre este punto temiendo comprometer la felicidad doméstica de Franciscolo.

¿Quién era, pues, aquel fraile que se interesaba tan tiernamente por los Pusterla?

II.

EL AMOR.

Buonvicino Lando, de una de las principales familias de Plasencia, habia ido muy jóven á Bolonia para tomar parte en los estudios que atraian á la sazón á la juventud ardorosa de la renaciente Italia. Las letras ofrecian de nuevo senda para subir á la altura á que no se llegaba antes sino por el ejercicio de las armas. Es verdad que los estudios de la época se reducian á pedantescas reglas de gramática y retórica, á la filosofía comentada de Aristóteles y al conocimiento de las decretales. Pero el amor de las bellas letras y la resurreccion de los clásicos latinos podian pensar florecer en los corazones los afectos nobles y los pensamientos generosos. Este es el fruto que sacó Buonvicino de sus vigiliat. Nutrido con los escritos y los actos de la gloriosa antigüedad, su alma era superior á los debates miserables de su siglo. Así alimentaba ideas poco compatibles con la nueva civilizacion, es cierto, esas ideas cuyo influjo

perjudicó tanto el progreso de las repúblicas italianas; pero el nombre de patria, eterno tema de las letras romanas, había inflamado la imaginación del joven, que solo ambicionaba entrar en años para servir á su país en la magistratura ó en la guerra.

¡Desgraciado! los años vinieron, pero con ellos la desgracia y la pérdida de las ilusiones, esa llaga de las almas nobles.

Plasencia, su patria, había caído en poder de Mateo Visconti, quien la legó á Galeas. Este, ménos hábil y mas corrompido que su padre, creía que todo era lícito en las ciudades conquistadas. Sin hablar de las arterias que ponía en juego para esclavizar á Plasencia, trató de deshonrar á Bianchina, mujer de Opizino Lando, llamado Versuzio, hermano de nuestro Buonvicino. Su temeridad no le sirvió de nada; la esposa resistió y el marido se vengó, de acuerdo con algunos leales ciudadanos derribó á los Visconti y ofreció la señoría al cardenal Poggetto, legado del papa.

Buonvicino estaba en la edad en que el corazón es todo sentimiento, sin cálculo ni egoísmo; lleno de ideas de antiguo patriotismo, inspirado por las nuevas preocupaciones que daban el nombre de extranjero al habitante de la ciudad vecina, y el de tiranía á la dominación limítrofe, cuando tuvo alguna noticia de la conspiración, reunió un crecido número de discípulos y llegó á tiempo á Plasencia para favorecer á los conjurados y hacer alarde de su generosidad natural. El día en que estalló el movimiento, Beatriz, mujer del señor Galeas, estaba en la ciudad con su hijo Azone. Únicamente atenta á cuidar de su hijo, la madre halló un medio de evasión para él. En cuanto á ella, se quedó en palacio para no despertar sospechas, resuelta á arrostrar la cólera popular, á trueque de salvar á su hijo. Buonvicino conoció su abnegación, y respetando la santa ternura de una madre, no solo impidió todo ultraje, sino que condujo él mismo á Beatriz fuera del territorio de Plasencia, y la puso salva y sana en manos de los guardias de Galeas.

Esto pasaba en 1322. En esta época se restableció el gobierno democrático en Plasencia. La señoría del papa podía en efecto considerarse como un estado de absoluta libertad. Los pontífices que tenían entonces su sede en Aviñón, no ejercían á tal distancia mas que un protectorado honorario, y por otra parte, partidarios del rey de Francia, tenían interés en contrarrestar á los Gibelinos, que querían confiscar las franquicias de la Lombardía en provecho del emperador.

Durante los ocho años que sucedieron, Buonvicino se maduró ejerciendo los generosos empleos de un país libre; él adquirió esa elevación de sentimientos que da una vida pública, y desprendida de las mezquindades de la vida privada, y el hábito de preferir el bien público al interés particular. A esta educación de los ciudadanos debió la Italia los progresos de su prosperidad, en tanto que duraron las repúblicas.

La fortuna de los Visconti disminuía de día en día; ellos tuvieron que pelear contra el emperador Luis de Baviera, apoyado por los enemigos que les habían suscitado su insolencia, y por ese Versuzio Lando, cuyo odio tenaz no desperdiciaba ocasión de atacarlo. En fin, las cosas llegaron al punto en que Galeas, Luchino, Giovanni y Azone se vieron encerrados en las horribles prisiones de Monza, llamadas los Hornos. Allí estuvieron desde el 5 de julio de 1327 hasta el 25 de marzo del siguiente año.

Pero cuando Galeas murió, el aborrecimiento que había inspirado á los príncipes y á los pueblos, acabó con él, y la fortuna de los Visconti tomó nuevo aspecto. Azone, mas inteligente que su padre, proclamado señor de Milan el 14 de marzo de 1330, pensó en recobrar las ciudades perdidas; él logró ocupar á Bérgamo, Vercelli, Vigevano, Pavia, Cremona, Brescia, Lodi, Crema, Como, Borgo, Sandomino, Traveglia y Fizzighetone. Miraba además con ojos de codicia á Plasencia; pero conquistarla no era empresa fácil. Como gozaba de libertad bajo la protección del papa, Visconti no hubiera podido atacarla sin romper con la Santa Seda. Comenzó pues una guerra sorda, digna de su pérfida política, y amontonó una larga serie de violaciones supuestas de los habitantes de Plasencia contra sus súbditos. Amenazó, y fué menester enviar á Milan diputados y rehenes, entre los cuales iba Buonvicino. Su hermano Versuzio había perecido, sus parientes mas cercanos y sus amigos íntimos habían muerto en las guerras pasadas. Ya había podido ver cuan diferente es la vida real de los sueños que engendra la imaginación. Los espléndidos fantasmas de su juventud palidecieron mas todavía, cuando vió en Milan de cerca las intrigas, las vías subterráneas, los lazos y la duplicidad que se ponían en juego para administrar la cosa pública; tramas que no concibe un alma sencilla, pero que los sabios de este mundo pretendían y pretenden hoy que son necesarias para la prosperidad de los Estados. Al principio se indignó, después se apoderó de él un furor sombrío. Pero á fuerza de contemplar aquel espectáculo, contrajo la profunda melancolía que inspira el sentimiento del bien que se querría practicar junto, con la incurable impotencia de realizarlo.

Por otra parte, merced á su mixta situación de rehen y embajador, unida al recuerdo del servicio que prestó á la princesa Beatriz, Buonvicino era honrado y bien acogido en todas partes; él y sus compañeros habían sido alojados en las casas principales de Milan. Se creía que la hospitalidad promovería el afecto, y que con el tiempo, lo que ellos llamaban benevolencia universal, siendo únicamente de tolerancia silenciosa del yugo común, reemplazaría las animosidades municipales.

Buonvicino se alojaba en casa de Uberto Visconti.

Uberto Visconti era el padre de la Margarita que da nombre á nuestra historia. Hermano de Mateo el Grande, gozaba de mucha consideración en la ciudad, pero no tomaba parte en el gobierno.

La integridad de su carácter rechazaba quizá las intrigas que la política sugería á sus hermanos para conservar ó acrecentar su poder; tal vez estos cuidaban de alejar á un hombre poco acostumbrado á las cosas del mundo para posponer los escrúpulos de la justicia al curso irregular de la ambición. Agréguese á esto que los Visconti, en su calidad de Gibelinos, es decir, de imperialistas, eran mal vistos de los papas, quienes, de comun acuerdo con los Güelfos, defendían la causa de la Iglesia y del pueblo. Mezclándose fácilmente las pasiones políticas á las creencias religiosas, sucedía á menudo que los Gibelinos profesaban errores en materia de fe, que los pontífices tenían que lanzar sus anatemas espirituales contra sus enemigos temporales, y que los pueblos consideraban como herejes á los que contrariaban las empresas terrenales de los papas. Por eso muchas almas timoratas no querían marchar bajo el pendón de la víbora; Uberto seguía con pena el partido de sus parientes, y solo lo necesario para cumplir su juramento de caballero. En una revuelta que tuvo lugar en Milan, cuando en 1302 hicieron los Torriani el último esfuerzo para entrar en ella de nuevo, Uberto fué derribado de su caballo. En medio de los combatientes, bajo los pies de los caballos, había sentido en cierto modo el soplo de la muerte. Hizo voto á la Virgen de deponer las armas empuñadas por una causa injusta, y consideró como efecto de su promesa la generosidad con que uno de sus enemigos, Quido de la Torre, le había tendido la mano para levantarlo, ayudarlo á montar, y darle campo libre diciéndole: «No se dirá que privo á mi patria de un ciudadano como tú. ¡Feliz ella si contara muchos semejantes!»

Desde entonces Uberto se obtuvo de apoyar á sus hermanos. Ellos le causaron tantas desazones, que vivió mucho tiempo confinado en Asti. Luego lo llamaron y lo llenaron de los honores que pueden alhagar el amor propio sin dar poder positivo, tales como enviarlo como podestá á alguna de sus ciudades, unirle al séquito del emperador cuando iba á Roma; darle embajadas de puro cumplimiento.

Por fin los Visconti se declararon abiertamente contra el papa. Habiendo el cardenal- legado enarbolado el estandarte de San Pedro en el frontispicio de su palacio de Asti, predicó que todos los que concurrían, hombres y mujeres, á la destrucción de Mateo y de sus secuaces, serían absueltos (así lo cuentan antiguas crónicas) del castigo y la culpa de todos sus pecados. Excomulgó á los Visconti hasta la cuarta generación, como herejes y culpables de veinticinco crímenes. Los principales que les echaba en cara eran el ejercicio de una jurisdicción ilegítima sobre las personas y los bienes eclesiásticos, la oposición que habían hecho al armamento de sus vasallos por la cruz, las trabas que habían impuesto á la inquisición, y por último el haber libertado de las llamas al hereje Manfreda.

Ruda prueba era para Uberto, que veneraba el poder del papa, verse envuelto en esta excomunión: así trató eficazmente de restituir la calma á los ánimos y de reconciliar á los milaneses con la Santa Sede. Parece que por seguir sus consejos se sujetó Mateo á las prácticas de devoción, y á visitar las iglesias. Un día convocó en la catedral al clero y al pueblo, les recitó el *Credo*, y protestó que él contenía la profesión de su fe. Pero el papa no creyó en la sinceridad de su retractación, mantuvo la excomunión, y Mateo murió bajo el peso del anatema. No queriendo Uberto tomar parte en los negocios públicos, se condenó á la vida privada, si bien conservando el esplendor de su rango. Tan pronto residía en Milan como en las márgenes deliciosas del lago Mayor, donde poseía bienes inmensos. Allí se dedicaba exclusivamente al cuidado de su familia, y como sus tres hijos, Víctor, Ottorino y Giovanni, de genio belicoso, solo vivían con él raras veces, aplicaba su solicitud á la educación de Margarita, su hija única; muy diferente del mayor número de los padres que parece que no tienen mas objeto que formar jóvenes discretas y mujeres llenas de ligereza.

Desengañado del mundo con la edad, simpatizaba naturalmente con un hombre que, como Buonvicino, conocía, desde su juventud, el sentimiento amargo de los engaños. Una íntima amistad se estableció entre el joven y el anciano. El primero, privado de su padre, se complacía en hallar otro en Uberto, y miraba á los hijos de este como á hermanos, á Margarita como á una hermana. Los discursos de este hombre, avanzado en la carrera de la vida ofrecían de antemano á Buonvicino la experiencia del mundo; los pocos libros que se conocían entonces llenaban con agradables lecturas los momentos de reposo. El compaña también algunos versos de forma toscana, y tales como podían hacerse en aquella época. En Milan brillaba como excelente ginece, y como hábil en todos los ejercicios corporales. Nunca dejaba de tomar parte en las discusiones políticas, que contemplaba como la escuela del filósofo y del ciudadano. Amábanlo por la afabilidad de su trato, realizado por una varonil y constante franqueza. Los señores lo respetaban, porque sabía unir con la sumisión que exige la fuerza victoriosa la dignidad de un infortunio innecesario.

Maravilla hubiera sido que tal caballero no inspirara amor á Margarita. Podía él contar unos treinta años; ella apenas tenía quince, y las atenciones de Buonvicino despertaban en su corazón virginal y sin conciencia

de sí mismo el sentimiento de un púdico placer. Pero esta inclinación fué por mucho tiempo desconocida de todos, aun de los dos amantes mismos. Nunca le había dicho él: Yo os amo; esas palabras que salen de los labios cuando una elocuente lengua, la de la pasión, las ha exhalado de cien maneras, todas diversas, todas mudas. Ella no sabía casi si lo amaba; nunca se lo había dicho, nunca se lo había confesado á sí misma; el único sintoma consistía en la rapidez con que latía su corazón en su presencia. Si él se alejaba, ella se quedaba abatida, como si le faltara algo á su alma, como si se viera privada de una parte de sí misma. El no la había dicho si volvería ni á que hora; y no obstante ella esperaba siempre. Si él tardaba, se apoderaban de su corazón todas las angustias de la inquietud. Volvía ella á verlo, nadaba en júbilo, y sentía un exceso de vida, como (así al ménos lo creía) á la vista de su padre con el espectáculo de una alborada de mayo ó de una vid cargada en setiembre de fruto. Ella hubiera querido agradecerle, parecerle hermosa, generosa y buena. Sin pensarlo, cuando ella lo aguardaba, se vestía con mas cuidado. El la hablaba, y la vida brotaba en su corazón. Ella ambicionaba sus miradas, y cuando él las fijaba en ella, bajaba la vista ruborizada, confusa, olvidando responder á las preguntas de Buonvicino, y balbuciendo algunas gracias intempestivas en cambio de las palabras corteses que él la dirigía. Si hacían juntos resonar las cuerdas de un laúd, confundía turbada las notas; luego se arrepentía, se avergonzaba, se acusaba de niñería, prometía corregirse y cometía otra vez las mismas faltas. Entre las flores de su jardín había una preferida; entre los árboles de su bosquecillo había uno favorito; la flor era la margarita, hacia la cual él había mostrado cierta predilección; el árbol aquel bajo el cual él se le había presentado de improviso un día en que ella lloraba la ausencia del amante. Esperarlo y verlo, sumergirse en profundas meditaciones, separarse bruscamente de él y desearlo en seguida, tal era la historia del corazón de Margarita: vida avara de acontecimientos, pródiga de impresiones y entregada á esa misteriosa potencia que derrama tantas dulzuras y tantos pesares en el primer amor: sudores y estremecimientos del deleite que no se conoce, gemidos y cantos de alegría, lágrimas y sonrisas sin causa, temores y esperanzas sin motivo; ¡cien veces en un día en el colmo de la felicidad y en el abismo de la desdicha! ¡embriaguez ó tortura, sea que el corazón crea tocar en la suprema felicidad, ó que se vea aterrado por el aislamiento y el abandono!

Los sentimientos de Buonvicino no participaban de esta incertidumbre movable; aunque todavía conservaba la virginidad del alma y la juventud completa de la virtud, ya había experimentado el mundo, ya conocía la vida real, comedia para aquel que la observa, tragedia para aquel que la siente. La seducción marcha á pasos acelerados, cuando no se la teme. No hay cosa que predisponga tanto el alma á la ternura como el dolor. Buonvicino sufría. Sintió que amaba á Margarita y no se opuso á su pasión. Conoció que ella lo amaba, y se complació con tal pensamiento, dichoso con las simpatías que recompensaban las suyas. Después de haber soportado las borrascas de la vida pública, echado sobre los hombros una ojeada melancólica y penetrante, que adivinaba instantáneamente el objeto de sus acciones, se reconciliaba con la humanidad contemplando una alma pura exenta de egoísmo, y virtuosa por todos sus instintos. Él buscaba la tranquilidad en las emanaciones de inocencia que formaban la atmósfera en que ella vivía, y que son semejantes á esa paz divina que los ángeles derraman sobre las almas cuyos dolores vienen á aliviar enviados por el cielo.

Pero esta calma de la inocencia, al paso que inflamaba su pasión, la impedía declarársela á Margarita. Poseer esta virgen ingenua que un padre excelente formaba para la virtud, le parecía en verdad la felicidad de su vida; pero ¿podría él hacerla tan feliz como él lo sería? La fortuna de su patria y la de su casa estaban en suspenso. Podía acontecer que viviera en un pueblo libre siendo el primero de sus conciudadanos, investido con la autoridad de un nombre, ó de un carácter mas honrado que su nombre, conduciendo los destinos de su patria por las vías de la justicia y de una paz gloriosa. Pero este halagüeño porvenir tenía por árbitros á príncipes conocidos por su habitual egoísmo. Si faltaban á su palabra, si prevalecían los manejos de la ambición, podía verse no solo reducido á una vida oscura, sino condenado á un lejano destierro, precipitado en empresas en que el hombre de corazón parecido al naufrago de alta mar, quiere entrar solo en la lucha para sostenerla con mayor firmeza, ó bien para sucumbir con ménos dolor, cuando el deber ó la generosidad lo obligan á sacrificarse. Con esta duda, él no podía alimentar la llama naciente de Margarita si no era para hacer otra víctima. Su corazón hubiera sufrido con el remordimiento de haber turbado el reposo de aquella alma virginal, esa sonrisa primaveral de la vida que se borra y pasa como el relámpago para no volver, trayendo consigo inquietudes, pesares, engaños, penas que devoran el resto de nuestros días: se resolvió pues, á callar su pasión, á disimularla por lo ménos en todas sus conversaciones, por mas costoso que fuera esto á su amante corazón. Pero ¿cómo es posible ocultar el amor? Contra su voluntad, el entusiasmo de un trasporte, una palabra indiscreta, una delicada atención, una de esas pequeñísimas cosas se le escapaba, que revelan á las jóvenes el hombre, cuyo ardiente aliento ha de abrir en su pecho la flor del deleite.

(Se continuará.)

MELODIAS ARABES.

HYMNE A LA NUIT

PIANO.

Lent.

pp

Cres.

Dim.

Rall.

LA MARCHÉ DES CHAMELIERS.

PIANO.

Moderato.

pp

Dim.

Dim.

Dim.

MÉLODIE.

PIANO.

Andante.

pp

1^{re} Fois.

2^e Fois.

Ritard.

Procédés d'E. DUVERGER.

La fonda de San Nicolás en Nueva-York.

Si algo hubiese de acabado en este mundo, é inmejorable para los que nos han de suceder, diríamos sin vacilar que era este establecimiento, sin rival en su género, ni aun en los palacios mas fastuosos del orbe; ¿pero quién sabe si á la vuelta de mil años seria mezuquino para un príncipe destronado, ó lo que es mas seguro, seria ridículo é irrealizable para todo el mundo?... La descripción que presentamos de este cuento real de las Mil y una noches, convencerá á nuestros lectores de su última perfeccion, quedándoles en la duda de que puedan discurrir cosa mejor las generaciones futuras, aun cuando el lujo prosiga su carrera con la misma velocidad que ha hecho de un siglo á esta parte.

Situada en esa grande arteria de Nueva-York, llamada Broadway, en el ángulo formado por las calles Mercer y Spring, es decir, en la parte mas frecuentada de la ciudad, la fonda de San Nicolás cubre un terreno de seis mil metros cuadrados.

El arquitecto ha construido tres fachadas de un esti-

lo elegante y severo á la vez, que se acerca mucho al órden corintio; la principal que da sobre Broadway, larga de 92 metros, está formada de mármol blanco, sobre el cual refleja el sol como si fuese una pared incrustada de mil piedras preciosas; es una calidad del mármol americano, que si no sirve para la estatuaria, se amolda cuando ménos á todas las necesidades de la arquitectura. Esta imponente masa de mármol ofrece un magnífico golpe de vista que solaza el ánimo de la monotonía producida por las construcciones de piedra color de chocolate y de ladrillos colorados, de que están formadas casi todas las casas particulares de los Estados-Unidos. Las otras dos fachadas son de piedra, y la mas larga, que es la que da á la calle Mercer, tiene 73 metros.

La puerta principal de la fonda se abre por el Broadway en el centro del edificio. Hay además cuatro entradas, de las cuales dos están destinadas para las señoras que habitan la casa, para sus familias y visitas del bello sexo. Las otras dos sirven solamente para los criados y proveedores, pero en caso de un incendio ofrecerian sa-

lida á todo el mundo. Tiene cinco pisos sin contar el bajo, y la elevación media de cada uno es de cinco á tres metros.

Entrando por la puerta principal de Broadway, lo primero que se presenta es un vestibulo de 500 piés de profundidad con las paredes estucadas á la italiana, y cuyo suelo está cubierto de mármoles de diversos colores formando mosaico. A la derecha hay un salon, exclusivamente destinado para los hombres, y al lado de este el gabinete de lectura donde se hallan ordenados sobre atriles todos los periódicos que se publican en los Estados-Unidos y en Europa. Luego penetramos en el despacho del correo, para cuyas funciones hay un empleado especial, y en seguida en el office del hotel, es decir, el despacho de los fondistas, punto central donde convergen todas las órdenes de los viajeros, y de donde parten todos los mozos á desempeñar el cumplimiento de sus deberes. Allí están todos sentados en dos largos bancos, y atentos á la campanilla para servir inmediatamente al viajero que la agita. Además hay un cuadro ingenioso donde están escritos, en un círculo de cobre

movedizo, todos los números de las habitaciones correspondiendo por medio de un alambre con el botón fijo cerca de la chimenea de cada pieza, el cual tocado por el inquilino comunica por un movimiento eléctrico al director la orden de que mande un mozo al número que le hace falta. En esta pieza se encuentra el registro donde los viajeros inscriben sus nombres, siendo esto el solo pasaporte exigido por la policía municipal; y aquí finalmente se hallan colgados en las paredes mil anuncios de todo lo necesario para el viajero, como de teatros, cafés, comercios, y las horas de partida de los vapores, caminos de hierro, diligencias y demás medios de transporte.

De este se pasa á un gran salón destinado exclusivamente para los huéspedes masculinos de San Nicolás y los que van á visitarles. Contigua se halla la pieza de fumar, cuyas paredes pintadas de fresco se ven en gran parte cubiertas por inmensas lunas con marcos ricamente dorados. Sobre uno de los lados se eleva el bar, esa grande alacena de madera labrada y recamada de mármol blanco, tras de la cual están los coperos dispuestos á servir á los consumidores los vinos de Sherry, Jerez, Burdeos, Oporto, Champagne, Madera, con toda clase de licores, y sobre todo esas famosas bebidas americanas, conocidas allí con los nombres de *sherry-cobblers*, *mint-juleps*, *brandy cock-tails*, etc.

En uno de los ángulos de Bar-Room, los directores de San Nicolás han establecido un telégrafo eléctrico que comunica con las principales ciudades de los Estados-Unidos, y por medio del cual un viajero que habita la fonda puede enviar un mensaje y recibir la respuesta en muy poco tiempo. Por ejemplo un comerciante de Nueva-Orleans puede en el espacio de veinte minutos enviar á su correspondencia la orden de que le compre unos cuantos miles de pacas de algodón á un precio dado: verificada la compra, veinte minutos después recibe la respuesta.

Todas las habitaciones del cuarto bajo están embalsamadas de mármol, y durante el invierno, el frescor de los salones se templará con una infinidad de caloríferos.

Nuestro *cicerone* nos condujo al primer piso por una magnífica escalera donde desembocan inmensos corredores que van de un extremo al otro de la casa; el principal de estos tiene cuatrocientos setenta y cinco pies de longitud. A la derecha se encuentran dos comedores en cada uno de los cuales pueden tomar asiento trescientas personas á la vez. Todo se hace allí con un orden admirable, y una vez la mesa puesta y los cubiertos servidos, en vez de platos cuya sola vista empalaga, no se ve sobre los manteles más que flores, frutas y bugias. Cada comensal tiene delante de sí una lista impresa de los manjares que se van á servir, y de la cual

no tiene más que hacer su elección para ser servido al instante, sin el menor ruido, y sin que su conversacion con el vecino sea interrumpida por el atrafagamiento de los mozos, pues toda la habitación está cubierta de tupidas alfombras donde los pasos dan, y el ruido se ahoga. En cuanto á la profusion de platos, solo diremos que contándose todos los conocidos en Europa, hay una porcion mas que nos seria difícil nombrar porque aun no tienen nombre conocido aquí.

El traje de los criados está uniformado, sin que por eso lleven librea; van todos de negro, con frac, chaleco y pantalon del mismo color, y además con guantes de algodón blancos, los cuales se mudan varias veces al día.

A la izquierda están los dos salones para tomar el té, y á continuación de estos, otros cuatro mas grandes que sirven para reunion de las señoras; en seguida las habitaciones especialmente destinadas para novios, con otros varios cuartos arreglados de manera que pueden recibir familias enteras. Considero inútil describir la riqueza y elegancia del mueblaje general y particular de estos, todos tapizados con sederías de Lion y damascos de los mas brillantes colores, donde los pies casi se entierran en su suavidad y espesor, pudiéndose descansar sobre sofás, sillones y sillas de terciopelo de seda, y donde los dorados reflejan la luz de numerosos



Fonda de San Nicolás en Nueva-York.

picos de gas. Citarémos como muestra la elegancia y exquisito gusto del gran cuarto destinado para los *new married couples*, cuyas paredes están tapizadas de raso blanco, ajustado con listas de oro; la cama incrustada de marfil, y todo lo que la cubre, así como las sábanas, es del mismo género, pero de lo mas precioso que sale de las fábricas de Lion. Los demás muebles de esta cámara nupcial guardan proporcion en abundancia y esplendor; pero falta lo mejor, y es que una noche pasada en este palacio encantado, erigido bajo los auspicios de Venus, cuesta doscientos pesos fuertes. ¡Una noche no mas! Aunque á decir verdad, ¿hay algo en Europa, ni siquiera en los palacios de los reyes, que se acerque á esto en suntuosidad?

El segundo y tercer piso están dispuestos de manera que pueden recibir tambien familias, es decir, que al rededor de un salón ó sala para comer se agrupan varios cuartos que pueden contener cada uno el marido, la mujer y los niños. — En el cuarto y quinto piso están los dormitorios para hombres, compuestos de una alcoba con un pequeño salón, gabinete para la toilette, guarda-ropas, etc. Por supuesto que la arquitectura interior de la fonda está dispuesta de manera que los corredores, cuartos y habitaciones estén perfectamente claros y ventilados.

El número total de dormitorios es de ochocientos, pero hay medio de albergar mil personas.

Cada cuarto completo contiene una sala de baño y dos retretes á la inglesa. Además de esto hay una sala comun de baño para el uso general en todos los pisos.

Las mesas de tocador en todos los cuartos están colocadas en frente de dos espitas, por las cuales corre día y noche si se quiere agua fria y caliente: para llevar

esta agua á los últimos pisos, el arquitecto ha colocado tres máquinas de vapor en las sótanos los cuales funcionan sin cesar. Los caños de plomo para diferentes usos que hay en la casa pesan *cientos veinticinco mil* kilómetros. Toda ella está alumbrada de gas, que se fabrica en un local vecino dispuesto al efecto, y el número total de luces es de 3000.

Durante el invierno el edificio se calienta al vapor, el cual está distribuido por medio de unos conductos de bronce.

Entremos ahora en el lavadero, que es una de las maravillas de San Nicolás. Toda la ropa blanca de este serrallo-fonda se blanquea, lava y plancha en la misma casa; pero no vayan Vds. á creer que sean mujeres las que desempeñan estas funciones, sino que una máquina al vapor con dos hombres á su cuidado bastan para calor y enjugar seis mil piezas por día.

Un viajero llega al hotel después que ha ensuciado toda su ropa blanca durante el camino; desea hacer su *toilette*, pero no quiere aumentar ningun artículo en su guarda-ropas. En seguida su saco de noche es vaciado en el lavadero, y mientras que se lava las manos, se afeita y se hace peinar, es decir, en el espacio de treinta minutos, todas sus camisas, pañuelos, medias, cuellos, etc. han sido lavados, enjutos y planchados; puede escoger lo que guste. No se crea por eso que tanta rapidez redunde en perjuicio de la ropa, antes por el contrario, sufre mucho menos deterioro que con los frotamientos y golpes de pala de nuestras lavanderas.

Si del lavadero pasamos á las cocinas, debemos penetrar antes en la que está destinada para los almuerzos, cerca del comedor, en el primer piso, pues la principal está en el bajo. Los platos cocidos se operan por

medio del vapor, pero los asados, guisos y platos preparados se cuecen con carbon. En seguida vimos la panadería y pastelería, porque todo lo que se gasta de pan, pasteles y dulces en San Nicolás es hecho allí mismo.

En cuanto al mueblaje de toda la fonda, solo diremos que ha costado seis millones de reales. Al llegar á esta parte de nuestra descripción fastuosa, vemos á la mayor parte de nuestros suscriptores sonreirse y decir: «Todo esto está muy bien, pero para las bolsas poco repletas no se han hecho esos artesonados.» He aquí el error, como vamos á demostrar.

Nuestro *cicerone* que era uno de los consocios del establecimiento nos dijo: que los cuartos completos, segun el piso y la posición que ocupaban, valian de 10 á 30 y 50 pesetas diarias, comprendido el uso de los baños, del gas y del servicio, y el precio del alimento de 7 pesetas y media. Si el viajero no ocupa más que una habitación, en cualquier piso que sea, (los primeros son siempre los mejor servidos) no pagará por su alojamiento, comida, servicio y luz más que la módica suma de 50 reales por día.

Ahora, ¿quieren Vds. saber lo que se llama alimento en San Nicolás? He aquí el orden de las comidas, entre las cuales puede cada huésped tomar su parte, por poco que su estómago esté dispuesto para esta abundancia inmoderada. Desde las siete de la mañana hasta el mediodía almuerzo; allí está la carta conteniendo una profusa variedad de manjares, entre los cuales se puede escoger: una tortilla ó un bifeq—una perdiz ó un filet—un huevo pasado por agua ó una media docena de pájaros—té, café, chocolate,—todo servido con profusion y caliente.—De las doce á las dos el *lunch* (me-

rienda).—De las dos á las tres y media se sirve comida para los que están acostumbrados á la española.—A las cinco resuenan los goznes, las puertas se abren de par en par, y principia á entrar la gente, y á tomar asiento en las dos grandes mesas que ya hemos dicho pueden contener 300 personas cada una.—De las siete á las nueve, el té, acompañado de pasteles de todas clases, carnes saladas, como salchichones, cecinas, lenguas y confituras; y finalmente, de las nueve á la una de la madrugada una cena fría está puesta para los huéspedes que vienen del teatro, de un baile ó de paseo, ó bien para los viajeros que llegan por camino de hierro ó por vapor.

Unas cuantas pinceladas concluirán el cuadro. El servicio de la fonda está encomendado á *doscientos treinta* criados, los cuales en la buena estación se ven reforzados por *cient* compañeros mas. El gasto diario de la casa asciende á 24000 reales. El término medio de las personas que alberga es de quinientas á seiscientas; pero durante el verano el número total de viajeros es de 800.

Por el lado de la calle Mercer están las cuadras, que pueden contener de ciento á ciento cincuenta caballos y ochenta coches.

Concluirémos diciendo que el terreno sobre el cual se ha edificado San Nicolás costó dos millones de pesos fuertes, y la construcción por sí sola otro tanto, es decir, todo junto ochenta millones de reales.

Barómetro.

Existe en la naturaleza un barómetro muy poco conocido por cierto, y apreciado solamente por algunos aficionados, pero que sin embargo merece ocupar un rango entre los numerosos sistemas conocidos hasta el día.

Una de las cualidades de la sanguijuela es el anunciar por pronósticos infalibles la proximidad de una tempestad. Se ve entonces á esos anélidos abandonar su estado de entorpecimiento y agitarse con una viveza proporcionada á la intensidad de la tempestad que ha de seguirse, haciendo algunas veces infructuosas tentativas para escalar las paredes de la vasija que las encierra.

Fácilmente se concibe todo el partido que podrá sacarse de este barómetro natural. A bordo de los navíos sería un medio precioso para anunciar el estado extremo de la atmósfera, confirmando así las indicaciones del barómetro mercantil ó aneroide.

M. Marrywnathey ha tenido sin embargo la idea de regular los movimientos excéntricos de las sanguijuelas, y hacer que se manifiesten los efectos de una manera mas marcada. He aquí el mecanismo por el cual este fisiólogo distinguido ha logrado su objeto. Sobre un banco ó mesa se colocan varias botellas llenas en parte de agua, y en cada una de las cuales hay una sanguijuela. Un tubo de vidrio ó metal barnizado se prolonga en el agua comunicándose en la parte exterior con la boca de la botella. Este tubo está obstruido en parte por una pequeña varilla de ballena que á su vez está enlazada con un hilo que se comunica en último término con la aldabilla de una campanilla. La sanguijuela, inquieta por el estado eléctrico de la atmósfera, sigue su instinto y sube al tubo; saca la varilla de su lugar, y el ruido de la campanilla hace conocer el estado de la atmósfera.

El sueño de oro.

LEYENDA.

Oswaldo estaba sentado al fuego en su viejo sitial de terciopelo de Utrech, colocado entre la chimenea y la ventana de su modesta habitación estudiantil.

Era en el invierno: llovía. El Nekar arrastraba una agua rojiza y fangosa; los tejados de la buena ciudad alemana estaban negros, y la niebla que se mezclaba á la lluvia tenía tal intensidad, que apenas se distinguían las paredes de las casas alineadas al otro lado de la calle.

Oswaldo atizaba la lumbre con inquietud, y á veces se dirigía á la ventana, desde donde distinguía el río que se deslizaba á pocos pasos: contemplaba algunos momentos el agua cenagosa rizada por el viento del Norte; luego dejaba la ventana, se dirigía á una mezuquina rinconera cargada de libros, hojeaba un tomo, le arroja con mal humor, y concluía por volver á sentarse en su sitial despues de haber tomado de nuevo las tenazas.

Nuestro héroe era un muchacho de unos 23 ó 24 años, rubio, delgado como un poeta, pensativo como un enamorado.

Era hijo de un burgomaestre de campo de una provincia prusiana; su padre le pasaba una módica pensión de cuarenta florines al mes, y estudiaba medicina en la noble ciudad de Heidelberg.

La casa en que Oswaldo había tomado habitación bañaba sus primeros cimientos en el río, próximo al templo luterano al lado del famoso puente de Heidelberg, que sostiene la estatua del duque Carlos Teodoro.

La propietaria de ésta casa era una mujer caprichosa y grosera que reñía continuamente y pasaba la vida en atormentar á sus huéspedes, estudiantes pobres la mayor parte de ellos, porque el hospedaje era modesto de todo punto y solo costaba al mes seis florines y 24 krentzer, que vendrán á ser unos 60 reales de nuestra moneda.

Pero en desquite la buena mujer tenía una hija que era una perla de hermosura y que llevaba el nombre de sus hermanas, segun habia dicho un estudiante que pasaba largas veladas encaramado en las ruinas del viejo castillo donde sostenia prolongadas conversaciones con las cigüeñas.

Roschen (Rosa) era la criatura mas seductora que podia encontrarse desde las riberas nebulosas del Rhin hasta las orillas fecundas del Danubio, y sin embargo no tenía aquel tipo desdeñoso y un si es no es grosero, aquellos ojos de un azul pálido, aquella cabellera blonda, y aquella sonrisa melancólica propia de las hijas de la Germania.

Era pequeña, esbelta en su talle exiguo, morenita y risueña como una española; sus cabellos eran tan negros como el ala de un cuervo, sus ojos de un pardo oscuro, y en su animacion se traslucia algun poco de malicioso desden; la nariz de un aguileño griego; los labios de un encarnado cereza; y su seductora sonrisa hacia latir el corazón de todos los estudiantes que al anochechar le encontraban en las tortuosas calles de la universitaria ciudad.

Roschen — permitasenos la expresion — era el correctivo de su madre; hacia olvidar á sus huéspedes la dureza, las exigencias, y la áspera parsimonia de la vieja que les suministraba café con leche y manteca, reducido invariable del desayuno del estudiante.

Pero entre todos los alojados en aquel casulario ninguno era el objeto de las delicadas atenciones y el exquisito cuidado de Roschen tanto como Oswaldo.

La jóven habia despojado las viviendas inmediatas para adornar convenientemente la de Oswaldo; le llevaba el mejor café, la crema mas fresca, y cuidaba de añadir á todo esto una copita de aguardiente de guindas.

Cuando Roschen entraba en la habitación de Oswaldo, éste se llenaba de regocijo, y decia para sí:

— ¡Ah! si mi padre el burgomaestre fuera menos orgulloso...

Si Oswaldo pasaba la mano por la delgada cintura de Roschen, Roschen ruborizada bajaba los ojos y su corazón latía con vehemencia.

Porque Roschen amaba á Oswaldo, y Oswaldo la amaba.

Habianse declarado una noche tomándose las manos y conversando al calor de la chimenea mientras que la vieja patrona habia salido; y despues se lo repetian á cada momento, y se hubiera creído que Oswaldo debia de ser el mas afortunado de los hombres y el mas orgulloso de los estudiantes, porque era amado por la mas linda muchacha de Heidelberg.

Por desgracia es muy raro que el hombre feliz sepa apreciar su dicha. Oswaldo era una de esas cabezas débiles, de esos cerebros henchidos de viento y de palabras, vacíos de ideas, á quienes suele llamarse y quizá no llega el caso de que puedan crear en toda su vida cosa alguna. La mitad de la de Oswaldo se pasaba en los espacios imaginarios, la otra mitad sentado á la lumbre en el viejo sitial que ya conocen nuestros lectores.

Cuando su imaginacion le arrebatava sobre el ala de una nube, Oswaldo se sonreia orgulloso, paseábase á pasos acelerados con la mano puesta sobre la cadera como un conquistador; trataba desdeñosamente á una numerosa cohorte de criados y comensales, se sentaba á la mesa de su legítimo soberano el rey de Prusia, y decia en voz alta:

— Soy el poeta del rey.

Cuando bajaba de las nubes y se encontraba en su sitial, el estudiante lanzaba una exclamacion de cólera, y amenazaba con el puño cerrado al cielo que representaba el techo ennegrecido y lleno de hendiduras de su humilde cuarto; recorria con mirada triste el papel hecho girones, los muebles apolillados y cojos que le rodeaban, y murmuraba:

— ¡Oh, cuán espantosa es la pobreza! ¿Cuándo seré yo rico y célebre?

Aquel día Oswaldo sentia su oscuridad profunda y su pobreza con mas amargura aun que de costumbre. Entreveia con terror el porvenir que le esperaba; se veía ya, no sin estremecerse, sucesor de su buen padre el burgomaestre, cultivando sus cuatro aranzales de majuelo y su prado de tabaco.

Por eso se paseaba agitado en su cuartito, tan pronto hojeando un libro, tan pronto mirando con tristeza deslizarse el agua cenagosa del Nekar.

Habia concluido por sentarse de nuevo en su viejo sitial, y allí encendiendo su larga pipa de tubo de cerezo y hornilla de porcelana adornada de una pintura asaz mezuquina, se rodeaba de una nube de humo, y procuraba evocar uno de sus ensueños favoritos, cuando la puerta de la vivienda se abrió sin ruido, franqueando el paso á un personaje bastante extraño que Oswaldo no conocia ni de Eva ni de Adán, y que sin embargo penetró sin llamar, saludó con una inclinacion amistosa acompañada de una sonrisa, tomó una silla de la cabecera de la cama, y fué á sentarse al ángulo opuesto de la chimenea frente al estudiante, al que dijo:

— Buenos días, señor Oswaldo, ¿está Vd. bueno?

Este personaje nos parece digno de algunas líneas de descripción.

Era un viejecillo de sesenta á sesenta y cinco años, flaco, macilento, nariz puntiaguda, labio delgado y deprimido, frente dilatada, barba angulosa, la mirada recogida y penetrante, resguardada por azules antiparras.

Sus dedos largos y delgados parecia que terminaban mas bien por garras que por uñas: á través de su calzado de orillos cosidos, se adivinaban otras garras en todo semejantes á las de las manos.

Llevaba una opalanda gris con esclavina, calzon corto de un verde descolorido, y una gorra de larga visera que sujetaba sus anteojos azules.

— Caballero, dijo á Oswaldo, que asombrado y petrificado de tal aparicion le contemplaba; creyendo que podiais necesitar de mis servicios, he querido venir á visitaros.

— ¿A quién tengo el honor de hablar? preguntó Oswaldo, que se sentia dominado por una especie de terror supersticioso.

— No tengo ningun inconveniente en declararos mi nombre, respondió el viejecillo; pero no obstante ántes de hacerlo creo deber informarme de lo que podeis esperar de mí.

— Dispensadme, caballero, dijo Oswaldo dirigiendo una mirada desdeñosa sobre los harapos del desconocido; no veo demasiado.

— ¡Ah! replicó el anciano con sonrisa burlona; os parezco muy mezquino y muy pobre, y de hecho para un hombre como vos que de ser el poeta favorito del rey de Prusia, tener lacayos, cortesanos, caballos, oro, un palacio, todos los goces del lujo reunidos á todas las ventajas del orgullo satisfecho.

— Pero, caballero, interrumpió vivamente Oswaldo estremeciéndose al verse así adivinado.

— Perdonad, continuó el anciano, ya veis que sé muchas cosas.

— ¿Pero quién os ha dicho...

— ¿Todo eso? Lo he leído.

— ¿Dónde pues? preguntó Oswaldo.

— En vuestro pensamiento. Y por eso he venido veros.

— ¿Y qué mas? dijo Oswaldo fascinado.

— ¿Y qué mas? Hablemos, mi amo. Me inspirais algun interés, y quizá pueda seros útil. Vuestro padre es burgomaestre de una aldea y bastante pobre; ¿no es verdad?

— ¡Ay, demasiado! murmuró Oswaldo.

— Su herencia será muy corta, y la pensión que os pasa es mezuquina, segun creo.

— Muy mezuquina, suspiró Oswaldo.

— Eso es muy triste para un gallardo mancebo como vos y que es tan poeta como Goethe ó Hoffman, no tener siquiera tres para tomar un schop en el Comersch y dos florines para pagar en el teatro de la ciudad donde á veces vienen cantores italianos á dar representaciones. Es mas triste aun cuando se podría habitar un palacio y tener por dama una célebre cantatriz, alojarse en un tabuco como este, y requebrar á una muchacha muy linda es verdad, pero que no pasa de ser la hija de una mujer.

Oswaldo se estremeció, pero no se atrevió á desmentir al anciano.

— ¿Sabeis, continuó este, que es verdaderamente ridiculo en vos que poseis las cualidades necesarias para ser un hombre rico y célebre, el estar enamorado de una muchacha sin importancia?

— ¡Pchs! exclamó Oswaldo; ni tampoco sé si la amo ó no.

— ¡Ah! dijo el anciano, si es así podremos entendernos.

— ¿Cómo? preguntó Oswaldo.

— Si os diesen á escoger entre quedar pobre, oscuro y miserable y amar á Roschen; ó bien renunciar á ella y ser rico, considerado, envidiado de los grandes, respetado de los pequeños ¿qué hariais?

Oswaldo vaciló un poco, debemos confesarlo, y hasta se acordó muy á propósito que la voz de Roschen era armoniosa como el ruido de la brisa primaveral, su mirada dulce é interesante, sus labios mas rojos que las cerezas de junio, su mano blanca y pequeña como la de una gran señora; le pareció que en aquel momento manifestaba su linda cabeza por la puerta entreabierta y le dirigía su mas gachona sonrisa; pero todo esto desapareció en un instante, dando lugar á aquel ensueño acariciado tanto tiempo hacia por Oswaldo y que el vejete acababa de evocar.

— ¡Cómo ha de ser! dijo, lo peor será para Roschen.

Una sonrisa seca acogió estas palabras.

— Muy bien, dijo el anciano; y pues que así es, venid conmigo.

— Pero... iba á decir Oswaldo.

— Venid, interrumpió el anciano con un tono de fascinación tal, que el estudiante obedeció sin hablar una palabra, y se levantó para seguirle.

El bizarro personaje tomó al estudiante de la mano, abrió la puerta, y le llevó á la húmeda y sombría escalera de la casa.

En la calle habia una carroza deslumbrante tirada por cuatro caballos, á saber: el delantero y cochero estaban en sus puestos, dos lacayos pendian asidos de los tirantes.

Un cazador cubierto de galones de oro y plumas de cisne abrió respetuosamente la portezuela, y bajó el estribo.

— Subid, dijo el viejecillo á Oswaldo.

Oswaldo obedeció maquinalmente, el desconocido se colocó a su lado, el cazador dió la orden al delantero, y el carruaje se puso en movimiento; atravesó el puente del Neckar al galope, y continuó corriendo con fantástica rapidez.

Oswaldo fijaba su mirada fascinada sobre el anciano, y no dejaba de mirar por las portezuelas para ver que dirección tomaba el carruaje.

Al cabo de un cuarto de hora, y cuando ya los viajeros estuvieron lejos de Heidelberg, le pareció a Oswaldo que el viejo crecía y engrosaba sensiblemente; poco después cayó su gorro y con él los anteojos azules que sujetaba; la frente deprimida y calva se descubrió con algunos mechones de cabellos negros ó á lo ménos admirablemente teñidos; las mejillas cubrieron sus arrugas de una tersa tez, y su barba formaba tres profundos senos por su gordura; el calzado de orillos cedió su puesto á una bota perfectamente barnizada, y las hupalandas y calzones fueron reemplazados por un vestido negro tal como puede llevarle un comerciante millonario; en fin, los dedos callosos del anciano se transformaron en una mano blanca y bien cubierta como la de un prelado; y aun se veía en el anular de la izquierda un solitario del brillo mas puro, que bien valia hasta seis mil thalers de Prusia.

— ¡Ay Dios mío! murmuró Oswaldo espantado; creo que he de habérmelas con el diablo.

— Vamos, respondió su compañero con una sonrisa llena de candidez; ¡voto á tal! amigo mío, ¿creeis que el diablo vaya á meterse en los asuntos de un pobre estudiante? Tranquilizaos, querido Oswaldo; el diablo y yo somos dos, y yo valgo mas que él. El diablo es un pobre petate que corre tras de un alma, construye un puente para atraparla, y luego se ve chasqueado con el espíritu de un gato; anda siempre á pié, y no figura mas que en los libros de los poetas y de otros pobres diablos que le llevan siempre en el bolsillo.

El diablo es un ser fantástico, yo soy YO, que es cosa mucho mas positiva, y ejerzo muchas profesiones mas que medianamente honradas en este mundo. Unas veces soy comerciante, otras legista; cuando diplomático, cuando consejero áulico: los reyes me consultan, los demócratas me hacen la corte; los padres me consultan al casar á sus hijas sobre la exigüidad del dote; y los que se casan con una rica fea y viciosa siempre me piden consejo. Perdonadme, amigo mío, el traje un poco mezquino con que me he presentado á vos; pero siempre suelo endosármelo cuando salgo á pié para que nadie me pida limosna.

— ¡Ay! ¡ya! dijo Oswaldo; ¿pues entonces quién sois?

— Querido mío, respondió el ex-anciano, porque ahora ya no era anciano, sino un hombre de edad madura, bien tratado, bien vestido y vivaracho; era cuanto habia que ver: querido mío, dijo, no os revelaré mi nombre; básteos saber que soy el secreto de la vida personificado en una máxima mucho mas sabia que las del filósofo francés, duque de Larocheffoucauld: « *Servirse de todos y no servir á nadie.* » Aprovechadla pues, y en tanto que os declino mis cualidades, tendréis la bondad de arreglaros un poco en ese espejo que teneis al frente, á fin de que parezcáis como es debido delante de vuestros criados.

— ¿Mis criados? preguntó asombrado Oswaldo.

— Sí por cierto; estamos á la puerta de vuestro palacio.

— ¡Mi palacio!

— ¡Sí por cierto! ¡Pardiez! vuestro palacio de Berlin, cerca del palacio del rey, de quien sois el poeta favorito.

Oswaldo lanzó un grito de sorpresa; su guía bajó los cristales de las portezuelas, y el estudiante vió entonces que rodaban sobre el pavimento de una gran ciudad: Berlin, la capital de Prusia. Habian andado ciento cincuenta leguas en algunos minutos.

El carruaje se detuvo en el patio de un palacio suntuoso. Delante del peristilo estaban formados en orden respetuoso dos filas de criados de librea que se apresuraron á salir al encuentro de su nuevo amo.

Oswaldo creyó soñar; se miró en el espejo de la carroza, y vió que tenia los ojos bien abiertos; pero advirtió al mismo tiempo que sus pobres vestidos de estudiante habian cedido el puesto á un suntuoso traje. En cuanto á su compañero, ya estaba fuera del carruaje bajando el estribo y diciéndole:

— Señor excelentísimo, ¿gustais apoyaros en el hombro de vuestro indigno mayordomo?

Oswaldo se apeó.

— La comida de V. E. está dispuesta, añadió el extraño mayordomo.

Oswaldo le siguió precedido por sus criados; entró en un vestibulo enlosado de mármol; atravesó muchas salas donde el arte y la opulencia se habian cotizado para realizar lo mas ideal de los ensueños del estudiante, el cual llegó al comedor.

La mesa estaba servida con un lujo y un esmero inauditos; pero sin mas que un cubierto.

Oswaldo se sentó, y el mayordomo se halló súbitamente vestido de su librea de gala, de pié y con la servilleta en el antebrazo izquierdo en la actitud mas respetuosa sirviendo á su joven amo y escanciando en una copa de cristal de Bohemia el mas maravilloso Johannisberg de dos siglos, y los vinos mas exquisitos del mediodía de Europa encubados en el siglo de Luis XIV.

Oswaldo, que jamás habia acercado á sus labios otro licor mas sabroso que el aguardiente de guindas de Roschen, no resistió mucho tiempo á los célebres gene-

rosos, y se durmió á la mesa como se duerme á los 23 años en la buena ciudad de Heidelberg.

Cuando el estudiante despertó se encontró en cama, en la alcoba mas voluptuosa y seductora que pueda imaginarse, abrigada por ricos y suntuosos cortinajes; un rayo de sol penetraba hasta su almohada, una llama clarísima ardía en su chimenea, y al lado de ella dormitaba graciosamente uno de esos lebreles tan apreciados de los poetas desde Ronsard hasta Walter Scott.

Oswaldo estaba ya sin duda habituado á todo este lujo, porque extendió desdeñosamente la mano hácia la borla de oro de una campanilla, y tiró de ella imperiosamente.

El extraño mayordomo se presentó.

— ¿Llama V. E. á su ayuda de cámara? preguntó.

— Sí, contestó Oswaldo.

Inmediatamente se presentó el ayuda de cámara; llevaba una bandeja de plata sobredorada, y en ella una multitud de cartas que sin duda habian llegado durante el sueño de Oswaldo.

Tomó una, y llevaba por sobre « al señor conde Oswaldo, poeta de cámara de S. M. el rey de Prusia. »

Oswaldo se estremeció de orgullo; la abrió, y leyó:

« S. M. el rey recibirá al conde Oswaldo esta noche á las diez en audiencia particular. »

La firma era de un secretario de decretos.

Las demás cartas llevaban el mismo sobre: Oswaldo las recorrió rápidamente. Un impresor le ofrecía una enorme suma por su último tomo de poesías. Una condesa en un billete perfumado le señalaba una cita.

Todas en fin contenian ese codiciado perfume de la vanidad que tan fácilmente sube al cerebro de la ambición.

Oswaldo vió por fin otras dos cartas escritas en papel ordinario.

Abrió desdeñosamente la primera, y leyó:

« Excmo. Sr.: Os he escrito muchas veces sin que os hayais dignado responderme; pero la desgracia que nos persigue á mi anciana madre y á mí me obliga á importunaros de nuevo. »

Oswaldo se estremeció, miró la firma, y leyó el nombre de Roschen.

Entonces se acordó que habia comprado su opulencia y su celebridad á costa de su amor, y rechazando aquella carta abrió la segunda.

« Querido hijo: Cuando esta carta llegue á tus manos, ya habré dejado de existir: en vano te he llamado á mi lecho de muerte; en vano he orado y pedido á Dios el favor supremo de abrazar á mi hijo antes de morir: parece que las grandezas que os rodean han cerrado vuestro corazón. »

— ¡Mi padre! exclamó Oswaldo lanzando un grito.

Miró la fecha de la carta, y creyó haber leído mal. Estaba escrita en el mes de marzo de 1860. Pues el día que Oswaldo habia dejado su cuarto de estudiante era el 16 de febrero de 1853.

Entonces se volvió consternado al mayordomo.

Este pareció adivinarle el pensamiento, y le dijo:

— V. E. es víctima de una equivocación. Frantz el ayuda de cámara trae á V. E. cartas muy atrasadas en vez de presentarle las del día.

— ¡Cómo! exclamó Oswaldo... estas cartas...

— Son de hace tres años. Hace ya diez que V. E. estudiaba en la universidad de Heidelberg, y tres que vuestro padre ha muerto. Estamos en 1863. V. E. ha sufrido un terrible golpe, es cierto, con tal cruel pérdida; pero la muerte es la ley general del mundo, y no hay mas remedio que sufrirla... Por otra parte, V. E. es el favorito de la fortuna; tiene un millón de thalers de renta, es el favorito del rey, y hasta se trata de enviarle de embajador á Londres...

— ¡Mi padre!... ¡Roschen!... murmuró Oswaldo... ¿y cómo es que nada he recibido, que nada he sabido?

— Perdón V. E., observó el mayordomo con respeto: os olvidais que yo que soy vuestro mas allegado confidente, ponía un cuidado particular en que nada viniese á perturbar vuestra quietud perfecta; bien sabéis que siempre es penoso el saber cuando se va á un sarao que vuestro padre ha muerto; ó en el momento de salir para una cita que vuestra primera amada está sumergida en la indigencia mas profunda.

— Pero ¿quién sois vos? exclamó Oswaldo estremeciéndose.

— Yo soy el mayordomo de V. E. y vuestro pensamiento encarnado; tan acostumbrado estoy á servirlos.

— ¡Pero vuestro nombre!... ¡decidme vuestro nombre!...

— ¡Ah! dijo el extraño desconocido; ¿quereis saber mi nombre? Pues entonces esperad.

Y en efecto, se operó al punto una nueva metamorfosis; el mayordomo repleto y barrigudo desapareció, y Oswaldo vió en su sitial al lado de la chimenea, con las piernas cruzadas y la mas irónica sonrisa al viejecillo de las hupalandas grises, antiparras azules, calzado de orillos y con las uñas largas, que se le habia aparecido en su cuarto de estudiante.

— Pues bien, continuó con voz seca y cascada, mi nombre es, señor, muy conocido; yo soy el personaje mas influyente de nuestro siglo; yo soy quien cambia el cobre en oro y en fama la oscuridad... Me llaman... el EGOISMO.

Oswaldo entonces dió un grito de dolor.

— ¡Oh! dijo: ¿qué es la celebridad y la fortuna comparadas con la felicidad! ¡Quién me volverá á mi Roschen, la morenita, la risueña y agraciada querida, el ensueño de mi dicha! ¡y mi anciano padre sentado

en el banco de su puerta fumando con calma su larga pipa de cerezo y dándome sabios consejos!

Apénas Oswaldo habia pronunciado estas palabras, se oyó un gran ruido inmediato á él; el anciano se desvaneció como una sombra; las paredes de la alcoba parecieron que se hundían, y Oswaldo experimentando un fuerte sacudimiento se encontró en su sitial de terciopelo de Utrecht al lado de su chimenea de estudiante. El tiempo estaba oscuro, el Neckar agitado por el viento del Norte, la lluvia continuaba golpeando los cristales, y Oswaldo no era ya el opulento favorito del rey de Prusia. — Pero á su lado estaba Roschen que estrechaba tiernamente sus dos manos; y al lado de Roschen su padre, el viejo burgomaestre fumaba tranquilamente su pipa y le decia sonriendo:

— Pues amas á Roschen y ella te ama, casaos: la celebridad, la fortuna, la dicha, es el amor.

Y tan opaco como estaba el cielo, tan desahogada la modesta habitacion del estudiante, uno y otro le parecieron magníficos, porque conservaba aun sus veintitres años y estaba rodeado de ese sol de los soles que llamamos *juventud*.

Roschen, la esposa de Oswaldo, es la misma que me refirió esta historia en julio del año último en Heidelberg.

Oswaldo habia soñado.

Un incendio célebre.

Hasta las cosas mas naturales, hasta las catástrofes han de tener fortuna para pasar á la posteridad. A este número pertenece el incendio del palacio del príncipe Razumowski durante el Congreso de Viena en 1815. Entre las personas que contribuyeron á apagarlo como simples bomberos, se contaban el emperador de Austria, Alejandro de Rusia, el rey de Prusia, el príncipe de Metternich, Eugenio Beauharnais, hijo político de Napoleon, y una multitud de príncipes, duques, condes, diplomáticos y forasteros de distincion, que habian acudido á Viena atraídos por las fiestas del Congreso, y por el curioso espectáculo de ver juntos á tantos y tan poderosos monarcas, repartiéndose amigablemente las vestiduras del triste prisionero de Santa Elena.

El incendio empezó entre once y doce de una de las últimas noches de diciembre de 1815. Hacia un viento bastante fuerte, de manera que las llamas tomaron tal vuelo, que parecían el Vestubio en erupcion, y sin embargo nevaba muchísimo al mismo tiempo. Dice un testigo ocular que nada ha visto mas curioso que aquel torbellino de llamas, brotando á taavés de la nieve. Al abrirse las paredes dejaban entrever las magníficas habitaciones del palacio, atestadas de objetos preciosos, que iban desapareciendo. Era inútil arrojarlos á la calle, porque las estatuas se hacian pedazos, y los cuadros se borran enteramente con el lodo. El magnífico salon principal, que contenia, entre otras preciosidades, tres estatuas de Cánova, dos cuadros y un boceto de Rafael, dos Murillos, comprados por el príncipe al mariscal Soult, un boceto de Velazquez, de la misma procedencia, once cuadros de Lebrun, uno de Alberto Durero, un retrato del Ticiano, é innumerables lienzos de ménos reputacion, fué consumido enteramente por las llamas. Al hundirse esta sala, todo el pueblo de Viena, que presenciaba el incendio, lanzó un grito de consternacion.

Este palacio era, como hemos dicho, del príncipe Razumowski, embajador de Rusia, señor tan fastuoso y tan rico, que para llegar al Prater (paseo de Viena) mas pronto, habia construido un puente sobre un brazo del Danubio.

Durante el congreso de 1815 dió allí el emperador Alejandro todas las fiestas con que pagó al Austria la hospitalidad que le debia. Una de ellas fué una comida en la sala principal. Los convidados eran 700, y entre ellos el que ménos era embajador.

Retrato de Carlo-Magno.

Fragmento traducido fielmente de la crónica latina que escribió su secretario EGINHARDO, en el siglo VIII.

« Vestia ordinariamente el mismo traje que los francos, á saber: camisa y calzoncillos de lienzo, túnica de seda bordada, y calzones; cubriase las piernas con vendas, y el pié con un calzado muy ajustado. A este vestido solia añadir en invierno otro de piel de nutria, y colgaba la espada de un tahalí de plata ú oro. En las principales festividades, y cuando daba audiencia á los embajadores, ceñia una espada guarnecida de piedras preciosas, pero jamás quiso usar trajes extranjeros por magníficos que fuesen; solo dos veces, á ruegos de los papas Adriano y Leon, consintió en llevar la túnica larga, clámide y calzado á la romana. En las grandes solemnidades y procesiones usaba una túnica tejida de oro, calzado cubierto de pedrería, y añadia á la capa un broche de oro, y se ponía en la cabeza una diadema en que brillaban muchos diamantes. Parco en el comer y sobrio en la bebida, miraba con horror la borrachera en todas las clases, pero sobre todo en aquellos que andaban á su alrededor. Le costaba mucho privar-

se de alimento, y se quejaba con frecuencia que los ayunos deterioraban su salud. No daba banquetes sino en las fiestas solemnes, en las cuales era considerable el número de convidados. Su comida ordinaria consistía en cuatro platos, á mas del asado, que le agradaba mucho y le servían en el mismo asador. Durante la mesa se complacia oír contar las hazañas de los antiguos, ó bien le leyesen en las obras de San Agustín, de que hacia mucho aprecio, en especial de la *Ciudad de Dios*. En muy raras ocasiones, en toda la comida llevaba tres veces el vaso á los labios; pero en el verano, aunque no comiese mas que frutas, bebia en seguida; luego se desnudaba y dormía dos ó tres horas; durante la noche solía despertarse cuatro ó cinco veces, y en cada

una de ellas se levantaba un rato. En tanto se vestía recibía á sus favorecidos, y cuando el mayordomo de palacio le anunciaba que era necesario tomase conocimiento de algun pleito, para que juzgase con rectitud, llamaba en el instante las partes, y oídas sus razones fallaba como si estuviese en su tribunal; en seguida señalaba á cada uno su tarea para el día, y á sus ministros los negocios á que debían dedicarse. La elocuencia de Carlo-Magno era tan fecunda, que podía expresar todos sus pensamientos sin recurrir á su lengua materna. Sabía la latina, y la hablaba con tanta facilidad como si fuese su idioma nativo. Comprendía muy bien el griego, pero lo hablaba con dificultad; pero en lo demás, su facundia era suficiente para abusar de ella algunas veces. Se

había dedicado con mucho ahinco á las artes liberales: así es que veneraba á sus maestros, y los colmaba de honores. El diácono Pedro Pisan le dió en su vejez algunas lecciones de gramática, y en los demás estudios fué su maestro *Albin*, por otro nombre *Alcuin*, diácono breton, hombre muy versado en todas las ciencias. Carlos había empleado con él mucho tiempo y trabajo para aprender la retórica, la dialéctica, y sobre todo la astronomía: además se aplicó al arte del cálculo, y á seguir el curso de los astros, y se dedicó á formar la letra, teniendo siempre á la cabecera de su cama tablillas y libritos para adiestrar su mano en la escritura; pero no adelantó mucho en esta clase de trabajo, [á que se había dedicado tarde y fuera de sazón.] »

Mehmed-Bajá, gran visir.

Kibrizli Mehmed-Bajá, hoy gran visir, es un hombre entre los cuarenta y los cincuenta años. Es natural de Chipre, y de allí le viene el sobrenombre de Kibrizli, que quiere decir chipriota, y que se junta con su nombre para distinguirlo de sus homónimos.

Su tío, tesorero del sultan Mahmud, lo trajo muy joven á Constantinopla, y lo hizo entrar en el serrallo, donde el sultan daba entonces educación á cierto número de niños pertenecientes á las principales familias de Turquía, destinados á regenerar un día su imperio. En esta escuela creció Mehmed-Bajá; su educación fué obra del sultan reformador, y él ha justificado las esperanzas concebidas por Mahmud. Salió del serrallo para entrar en la guardia imperial, y pronto fué enviado á Francia con el grado de capitán para estudiar el arte militar; aquí pasó muchos años, y aun sirvió como capitán en un regimiento de dragones franceses. A su vuelta á Turquía fué nombrado jefe de batallón, y despues nuevamente enviado á Europa. En esta segunda ocasion sus estudios se ejercitaron en mas extensa esfera, debiendo comparar los diferentes sistemas militares europeos. Permaneció algun tiempo en Alemania é Inglaterra, y mucho mas en Francia. Tanto satisfizo en Constantinopla la manera como desempeñó la mision que se le había confiado, que en seguida se le dió el nombramiento de coronel, luego el de brigadier, y se le encomendó la creación de la Escuela militar, cuya direccion conservó por algun tiempo.

Hasta aquí Mehmed-Bajá había dado pruebas de actividad é inteligencia; pronto debía presentarse la ocasion de mostrar la energía de uno de esos hombres á quienes recurren los soberanos ó las naciones en la hora del peligro. Ibrahim-Bajá amenazaba el imperio, y se pensó en llamar á las armas á los redifs. La organización militar que permite hoy á los turcos luchar contra los rusos sin desventaja era muy reciente entonces; los redifs, soldados licenciados, que deben acudir bajo sus banderas en el día del peligro, eran entonces convocados por la primera vez. En algunas partes del imperio hubo sediciones, los redifs de algunos distritos de Asia se negaron á servir. Mehmed-Bajá se encargó de hacerlos obedecer, y partió acompañado de un ayudante de campo y un criado. Mezclando la dulzura y la firmeza, que constituyen el fondo de su carácter, intimidando ó persuadiendo, supo de tal modo atraer al deber á los recalcitrantes, que en pocos dias todos los redifs se habían sometido y reunido.

En seguida fué enviado á Siria, donde gobernó con el grado de general, primero á San Juan de Acre y despues á Jerusalem. En aquellas provincias, divididas por el odio, atormentadas por el vandalismo, las discordias



y las guerras intestinas de un verdadero feudalismo bárbaro y poderoso, su mano fuerte supo restablecer el orden: las familias mas antiguas se sometieron, y solo dominó allí el poder del sultan y de la ley.

Entretanto estalló la guerra de Hungría; los servios de la Turquía se agitaban; por todas partes eran estimulados á tomar parte en el drama sangriento que se representaba ante sus ojos, y este llamamiento podía causar su efecto. El gobierno turco conoció que se necesitaba en Belgrado la presencia de un hombre enérgico é inteligente para preservar á los servios de una seducción que podía comprometer la neutralidad de Turquía, y de la Europa entera como consecuencia inevitable. Mehmed-Bajá fué enviado allí.

El buen desempeño de esta delicada mision le valió poco despues la embajada de Lóndres con el grado de visir. Permaneció en este puesto hasta el fin de las negociaciones relativas á los emigrados húngaros y polacos, negociaciones que se concluyeron de un modo

altamente honorífico para la Turquía, despues de haber estado á punto de ser víctima de su generosidad.

Hallábase con licencia en Constantinopla, de donde debía regresar á Lóndres, cuando llegó la noticia de los deplorables sucesos de Alepo. El Sultán lo llamó, y confiriéndole el mas alto puesto del imperio, el de muchir, que corresponde al de capitán general de ejército, le nombró gobernador general de Alepo. Inmediatamente se puso en marcha con sus tropas en busca de los rebeldes. Sabido es como hizo triunfar la causa del progreso, que pusieron en peligro algunos fanáticos, y de qué modo hizo conocer que hajo el cetro de Abdul-Medjid era preciso respetar los súbditos cristianos del Sultán.

Concluida su mision de justicia, se le confió el mando en jefe del ejército de Siria, donde se aplicaba por primera vez la ley de alistamiento. La repugnancia de los árabes á servir en el ejército regular había sido la verdadera causa de la revuelta de Alepo, y esta revuelta no era única.

Pronto sofocó todo germen de resistencia Mehmed-Bajá, y poniéndose á la cabeza de sus tropas restableció en todas partes el imperio de la ley.

Llegando á Constantinopla al mismo tiempo que el príncipe Menschikoff, tomó parte en las deliberaciones de los grandes consejos que se celebraron en aquella época. Rotas las negociaciones, fué nombrado gobernador general de la provincia de Andrinópolis, que centro de las provisiones del ejército de Rumelia, adquiría mucha importancia por la eminencia de la guerra. Durante los meses que estuvo allí, dió pruebas de prodigiosa actividad, y desplegó de tal suerte las cualidades de un administrador tan hábil, que despues del desastre de

Sinope fué llamado á Constantinopla como ministro de marina para reorganizar la escuadra turca. En pocas semanas una flota numerosa, compuesta de fragatas, bricks y corbetas, era expedida al Archipiélago para vigilar á los griegos é impedir la piratería. Los buques de alto bordo, puestos en estado de guerra, siguen ahora á las escuadras aliadas en el mar Negro. La marina turca es poco numerosa; lo era al comenzar la guerra; pero por lo ménos sus desastres han sido reparados.

Hoy Mehmed-Bajá es gran visir. Segun se ve por lo que antecede, es hombre enérgico, activo é inteligente; al propio tiempo es hombre de progreso, de corazón, animado de los mas generosos sentimientos que puede desear un pueblo ver brillar en sus gobernantes.

El Sultán es feliz teniendo tales hombres á su disposición, y la nación turca debe celebrar el verlos á la cabeza de su gobierno.

P. L.

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 81.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Album oriental; grabado. — Juan Tachuelas. — Cadencia sostenida. — El Bengali. — Vely-Eddin-Rifaat-baja; grabados. — Puertos de Francia; grabados. — Revista de Paris. — Margarita Pusterla. — Categorías y razas en la Valaquia; grabados. — Pronósticos e indicios de las variaciones en el estado y temperatura de la atmósfera. — Revista de la moda. — Veinticuatro horas en la gran Cartuja; grabados. — Biografía de D. Juan Arólas. — La fiesta del Salto del Doubs; grabado.

Album oriental.

Fieles á nuestro propósito de proporcionar á nuestros lectores una coleccion de vistas del Oriente, damos á continuacion un dibujo en que se destaca el sencillo, aunque sólido palacio de Feri-í que sirve hoy de alojamiento al duque de Cambridge. La situacion de este palacio sobre el Bósforo es eminentemente pintoresca. Las casas todas tienen en toda esta parte un aspecto regular y gracioso que contrasta con los buques y minaretes en que flota la bandera decorada con la nueva luna.

A propósito de la media luna, dias pasados en cierta sociedad habia una jóven que queria conocer el origen de este emblema.

— Señora, respondió un diplomático turco, no sabiendo como salir del apuro; todo lo que yo puedo hacer en obsequio de Vd. será traducir un versículo del Koran, donde se dice que nuestro profeta Mahoma se metió la luna en el bolsillo el dia en que visitó el cielo montado en el caballo Borak. Desde entónces la imágen de la luna reproducida entre los musulmanes ha consagrado este recuerdo.

Un erudito que se hallaba presente respondió:

— Esa es una explicacion sobrenatural. Oigan ustedes otra que no carece de verosimilitud. Cuenta la historia que allá cuando el pueblo bizantino estaba ocupado por una raza pelásgica, cierto rey de Macedonia, que debia ser probablemente el padre de Alejandro, fué á sitiarse la ciudad, teniendo necesidad de una llave en el Bósforo para abrirse el paso del Asia. Despues de muchos esfuerzos inútiles para entrar por la brecha, hizo abrir una mina que debia conducir su ejército al centro de la plaza, y para mejor disimular su proyecto, mandó que los trabajos se verificasen durante la noche. Pero la luna apareció delatando con su luz la tentativa de los sitiadores, y el rey de Macedonia tuvo que retirarse. Desde entónces Hecate fué honrada en Bizancio como Minerva en Atenas; la ciudad se cubrió de monumentos consagrados á esta divinidad, y cuando cayó el imperio bizantino, los turcos encontrando por todas partes este signo pagano, lo adoptaron para oponerlo á la cruz.

Esta explicacion del erudito satisfizo naturalmente mas que la del diplomático.

Juan Tachuelas

Ó UN DENTISTA EN AUTEUIL.

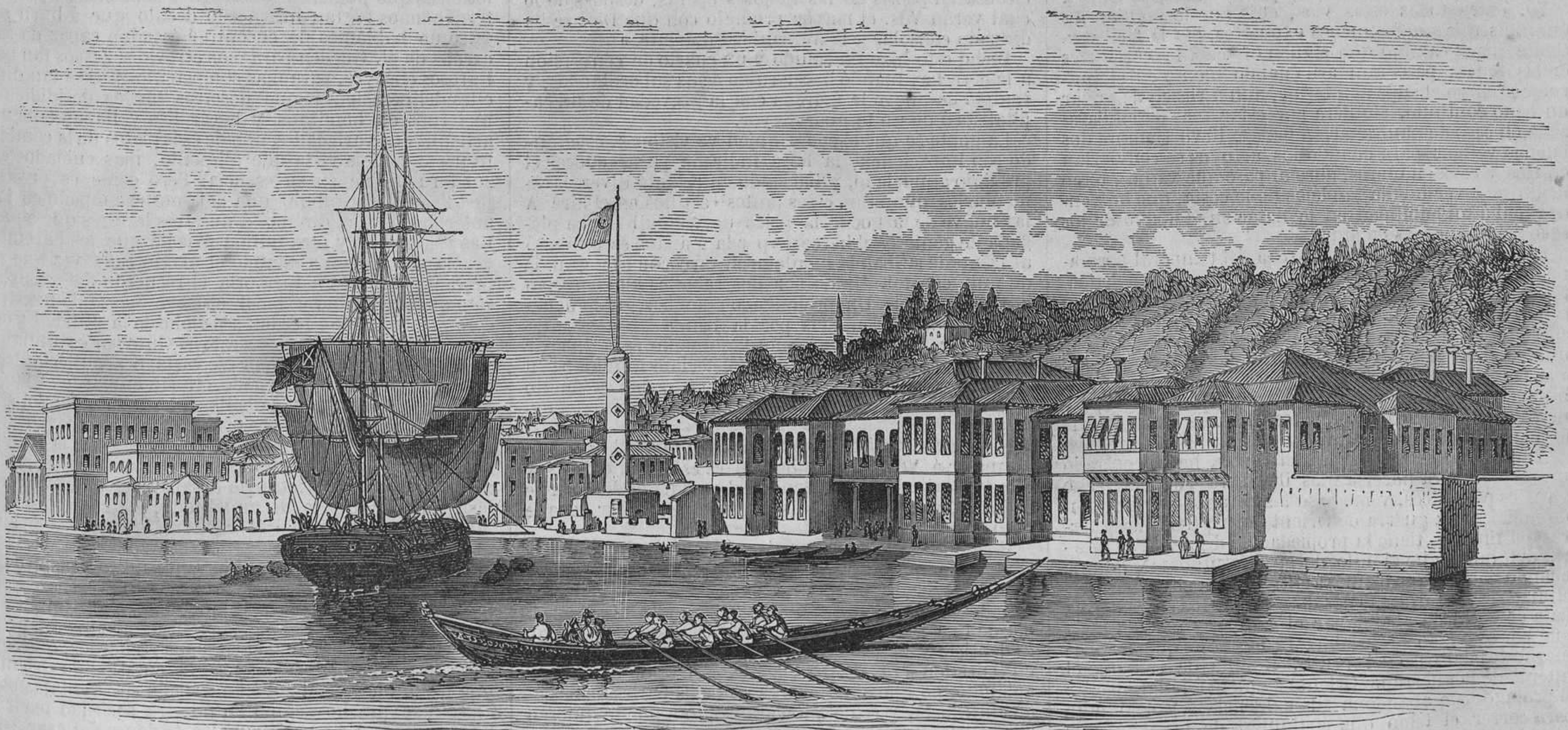
El que quiera ver cosas extrañas, que venga á Francia.

La imaginacion y el arte que tantas maravillas producen aquí, palidecen en sus creaciones ante los fenómenos que presenta la naturaleza.

Los que estudien geografía con arreglo al meridiano de Paris pierden el tiempo lastimosamente, porque en un país donde todo sigue la ley de las metamorfosis, donde todo cambia á cada momento, parece imposible que haya un meridiano fijo.

Aquí se han trocado las estaciones, ó por mejor decir, se truecan á cada instante, sin que baste el calendario á darnos una idea del tiempo en que vivimos. El año pasado tuvimos el gusto de ver un verano frio como el invierno, y un invierno caliente como el verano. Este año hemos tenido dos inviernos, uno en el tiempo regular, y otro el que vamos atravesando durante el estío. En cambio, durante la primavera se achicharraban los pájaros de calor, y espero que los árboles reverdecen nuevamente al caer la hoja, remitiendo el futuro otoño á la primavera inmediata.

Sin mas que las precedentes líneas podrán juzgar mis lectores de la situacion penosa que voy atravesando. Ya no me atrevo á prestar fe á las perogrulladas de que nos hablaba el señor Hartzbusch en *Los polvos de la madre Celestina*, cuando decia:



Palacio de Feri-í, habitado por el duque de Cambridge.

En el año de ochocientos
Y cuarenta sobre mil,
Habrá por el Marzo vientos :
Vendrá Mayo tras de Abril.

Hará cosa de dos meses que nos solazábamos con la idea de los placeres á que convida la estación canicular, tanto mas cuanto que como llevo dicho, el rubicundo Febo encendia nuestros campos y nuestras cabezas con sus rayos abrasadores. Uno de los placeres á que aquí convida el estío es el de salir á respirar un aire mas puro que el de Paris en los pueblos inmediatos, y yo, por no dejar de pagar como los otros un tributo á la comodidad y á la costumbre, vine á vecindarme á la villa de Auteuil, distante una legua de la capital de Francia. ¡Funesto pensamiento! Desde el dia en que trasladé mis bártulos ó penates á las afueras de la ciudad no ha dejado de llover, pero de tal modo, que voy empezando á temer otro diluvio universal. Lo único que aleja mis temores es la circunstancia de no llover por la noche, cosa que por otra parte me llena de desconsuelo, pues ya que vivamos condenados á sufrir estos chaparrones intermitentes, sería de desear que lloviese de dia y escampase de noche, y no que solo aclara el tiempo mientras dormimos y cae el agua á cántaros cuando debíamos pasearnos.

En esta contemplación amarga llevamos ya casi dos meses. Algunos se quejan temiendo el daño que el mal tiempo puede producir en la cosecha; pero otros nos tranquilizan demostrando con abundancia de datos que el diluvio actual está circunscrito á Paris y sus alrededores, de modo que á la distancia de algunas leguas de esta ciudad, en cualquiera direccion, el tiempo sigue su curso normal, y aun hay gente que si no tuviera vino abrigaria fundados temores de ahogarse en seco.

Quéjense tambien muchas personas de no haber podido tomar aun los baños de agua fria á que están acostumbradas. Pero estas personas no tienen razon para quejarse, pues si en otros años han tenido el capricho de bañarse una vez al dia, en el año en que estamos pueden decir que se bañan cada dia tantas veces como salen de casa. Debe añadir á esto, que la temperatura está constantemente baja, que el agua de las nubes guarda una justa relacion con la temperatura, y que por lo tanto, los baños que tan repetidas veces tomamos son verdaderos baños de agua fria.

Verdad es que podemos trasladarnos á Paris fácilmente, como que para ello tenemos diferentes vias de comunicacion. En primer lugar está el Sena surcado por elegantes vapores que hacen varias veces al dia la traya de Paris á Saint-Cloud y vice-versa, pasando por Auteuil donde hacen estación. Luego hay muchas empresas de ómnibus, y por fin tenemos un magnífico camino de hierro; pero en todas estas vias de comunicacion corremos el peligro de ahogarnos. El viaje ménos expuesto al naufragio es el que se hace por el rio.

El camino de hierro presenta la particularidad de ser tan hondo en toda su longitud, que mas que de un camino de hierro tiene la forma de un canal. Ahora bien; como desde que el sol sale hasta que se pone no cesa el chaparrón, el mencionado camino de hierro suele estar constantemente lleno de agua hasta el borde, con lo que además de la forma tiene los hechos de un verdadero canal navegable. Por esta razon deja de funcionar algunas veces, y si la empresa escuchara mis consejos, á la provision de wagones y locomotivas agregaría otra de buques, con lo cual dicho camino serviría de canal durante el dia, que es cuando llueve, y de ferro-carril durante la noche, que es cuando escampa.

Yo, entre todas estas vias, elijo por lo regular los ómnibus, que son los ménos expuestos, por la fácil vertiente que el camino que siguen ofrece á las corrientes de las aguas; pero aun así, cuando monto en el carruaje prefiero el cupé al interior, aun á riesgo de tomar un baño continuo, siquiera por estar mas desembarazado en caso de naufragar. Además, llevo siempre dos buenas vejigas para cuando los arroyos se conviertan en rios y estos en mares, pues al paso que vamos, temo llegarme á ver un dia tan lejos de la costa, que no vendrá mal á mi habilidad en la natacion el apoyo de los susodichos cuerpos flotantes.

Por la pintura que llevo hecha del temporal permanente, podrán mis lectores formarse una idea de la fastidiosa vida que estoy llevando en un pueblo donde no conozco á nadie, ni tengo para pasar la noche el recurso de los teatros, ni encuentro quien quiera echar una partida de billar ó de ajedrez. Podría entregarme á la poesía, ¿pero quién se inspira con un tiempo tan húmedo? Por otra parte, yo no cultivo mas que el género jocoso, y no hallo medios para reír en tanto que los cielos no dejan de llorar.

A fuerza de pensar en mi situacion, he encontrado un recurso para hacerla mas llevadera. Me he suscrito á varios periódicos, y me paso las horas muertas leyendo noticias. La guerra de Oriente, como todas las guerras del mundo, tiene la propiedad de despertar el interés del que sigue el hilo de sus vicisitudes; solo que cuando parecia que íbamos á entrar en la situacion mas climática del drama, nos han salido los rusos con la pata de gallo de abandonar el campo, y todo anuncia que por este lado se restablecerá la paz de que gozabamos antes del paso del Pruth. Resulta de esto que el interés de la guerra de Oriente empieza á languidecer: el protagonista abandona sus exigencias, y solo falta para correr el telón que cualquiera de los actores de esta funcion se adelante á pronunciar una despedida semejante al siguiente estribillo de nuestros antiguos poetas:

Aquí acabó la comedia,
Perdonad sus muchas faltas.

Yo espero que todo esto tendrá lugar ántes que haya dejado de llover en Paris y sus alrededores.

Pero aunque así sea, no creo que los periódicos carezcan por eso de atractivo. Mis lectores saben que existe hace mucho tiempo una guerra civil en la China, y nadie ignora que las insurrecciones del Celeste Imperio tienen la propiedad de durar muchos años. Entre otras merece la pena de citarse la que dió lugar á la vigésima segunda dinastía, y que se inauguró con la sublevacion de una horda de tártaros á quienes los mandarines quisieron desterrar al Leao-Tong. Esta guerra empezó en 1616 y concluyó en 1649; de modo que duró la friolera de treinta y tres años. En vista, pues, de estos antecedentes históricos, creo yo que la insurreccion actual durará otros treinta ó cuarenta años, y para entónces espero que habrá dejado de llover. ¡Ojalá!!

Entre tanto, yo devoro los periódicos, ó por mejor decir, las noticias de los periódicos. No leo los artículos de fondo, porque no siempre hay fondo en los tales artículos: no miro los folletines, porque no quiero ver en ellos la inspiracion sofocada bajo el peso de las tendencias mercantiles. No examino la cotizacion de la bolsa, porque nunca he podido entenderla, y paso en fin por alto los anuncios, porque, para lo poco que compro, tanto me da que me roben en una parte como en otra. Leo, como llevo manifestado, las noticias y nada mas que las noticias, sean del teatro de la guerra ó pertenezcan á esa crónica de la capital que nosotros llamamos *gaceta*. Estas últimas son interminables y variadas: un criado á quien el amo habia colmado de favores ha pagado estos robando al amo y bebiéndose todo el vino que habia en la cueva. Una jóven desesperada se arrojó al Sena de donde la sacó un noble caballero que la llevó á su casa, y descubrió en el semblante de los padres el sentimiento de que no se hubiese ahogado la hija. Un tren del ferro-carril del Havre que iba á salir de San Lázaro tropezó en un cuerpo extraño que yacia sobre la via férrea; el maquinista bajó á ver lo que era aquello, y se encontró con un niño recién nacido colocado allí expresamente. Tales son los hechos que llenan continuamente esa malhadada seccion, que no por ser malhadada deja de ser interesante; y yo indiferente á todos estos acontecimientos, leo sus detalles como quien oye llover.

¡Así paso la vida! ¿No habrá medio de sacudir alguna vez esta monotonía? Pero ¿qué digo? ¿No vivo en Francia por ventura? ¿No estoy á las puertas de esa capital que ofrece novedades á todo el mundo? Sí por cierto; de vez en cuando mi lectura de los periódicos es interrumpida por un organillo que toca el vals de *Guillermo Tell* ó el canto del *Cosaco*; asomo la cabeza, y veo un mono que hace el ejercicio de fusil á la prusiana ó baila una polka con mas agilidad que la Cerito. Dias pasados el silencio de la poblacion fué turbado por una banda musical compuesta de dos clarinetes, una corneta de llaves, cuatro tambores y un bombo. Al frente de esta banda iba un caballero bien portado, como de cuarenta y cinco á cincuenta años, bigote cano y retorcido. Este hombre se detuvo en la plaza del pueblo, y dirigiendo la palabra á la inmensa concurrencia que habia arrastrado con su música, dijo:

— « Señores y señoras (en Francia existe la galantería de poner el bello sexo á la cola): Tengo el honor de advertir á Vds. que esta noche á las nueve en punto me presentaré en este mismo sitio, donde mis músicos ejecutarán piezas de las mejores óperas, despues de lo cual verán Vds. el mayor prodigio con que Dios se ha dignado consolar á la humanidad doliente. »

Dicho esto hizo un saludo y un cuarto de conversion á la derecha, mandó hacer ruido á sus subordinados, y rompió de nuevo la marcha con la gravedad de un capitalista ó de un tambor mayor.

La gente se quedó como quien ve visiones, esperando con impaciencia la hora indicada para conocer el prodigio anunciado, y haciendo entretanto diversos comentarios que eran otros tantos castillos en el aire. A las nueve de la noche la plaza de Auteuil estaba plegada de gente, y el héroe de por la mañana se presentó al frente de su banda montado en un coche mas grande que un cuartel, tirado por dos caballos que parecian dos locomotivas. Un prolongado redoble seguido de algunas tocatas ejecutadas por la banda descrita anteriormente, fué bastante entretenimiento para divertir al público mientras el hombre misterioso iluminaba su portátil edificio. Terminada esta operacion y puesto dicho señor en el cuarto principal de su carruaje, exclamó:

— Señores y señoras: esta mañana tuve el honor de anunciar á Vds. un prodigio para esta noche. Yo soy este prodigio. Vean Vds. en mí el mas hábil dentista de la tierra, y aquí estoy dispuesto á demostrar lo que digo.

En el momento se presentó un hombre de blusa diciendo que queria sacarse una muela: el dentista le metió dos dedos en la boca y sacó la muela dolorida con tanta facilidad como hubiera podido arrancar el ala de una mosca. Yo comprendí fácilmente el juego. El dentista y el paciente estaban de acuerdo; la muela en cuestion era postiza, y sin embargo el público aplaudió, porque el público es en todas partes demasiado entusiasta, y se deja llevar pronto á donde quieren conducirle los impostores y los charlatanes. Despues del mencionado hombre de la blusa, se presentó un jóven con un carrillo hinchado: el dentista le dió una untura tan rápida en sus efectos, que la inflamacion

desapareció en el acto. Probablemente la tal inflamacion consistiria en un merengue que el muchacho llevaba en la boca: este se tragaria el merengue, y el carrillo tomó su posicion natural.

El tercero era tercera. Una jóven apareció que no debia estar confabulada, porque para sacarla una muela tuvo el dentista que apelar á los instrumentos, y aun así la pobre paciente puso como decia el otro:

Cara como del que prueba
Cosa que le sabe mal.

El cuarto era un muchacho que dió un alarido capaz de enternecer á las piedras, en vista de lo cual todos los que estaban dispuestos á sacrificar alguna muela sintieron alivio. Entónces me acordé de nuestro famoso Juan Tachuelas, de quien cierto autor anónimo decia con mucha gracia:

Juan Tachuelas, sangrador,
Es un ducho sacamuélas
Que las saca sin dolor.
— ¿Es posible? — Sí, señor;
Sin dolor de Juan Tachuelas.

El dentista no desmayaba por eso. Entró en las habitaciones interiores del coche, y empezó á sacar composiciones químicas, unas líquidas y otras sólidas, todas las cuales tenían la virtud probada de curar el dolor de muelas radicalmente.

— A estas bondades curativas, añadió el dentista, mis composiciones agregan la propiedad de despedir un aroma agradable.

Y esto diciendo derramó en el aire un frasco de esencia de rosa que embalsamó la plaza; pero como si esto hubiera sido una provocacion al cielo, á la ligera lluvia del frasco siguió tan espantoso chaparrón de las nubes, que llegué de buena fe á temer el próximo fin del mundo. La gente se dispersó atropelladamente: el dentista y sus subordinados se fueron con la música á otra parte, y yo me encerré en mi habitacion á continuar leyendo las noticias de los periódicos.

J. M. VILLER GAS.

Cadencia sostenida.

La infinita diversidad de organizaciones y caracteres, de giro distinto que á mas que otros ha dado la educacion, los sucesos, la lectura, la experiencia y otra porcion de causas que seria prolijo enumerar, hace que la manera de sentir sea diferente en cada individuo de la gran familia de locos que se agita sobre este átomo de la creacion que llamamos mundo. Hay quien halla consuelo en una desgracia rodeándose de todos los recuerdos que pueden reproducir su imágen mas á lo vivo, y quien procure alejar de su vista todos los entes materiales, y de su imaginacion todos los morales para conseguir igual resultado; cada cual adopta entre estos dos sistemas el que juzga mas adecuado á su manera de ser, el uno procurándose la insensibilidad con el uso repetido de estimulantes, el otro narcotizándose con la inercia de su sensorio. No es nuestro ánimo, ni ménos pensarlo, el entrar aquí en una serie de reflexiones filosóficas que pudieran conducirnos demasiado lejos internándonos en tan intrincado dédalo que á buen seguro no habiamos de encontrar Ariadne capaz de sacarnos de él. Queden para mas atrevidos Zeseos tan peligrosos ensayos, para mas competentes jueces tan difíciles deliberaciones, que nosotros hemos decidido no meternos en honduras y hacer lisa y llanamente un articulo de variedades, uno de esos platos de la comida francesa de mas vista que alimento, mas cuidados en sus formas que en su esencia. Pero como es preciso justificar el preámbulo que dejamos estampado en las anteriores líneas, dirémos á nuestros lectores que aquellas reflexiones y otro millon mas de que les hacemos gracia nos vienen asaltando el magin cada vez que se presenta á nuestra memoria el recuerdo del mas suceso que ha venido á tener el *Buen Suceso* de nuestra coronada villa. Con perdon sea dicho de la utilidad y ornato público, la opinion general viste luto por ese antiguo y famoso monumento, por ese vástago arquitectónico, que deforme y mal pergeñado, era sin embargo el ídolo de los descendientes de la ballena. La Puerta del Sol sin el Buen Suceso es el espacio sin sol, es el cuerpo sin alma. Todos sin distincion los que reconocen la inconveniencia y los que niegan la utilidad de semejante medida, ven con desconsuelo desaparecer una tras otra las diferentes partes de aquel todo; el grito de dolor lanzado por las seculares estatuas arrancadas de sus nichos ha resonado en todos los corazones, la postrer oscilacion de la péndola de su reloj, último suspiro de su existencia oficial, ha dejado un triste recuerdo en todas las memorias. Esta calamidad general impuesta por la utilidad pública ha sido sentida de una manera uniforme; todo el mundo evoca sus recuerdos, que son el pasto de las conversaciones. La cuestion de Oriente y la de la Puerta del Sol han echado sin ventajas por espacio de mucho tiempo en nuestra sociedad madrileña, y menester ha sido que las legiones del czar, semejantes á un desbordado torrente, inundasen los principados amenazando la independenciam europea para que los ánimos salieran del estupor en que les habia

sumergido de muerte dictado contra el Buen Suceso y consortes. La historia de ese bisecular monumento queda al cargo de los cronistas anticuarios, y mientras ellos leen en cada escombros una de las mil glorias y vicisitudes que han cambiado su escuela y su forma, nosotros desentendiéndonos de la parte monumental, iremos á buscar en su crónica mimada una de esas tristes historias de que cada edificio ha sido teatro, y que le identifican con su existencia prestándole un colorido más ó menos poético debido al hecho en sí mismo y á la pluma más ó menos bien cortada de su narrador. Como la nuestra no tiene grandes pretensiones, renunciaremos de buen grado al papel de cronistas, y trasladaremos al papel el manuscrito de un antiguo portero del edificio del Buen Suceso, tal como ha llegado á nuestras manos, y sin más alteraciones que las necesarias para no desenmascarar el anónimo de los héroes de nuestra historia.

Hélo aquí :

Corre el primer tercio del presente siglo y la vigésima primavera de María. Era María una morena de negros y rasgados ojos, de nacarados y menudos dientes, de esbelto y flexible talle, de luengo cabello y cortísimo pié. Revelaba su mirada todo el fuego de un corazón meridional templado únicamente por un baño de profunda tristeza que llamaba la atención de cuantos la veían.

La historia de María era la historia de tantas otras pobres criaturas que vienen al mundo sin tener un nombre que llevar ni una mano protectora que sienta circular por sus venas la misma sangre que corre por aquel tierno corazón. María fué encontrada en los umbrales del Buen Suceso por un anciano y caritativo sacerdote que tuvo lástima de la débil flor, y la guardó en su humilde morada con el propósito de que la embalsamase un día con la fragancia de su virtud y de su hermosura. Pero como el hombre propone y Dios dispone, Dios no permitió que se realizasen las esperanzas del buen sacerdote, y se lo llevó á mejor vida cuando la niña apenas podía mostrar su agradecimiento ni apreciar los paternales cuidados de su generoso protector.

Los últimos momentos del buen anciano fueron consagrados á su hija adoptiva, sus últimas oraciones invocaron la protección del Rey de reyes para aquella pobre niña á quien legaba todo su haber, es decir, sus hábitos y su breviario. El ama del difunto creyó hacer un buen negocio vendiendo ambas prendas en diez ducados que entregó religiosamente á María, regalándole además por su parte media docena de sillas, una mesa y dos ó tres cuadros de santos, con cuyos enseres alhajó una reducida bohardilla del Buen Suceso, donde dejó instalada á la niña abandonada á su buena ó mala estrella. El ama que no tenía por su parte medios de subsistencia, se acogió al amparo de una pariente lejana que vivía en Toledo, para cuya ciudad se puso en camino á los pocos días de la muerte de su señor.

He aquí á María dueña de su persona á los diez años de edad, sola, en medio de una ciudad populosa que no conocía, obligada á entrar en relaciones con una sociedad corrompida que le era enteramente extraña. La desgracia es una admirable maestra, y era María una preciosísima discípula; así fué que aprovechando los pocos conocimientos que había adquirido al lado del ama de su difunto protector, dióse tan buena maña, que á los pocos meses había asegurado la subsistencia con una industria que hoy pertenece únicamente á la historia y poesía, un establecimiento público en un portal de la calle del Carmen, donde se dedicaba á componer medias de seda. Verdad es que al verla tan niña pocos parroquianos se arriesgaban á encomendarla obras de consideración; verdad es que validos de sus pocos años algunos de ellos remuneraban mezquinamente su trabajo ó se negaban á pagarlo, ni poco ni mucho; verdad es que más de una vez se retiró la niña con las lágrimas en los ojos, sin llevar á su pobre bohardilla el dinero suficiente para comprar un panecillo con que cenar aquella noche; pero aun así la orgullosa hija de Madrid se creía dichosa en medio de su independencia, y miraba con una especie de desdenosa compasión á las niñas de su edad que vivían al amparo público por no saberse buscar la vida.

A fuerza de ver finas medias y aristocráticos y elegantes pies, María llegó á hacer comparaciones con los suyos, y hallóse un día con que podían entrar en competencia con los más bien formados de todas sus parroquianas; probóse una media de seda y un zapatito de raso blanco, arregló cuidadosamente las negras trenzas de su pelo, y salió á la calle con su mejor vestido mirándose con placer en la sombra que proyectaba su cuerpo, pues los vidrios de las antiguas tiendas no podían como hoy reproducir las formas de nuestras bellas compatriotas. La niña tenía entonces quince años, los pronósticos del buen sacerdote se habían realizado en parte: María estaba radiante de hermosura. Tanto se complacía en mirar sus diminutos pies aprisionados en el brillante zapato con tan vanidosa ostentación, hacia gala de los complicados dibujos de su ceñida media que llama al cabo la atención de un desocupado transeunte. Este, después de admirar no menos que su dueña las lindas medias y el ajustado zapato y de hacer la apreciación del contenido por el continente, pasó de los pies á la cintura y de la cintura al rostro, donde halló los dos más hermosos ojos que había visto en su vida; y como no tenía por el momento cosa mejor en que ocuparse, dió tras la niña por esas calles siguiéndola como su sombra, y haciendo en su magín mil proyectos para poseer aquella preciosa alhaja. Era él mozo sombrerero de oficio y no de los más lerdos en él, de manera que

calculadas todas las eventualidades y dado caso que la virtud de la niña le llevase al altar, tenía en sus diestras manos medios para soportar los gastos de la vida conyugal. La niña al cabo de recorrer Madrid en todas direcciones, volvió á la Puerta del Sol, levantó sus ojos, y viendo en el reloj del Buen Suceso que era llegada la hora de comer, dirigió á su perseguidor una mirada en que se revelaba más satisfacción que enojo, salvó de un salto el umbral de su puerta y de cimientos los cien escalones que conducían á su bohardilla, donde entró embriagada de gozo, y sintiendo no tener un espejo bastante grande para mirarse de los pies á la cabeza. Pasado este primer deseo, tributo pagado á la vanidad femenina, asaltó su imaginación otro no menos ardiente pero de más probable cumplimiento; abrió la ventana de su bohardilla, y asomando su cabeza por encima del caballete del tejado, fijó sus ojos en la acera de enfrente: á pesar de la distancia, María reconoció al primer golpe de vista á su tenaz perseguidor, que contando sin duda con la curiosidad innata del bello sexo, esperaba ver asomar á su hermosa perseguida. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron; María tuvo un momento de enojo: su amor propio se resentía de aquella primera derrota del orgullo, pero hallaba tal encanto en dejarse admirar, que solo apeló á la fuga cuando el calor de su rostro le anunció que sus mejillas se teñían de púrpura. Cerró la ventana, comió sin apetito, pensó mucho aquella tarde, y durmió poco por la noche.

A la mañana siguiente se situó en su portal como de costumbre, pero no corrió apénas. La viveza de sus pensamientos enervaba la agilidad de sus manos, la inquietud de su espíritu quitaba el tino de sus dedos.

María, después de infructuosos ensayos, dejó la enojosa labor y levantó la cabeza. A dos pasos de ella, inmóvil como una estatua, hallábase el joven del día anterior, pálido también como María para dedicarse al trabajo que había abandonado como ella después de infructuosas tentativas.

María dió un grito, quiso levantarse, pero una fuerza desconocida la mantuvo clavada en la silla. El joven se retiró en silencio, y se fué á situar delante de la casa de María. Al día siguiente la misma escena muda: al tercero la sorpresa fué menor y mediaron algunas palabras: quince días después el sombrerero volvió á sus faenas más tranquilo, la niña cosió sus medias con más acierto, y todo esto efecto de una conversación en la que, después de varias explicaciones, se llegaron á convencer de que todo aquello era amor y nada más, de que el remedio para aquella enfermedad no lo encontrarían en la botica sino en la parroquia, y lo propinaría el cura mejor que todos los doctores del mundo. Hasta allí todo marchaba á las mil maravillas, pero el diablo que siempre anda listo, dispuso que el padre del sombrerero llegase á brujulear los trapicheos de su hijo, y que tomase informes de la muchacha; estos informes le dieron por resultado la averiguación del origen de la mediera, origen que seguramente no convenía á la noble prosapia del adobador de pieles de castor. Hízolo entender así á su hijo, y este, aunque con repugnancia, renunció á sus proyectos de felicidad conyugal al menos por entónces. Pero este golpe era demasiado cruel para el orgullo de María que hasta entónces no había echado de menos la falta de un nombre. María devoró su afrenta jurando vengarse de ella, como se venga una pobre niña abandonada, es decir, luciendo á los ojos de su infiel amante las galas compradas al precio de su virtud.

Un año después de estos sucesos, un lujoso carruaje se paraba delante de una tienda de la calle Mayor. Dentro del carruaje iban dos personas. La una, joven, hermosa y ricamente ataviada, era María, María que iba á gozar de su triunfo confundiendo á su primer amante con una mirada de desprecio; la otra persona, con un caballero de edad, cuya reputación numeraria corría parejas con la fama de su conducta licenciosa y desenfrenada. La pobre María pensó en el fin únicamente, y no se paró en los medios.

Apéose del carruaje el caballero, y ofreciendo la mano á su compañera entró con ella en la tienda á comprarse un sombrero. Detrás de aquel mostrador y con la plancha en la mano estaba el amante de María, que al cabo de una dolorosa lucha había logrado olvidar á la que el mundo condenaba á la afrenta y la deshonra. María clavó sus ojos en el sombrerero que lleno de asombro se negaba á creer lo que sus ojos veían; pero aquella mirada de indignación le reveló todo el misterio. María se había vengado. En mucho tiempo no se volvió á saber de ella, y decíase que había marchado á viajar por el extranjero con su rico protector.

Al cabo de tres años una pobre mujer con una niña en brazos subía los cien escalones de la bohardilla de que ya tienen noticia nuestros lectores. Conociáanse aun en su rostro la primitiva belleza, pero la horrible palidez de sus mejillas, sus facciones desenfajadas, y el extravío de su feroz mirada había desfigurado enteramente la fisonomía de la pobre madre. Llegó á la puerta de la humilde estancia, metió la llave en la cerradura, quedóse un momento contemplando el polvo de cuatro años que cubría el modesto mobiliario, y dió un grito arrancado por el remordimiento y la desesperación. Eran las diez de la noche.

María, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, vistió á su niña cuidadosamente con la misma envoltura con que había sido ella encontrada por el anciano sacerdote; bajó precipitadamente la escalera, depositó á su hija en los umbrales del Buen Suceso, y desapareció en las tinieblas.

A la mañana siguiente circuló la noticia de haber sido encontrado en las aguas del Canal el cadáver de una mujer miserablemente vestida. Nadie supo la procedencia de aquella infeliz, y á los dos días fué olvidada de todo el mundo. Un pobre sacristán del Buen Suceso recogió la niña encontrada en sus umbrales, y la cuidó durante los primeros años. Es fama que cierto día pasando una gitana por la Puerta del Sol y consultada sobre la suerte de la niña por la mujer del caritativo sacristán, la tranquilizó completamente diciéndola que viviría tanto tiempo como la iglesia del Buen Suceso. La niña llegó á ser mujer, y lo mismo que su madre echó de menos en cierta ocasión la falta de un apellido.

El mismo día en que el reloj de la iglesia del Buen Suceso suspendió su curso y en que la destructora piqueta de los lujos empezó á desmoronar el edificio elevado por la piedad de los padres, las aguas del Canal arrojaron una nueva víctima. En los periódicos del día siguiente se leía esta chistosísima gaceta:

« UN RASGO ROMÁNTICO. — Ayer fué extraído del Canal el cadáver de una mujer joven, que desdeñada sin duda por alguno de nuestros modernos lovelaces determinó poner fin á sus días buscando líquida tumba en las aguas del Canal. »

Otro periódico más grande, después de algunas reflexiones filosófico-morales, daba los siguientes pormenores:

« Inmediatamente que fué extraído el cadáver, se reconoció por el hábil doctor en medicina y cirugía D. N., quien con su pericia proverbial reconoció que la víctima se había arrojado al Canal con los primeros síntomas de parto. Acto continuo este distinguido profesor procedió á la extracción de la criatura, operación que ejecutó con el acierto más científico y el más satisfactorio resultado, salvando un sér á quien un momento más de tardanza hubiera privado de la existencia! »

La nieta de María era una niña, una niña sin nombre, que podrá gozar de las delicias de la vida, gracias á los cuidados científicos del doctor D. N.

JOSÉ BRAVO Y D.

El Bengali.

En otros tiempos era hermosa la voz de Bengali.

Por las tardes á la hora en que el sol tiñe de púrpura las nubes, el Bengali dejaba oír su voz.

Al escucharla los ruiseñores envidiosos se callaban; las mariposas enternecidas se posaban en las flores; las flores asombradas se entreabrían; y cuando desde lo alto del cielo una golondrina pasajera oía al melodioso cantor, la golondrina maravillada descendía olvidando su viaje, olvidando su patria.

El Bengali amó una rosita blanca apenas de edad de un sol.

Cantaba por ella.

Su voz, tan pronto pausada y triste como un ruego, tan pronto viva y gozosa como una esperanza, el Bengali la decía:

« Conozco muchas flores hermosas, rojas como el coral, azules como el cielo, doradas como las estrellas; muchas inclinadas sobre el espejo de las fuentes, algunas ocultas en la sombra de los bosques, otras floreciendo á las orillas del mar y cuyos perfumes acompañan largo tiempo á los marinos que se ausentan. »

« Pero la flor aromática que mira al mar, la misteriosa que se oculta en los bosques, la coqueta que se mira en las fuentes, son menos bellas que tú, mi amada rosa blanca. Amémonos, flor querida; sin tu amor el Bengali debe morir. »

« ¡Y tus alas!... » respondió la rosa temblando; « el ave vuela, la flor... ¡ay de mí!... »

« Los corazones amantes no tienen alas, » suspiró el Bengali.

« Ven, dijo la flor, mi corola blanca se dilatará para tí. » Llegó la noche... El cielo iluminó con todas sus estrellas sus amores... y hasta la madrugada las brisas perfumadas mecieron suavemente la rosa y el cantor.

Pero á los primeros rayos de la aurora la rosa moría y el Bengali lloraba.

« Genios del aire, decía, quitadme para siempre la voz que me habeis dado, y haced que mi amada rosa viva siquiera un día más. »

« No, murmuró la rosa moribunda; canta, canta, Bengali. Tú me has amado: ¿acaso no soy dichosa?... ¡Cuántas flores hay sobre la tierra que mueren sin ser amadas!... Adios, adios, acuérdate de mí. »

Dos mil años han pasado desde que murió la rosa; y en estos dos mil años el Bengali no ha cantado nunca, nunca ha amado.

Su corazón no es más que un recuerdo.

Su voz no es más que un gemido.

Vely-Eddin-Rifaat-baja,

EMBAJADOR DE LA PUERTA OTOMANA EN PARIS.

Vely-Eddin-Rifaat-baja, hijo primogénito del gran ex-visir Mustafá-Naili-baja, nació en Candia (isla de Creta), el 12 del mes de redjeb del año de la Egira 1240 (de J. C. 1825).

Su padre era entónces comandante en jefe de las tropas egipcias en Candia. Nacido en Albania en 1796, Mustafá-baja había sido llamado muy tempranamente

á Egipto por su compatriota Mehemet-Aly, que tenia ya á su servicio á tres de sus tios maternos con el título de bajá ó de bey.

Despues de haberse batido por la vez primera en el Hadjaz, habia acompañado en 1821 á su tio Hassan-bajá, encargado del mando de las fuerzas egipcias en la isla de Candia; y á su muerte, acaecida dos años mas tarde, le sucedió en el mando y el título.

Habiendo pasado Candia en 1841 á poder de la Puerta, esta, justa apreciadora de la sabiduria y de los beneficios de la administracion de Mustafá-bajá, nombrado en 1832 gobernador general de la isla, lo dejó ocupando aquel destino.

Vely-Eddin-bajá tenia entonces diez y seis años. Instruido á fondo en las lenguas orientales, hablando con facilidad el griego, el italiano y el francés, iniciado en los principios del arte militar, que habia estudiado con un oficial europeo, el jóven, formado en la escuela de su padre, testigo de las maravillas que habia hecho en el país, que él habia creado, por decirlo así, estaba destinado por su nacimiento tanto como por sus buenas disposiciones á ocupar los mas altos empleos. Poco tardó en ser nombrado coronel (bey). Las revueltas que estallaron al año siguiente en Candia, y la parte gloriosa que tuvo en la pacificacion de la isla, le valieron el grado de brigadier (miri-liva). Obligado por consideraciones de familia, sobre todo por su título de hijo primogénito, á abandonar la carrera militar para entrar en la civil, sirvió bajo las órdenes de su padre, que lo empleó como teniente (camacan) en Candia y Canea, puntos que ocupó alternativamente conforme se trasladaba el gobierno á estas dos ciudades, desde 1842 á 1850.

A fines de este último año de 1850, Mustafá-bajá fué llamado á Constantinopla, donde fué miembro del consejo de Estado, mas tarde su presidente, y por último gran visir en 12 de mayo de 1853.

La Puerta, conociendo la habilidad desplegada por el jóven camacan, ya general civil (miri-miran), le dió el gobierno general de la isla en reemplazo de su pa-

dre con el título de beyler-bey en julio de 1851.

Tres meses mas tarde fué promovido á visir y nombrado gobernador general de la Bosnia, repuesta esca-

samente de los trastornos que la habian agitado muchos años hacia, y que habian exigido la intervencion armada de Omer-bajá. Solo un año ocupó este puesto, que dejó en 1852 para venir de embajador á Francia con el título de *muchir*, que es el superior de la gerarquía militar y civil de Turquía. El aprecio que ha sabido conquistar en Paris en estos dos años, nos dispensan de prolongar esta biografía.

CANTORES Y MÚSICOS NOCTURNOS DURANTE EL RAMAZAN.

El ramazan es á la vez la cuaresma y el carnaval de los turcos; cuaresma durante el dia, desde que se comienza á distinguir un hilo negro de un hilo azul; carnaval durante el resto de las veinticuatro horas. En estas últimas, despues de la abstinencia forzosa del dia, abstinencia que se extiende hasta prohibir, no solo beber y comer, sino tambien fumar la pipa, llegan como por encanto las de su orgía y fiestas nocturnas. Las mezquitas se iluminan, las calles, desiertas por lo comun despues del ocaso, se llenan de paseantes; la mayor parte de las tiendas, aquellas por lo ménos que venden artículos de consumo, están abiertas. En los cafés y las plazas públicas, los músicos y los cantores nocturnos, los titiriteros, bailarines y narradores de anécdotas, (*meddah*), los *karaguenz* ó sombras chinescas, atraen al rededor suyo un numeroso auditorio, aficionado á esta clase de diversiones, donde no brilla siempre la moral mas severa. Los bailarines son jóvenes griegos, quienes con la cabeza cubierta con el gorro carmesí y la borla de oro, los cabellos perfumados y flotantes sobre los hombros, las cejas y pestañas teñidas de negro, ejecutan cantando figuras lascivas. Los músicos y los cantores, mahometanos, cristianos ó judíos, van en compañía de siete u ocho individuos. Por lo comun uno mismo canta y se acompaña con el violín ó la guitarra, la flauta ó el silbato de pan (*neih*), especie de flauta traversera muy usada entre los turcos. Casi todos sus cantos, sabidos de memoria, son poemas épicos ó eróticos.



Vely-Eddin-Rifaat-bajá, embajador de la Puerta-Otomana en Paris.



Cantores y músicos nocturnos durante el ramazan, en Constantinopla.

Puertos de Francia.

CHERBOURG.

El puerto de Cherbourg se halla situado en la península de Cotentin, al embocadero del Divette, y en el fondo de la bahía formada por los cabos de Leví y de la Hogue. Su rada, en forma de media luna, y protegida por tres fuertes, puede contener cuatrocientos buques: un dique la defiende de los vientos N. y N. O., que son los solos que pueden incomodarla. El puerto mercante, formado por el embocadero del Divette y del Trottebec, es de fácil acceso; pero el puerto de guerra, que es del que nos vamos á ocupar, se halla al Noroeste de la ciudad.

En 1687, el mariscal Vauban visitó las costas de la Normandía para escogitar los medios de poner al abrigo de una invasión extranjera los puntos que pudiesen favorecer á un desembarco. Además ya Luis XIV habia dado la orden á este ilustre ingeniero de construir en Cherbourg un puerto que fuese capaz para muchos buques, y el desastroso combate de 1692 hizo sentir la necesidad para uno de guerra. Quince navíos echaron á pique los ingleses, y esta catástrofe no la habria experimentado la Francia, si hubiese tenido en Cherbourg un puerto seguro á donde refugiar su escuadra.

Hasta el año 1777 no se decidió el gobierno francés, despues de haber vacilado largo tiempo sobre si seria en la Hogue ó en Cherbourg donde se construiria el puerto; pero los reconocimientos facultativos dieron la preferencia á este último.

Despues de haber resuelto la extension que tendria el fondeadero, se propuso cerrar la rada por medio de un dique destinado á unir la punta de Querqueville con la isla Pelé, dejando dos aberturas para la entrada de los buques, de las cuales la del Este tiene 1000 me-

tros de ancho, y la del Oeste 2300. En seguida se echaron los cimientos de los dos fuertes con triple batería, destinados para la defensa del puerto, el uno sobre el pico del Homet, y el otro sobre la punta occidental de la isla Pelé.

Para formar la rada se adoptó el sistema inventado por el ingeniero Cassart, que consistia en sumergir grandes cajas de madera en forma de cono truncado, con 45 metros de diámetro en la base inferior, 20 en la supe-

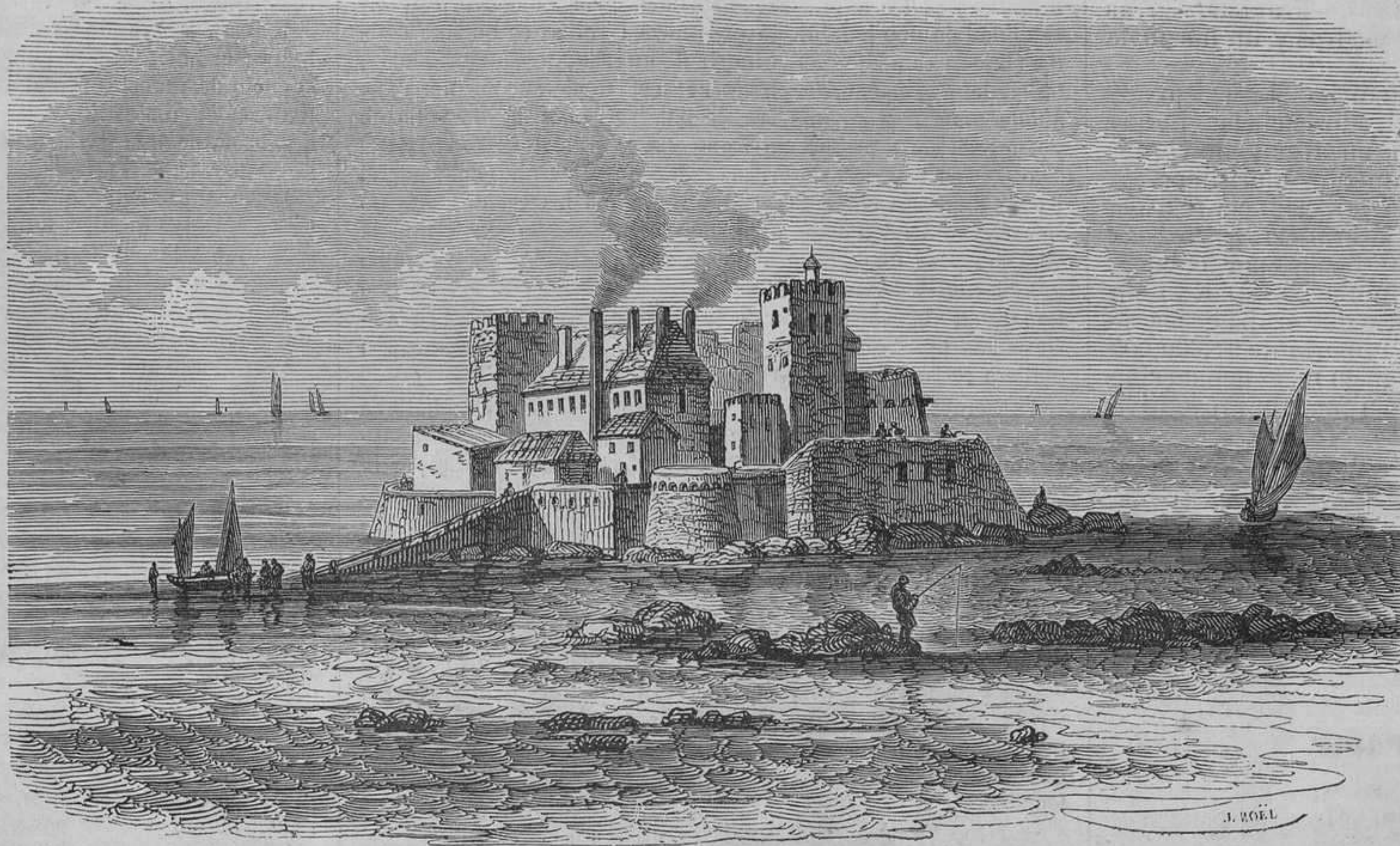
sumergidas hasta el año 1788, y durante el intervalo que mediaba de las unas á las otras se iban echando peñas sueltas; pero la corriente de las olas destruyó bien pronto las cajas cónicas, y desde entonces no se pensó mas que en echar rocas sobre rocas hasta formar el dique, el cual se halló consolidado por el efecto de las tempestades, y sobre todo por la que sobrevino el 12 de febrero de 1808. De este modo quedó fundada y establecida una isla de 3770 metros de superficie con una profundidad de 20 metros debajo del agua.

El monte de Roule que domina á Cherbourg suministró toda la piedra empleada en el dique. La base de estas en el fondo de las aguas penetra 70 centímetros; la elevacion de lo trabajado en albañilería es de 7 metros y medio, todo revestido de granito por ambos lados, y elevándose un metro sobre la superficie de las aguas. El dique se halla á distancia de 4000 metros de la entrada del puerto mercante, y á 1200 del de guerra; los trabajos empleados en él han sido dirigidos durante veinte años por el baron Cachin, inspector general de puentes y calzadas, y cuando volvieron á emprenderse en 1823, se encargó su direccion á M. Fouquet-Duparc ingeniero en jefe.

Tal es hoy en dia el arsenal de Cherbourg y su fondeadero, donde los buques pueden entrar en todos tiempos y mantenerse siempre flotantes. Situado en el fondo de una ensenada, y abierto por entre las rocas, se

halla todo circuido de baluartes; su elevacion es de 20 metros sobre el nivel de las aguas, con 300 de largo y 230 de ancho, pudiendo contener 15 navíos de línea: las paredes del muelle, los atracaderos y escaleras destinadas á facilitar desembarque, son de granito.

En la parte Sud se encuentra un carenero cerrado por un ponton, y en seguida cuatro soberbias calas para la construccion de navíos. Los pilares son de granito, y el maderamen, compuesto de varias piezas, es



Fuerte sobre la isla de Pelé, en rada de Cherbourg.

rior y otros 20 de elevacion vertical. Para levantar y transportar estas inmensas cajas se les ponía en la circunferencia de la grande base un cierto número de toneles, con los cuales se las llevaba á remolque hasta el lugar que debian ser hundidas, despues de haberlas llenado de piedra.

La primera caja fué sumergida el 26 de junio de 1784, á la distancia de 1170 metros de la isla Pelé, para formar la extremidad oriental del dique. Otras 17 fueron



Vista general de Cherbourg.

de un trabajo extraordinario. Los cales *Chantereyne* están en una ensenada vecina y sirven para la construccion de fragatas: allí están tambien los talleres de pintura, escultura, tonelería y modelos. Junto á estas calas hay un magnífico tinglado que lo llaman *Grand Hangar* que sirve para resguardar las maderas destinadas á la construccion. Tiene 300 metros de largo y contiene los talleres de las embarcaciones, velámenes, poleas, carpintería, sala de plantillas y la de modelos, habiéndosele añadido una fundicion con un fiel en 1830.

Junto á estas se halla el astillero de *Chantereyne* con 500 metros de longitud; sirve de parque para las made-

ras y contiene la cordelería, la sala para espadillar el cáñamo, y el taller de salazones de la direccion de subsistencias.

El antiguo arsenal situado en el puerto mercante contiene los talleres de arboladuras, serraderías, guardaciones, brújulas, la direccion de artillería, la sala de armas, el almacén general, una biblioteca y la direccion de subsistencias.

El arsenal de guerra, ántes de la revolucion, era una abadía considerable fundada por la reina Matilde, y llamada *l'Abbaye du vau*. Ahora en su lugar, además del arsenal, hay el hospital de la marina, llenando un gran

número de bocas de fuego el que ántes era patio del claustro.

Tal es el quinto puerto militar de la Francia. Ahora terminaremos este artículo con algunas noticias generales.

En un grande arsenal militar, los talleres repartidos entre cuatro cuerpos de oficiales que dirigen los trabajos bajo las órdenes inmediatas de un prefecto marítimo, están clasificados en la forma siguiente:

1º *Direccion de las construcciones navales*.—Trabajos de sierra, de carpintería, arboladuras, poleaje, bombas, tonelería, remos, clavijas, timones y cabestantes, mo-

delos, esculturas, chalupas y canoas, las fraguas para la construccion y armamento de buques, máquinas y sus accesorios, las de clavos, sierras, calderas y oja de lata, la pintura, cordelería, estopería, y un taller de maquinaria.

2º *Dirección de altas y bajas en el puerto.*—La guarnición, velámenes, brújulas, pabellones y colchonería.

3º *Dirección de artillería.*—Fundiciones y fraguas especiales para el servicio de la misma, carretería, cureñería, etc.; fábrica de armas y demás útiles para la guerra.

4º *Dirección de trabajos hidráulicos.*—Fraguas, sierras y carpintería especiales, corte de piedras y un horno de cal.

Además, un primer comisario dirige el servicio administrativo del almacén general, subsistencias, hospitales, presidio, etc. y un veedor encargado de vigilar la aplicación de las leyes y reglamentos marítimos.

Para formarse una idea de la importancia relativa de los cinco puertos militares de la Francia, basta consultar los últimos presupuestos aprobados por los cuerpos colegisladores con destino á la marinería. E- to sin contar con el crédito extraordinario que acaba de decretar el Emperador para la misma, importante 57,000,000 de francos, aunque este enorme gasto no es debido sino á la guerra de Oriente, y como una medida preventiva de lo que esta puede llegar á ser.

Finalmente, esta misma guerra ofrece el mejor ejemplo del estado en que se hallaba la marina francesa, con los aprestos que ha hecho, las escuadras que ha mandado al Báltico y al mar Negro, que en nada desmerecen á las de su nueva aliada y antigua rival la Inglaterra.

Revista de Paris.

Triste y doloroso espectáculo presenta la lucha del cuerpo humano contra el terrible enemigo de la enfermedad que le destruye. Un anciano estimado y querido cae enfermo, y al punto su familia, sus hijos, sus nietos, sus amigos, todos aquellos que en su larga carrera el viejo vió nacer y hacerse grandes á la sombra de su casa, todos caen repentinamente en un indecible espanto. El desórden invade la casa, todas las bocas están mudas, todos los ojos húmedos de lágrimas; se va y se viene, se sube y se baja sin utilidad y sin objeto, se espía al médico que sale de la alcoba para hacerle preguntas indiscretas, ó se trata de leer en sus ojos lo que se puede esperar ó temer para comunicárselo á los otros.

— ¿Qué ha dicho el médico?
— ¿Cómo le ha encontrado?
— ¿Qué le receta?

Se pesa cada palabra, se comentan, se discuten sus miradas, sus ademanes, hasta su silencio, y si la muerte llega á cerrar por fin los ojos del anciano, entónces un gran vacío queda en aquellos corazones desolados, parece que con el alma del difunto volaron la felicidad y la alegría de los que permanecen en la tierra; un concierto desgarrador le acompaña á su última morada, y solo el pensamiento de que aquella vida que se apagó tuvo su curso, que fué una vida larga, dichosa y honrada, alivia la amargura de los que le lloran.

Pero mas terrible es asistir al combate de la muerte contra la vida, en el cuerpo frágil y delicado de una criatura, que nada conoce de la vida, fuera de las caricias de su madre, que no sabe sufrir, que disfrutaba ayer de una salud tan viva y tan alegre...; ¡Y qué tormento tan grande debe ser cuando la criatura que se muere habia llegado á la edad en que sus facultades intelectuales comienzan á desarrollarse, mediante los beneficios del estudio, de los consejos y del ejemplo... á esa edad que no es ya la niñez, que es el principio de la juventud, esto es, al llegar á ese fresco y risueño período de la vida en que todo son sueños de esperanza!

Sí, ese espectáculo es terrible, y son muy dichosos aquellos que no han sentido en la vida tales golpes.

Figúrese el lector una preciosa casa de recreo situada en las cercanías de Paris, una casa modesta, pero elegante, habitada por dos hermanas, Teresa y María; Teresa tenia diez y seis años, María catorce, pero ambas eran bonitas, ambas eran buenas, y se amaban recíprocamente con igual afecto. Las dos jóvenes tenían los mismos gustos, las mismas antipatías, los mismos goces, las mismas tristezas, era un alma en dos cuerpos, y además se parecían de tal modo que quien veía á una habia visto á las dos, pero rara vez habrían podido verlas separadas, las dos hermanas siempre estaban juntas.

A principios de mayo último, el padre de Teresa y María habia alquilado aquella risueña habitacion donde debia pasar la familia todo el verano; las dos jóvenes eran huérfanas de madre desde su niñez estaban á cargo de una doncella que las quería entrañablemente, y que guiaba su educacion con los solícitos desvelos de una madre, y el padre era un comerciante retirado sin mas gozo en el mundo que sus hijas. Una felicidad, de las mas completas de este mundo, reinaba pues en esa familia reducida, cuando llegó una hora en que las cosas cambiaron repentinamente.

Una noche de la última semana entró la enfermedad en la casa de recreo, titubeó algunos instantes á la vista de aquellas dos cabezas rubias y hermosas, y por fin tocó con su livida mano la frente de Teresa. A las pocas horas la joven estaba de peligro; la doncella guiada por ese instinto delicado y seguro que se produce en el corazón de las mujeres cuando algo amenaza la cabeza de un ser querido, reconoció al instante la gravedad de la posición de su adorada enferma. Lo primero que hizo fué alejar á María, á pesar de sus súplicas y sus lágrimas, y se estableció á la cabecera de la cama, mientras el comerciante enviaba á Paris á buscar inmediatamente un médico de

fama. En efecto, el médico llegó poco despues, y ya era tiempo; se habia declarado una fiebra violenta, y hubo que apelar á todos los recursos de la ciencia, para contener momentáneamente aquel mal tan repentino como terrible. El comerciante prodigaba á su hija los mas tiernos cuidados; le prodigaba caricias, consuelos y palabras afectuosas, pero en vano, Teresa no le oía ni le conocía, ¡Teresa deliraba!

Tres dias eternos, tres siglos por decirlo así, pasó el padre inclinado sobre la cabecera de su hija, observando con ojos espantados la rápida marcha de la enfermedad; habia habido consultas de grandes médicos, y despues de maduro exámen, ninguno de ellos habia juzgado prudente cargar con la responsabilidad de una palabra de esperanza: Teresa se hallaba condenada sin remedio, podia morir de un instante á otro... María, obligada á permanecer léjos del cuarto de su hermana, y abandonada á sí misma por decirlo así, pues la doncella no podia resignarse á salir de la alcoba, y á dejar al comerciante solo con su hija, María erraba como un alma en pena, por el jardín y por los corredores, preguntando á los criados que no se atrevían á responder, llamando veinte veces por hora á la doncella para que la diera noticias de su hermana, y arrodillándose en todos los cuartos de la casa para pedir á Dios que tomara su vida en cambio de la vida de Teresa. La pobre María estaba tan desesperada, que parecia imposible que su razon pudiera resistir á semejantes emociones.

Ya hemos dicho que hacia tres dias que la joven se hallaba entre la vida y la muerte; en la tarde del tercer dia el médico fué como de costumbre, (era la cuarta visita desde por la mañana) subió sin escuchar las preguntas de nadie, y se quedó asombrado al notar la alteracion de las facciones del comerciante.

— Venga Vd., venga Vd., exclamó el pobre padre en cuanto vió al médico.

El doctor clavó los ojos en su enferma, y vió que la muerte principiaba á tomar posesion de aquel cuerpo encantador y delicado; las manos estaban frias, el pulso muy débil, el rostro lívido; el doctor examinó largo tiempo á la joven, se quedó meditabundo un buen rato, y luego dejó caer el brazo inerte que habia tomado para contar las pulsaciones, y guardó silencio.

— ¿Qué tenemos? preguntó el comerciante.

El médico continuó sumergido en sus meditaciones.

— Todo se acabó ya, ¿no es cierto? preguntó de nuevo.

— Aun podemos tener una esperanza.

— ¿Cuál? dígame Vd. cómo.

— La juventud hace á veces milagros.

— ¡Ah! no tema Vd. decirme la verdad, amigo mio; todo se acabó, bien claro lo veo, añadió el pobre padre con una voz trémula de dolor, pero no puedo creerlo á pesar de la evidencia.

— No hay que desconsolarse todavía.

— Es verdad, nos queda alguna esperanza, pero si saliera engañada...

Y al decir esto, dejó correr las lágrimas que le ahogaban.

— No, no, repuso despues de un momento de silencio, prefiero saber la verdad al instante; dígame Vd. la verdad, nada mas que la verdad, cualquiera que ella sea.

Esta escena era desgarradora y debia tener un término, hasta por el mismo interés de la enferma. Además, el comerciante no era uno de esos hombres á quienes se puede engañar fácilmente, de modo que el doctor tomó el partido de hablarle con franqueza, y haciéndole señal de que le siguiera, bajaron al jardín.

— Teresita, amigo mio, está muy mala, exclamó el médico, y seria una locura querer ocultarlo, pero ya le he dicho á Vd. que la juventud es á veces mas poderosa, mal fértil en recursos que la ciencia.

— ¿Qué esperanza!

— Mire Vd. el tiempo que hace, exclamó el médico, una tempestad nos amenaza, y ella determinará una crisis decisiva; pidamos al Señor que sea favorable.

— ¿Se marcha Vd. ya?

— Sí, una visita indispensable me llama á Paris, pero dentro de dos horas estaré de vuelta y pasaré la noche en esta casa.

El comerciante tomó la mano del médico y la estrechó afectuosamente entre las suyas para demostrarle su agradecimiento.

— ¿Pero hasta entónces?... le preguntó con una voz temblorosa que manifestaba las torturas que desgarraban su corazón en aquel momento.

— Seréne Vd., yo respondo de todo en estas dos horas; de otro modo no tendria valor para marcharme.

Esta respuesta alivió algun tanto al desgraciado padre; acababa de adquirir la certidumbre de que su hija viviria dos horas, y estas dos horas le parecían una eternidad.

— ¿De modo que de aquí á dos horas?... repuso clavando sus ojos en el doctor.

— No hay nada que temer, lo juro bajo palabra de caballero.

— Muy bien, muy bien, amigo mio, márchese Vd. y vuelva lo mas pronto posible.

El médico salió, y el comerciante se volvió á la alcoba de la enferma. María no pensó ni por asomos en seguir á su padre; este habia prohibido terminantemente á todos los criados que la dejaran entrar en el aposento de su hermana, y permaneció en el jardín con los ojos fijos en los balcones de aquel cuarto donde tres dias ántes resonaban risas tan alegres, y que hoy se hallaba silencioso y sombrío.

— ¿Qué puedo hacer, Dios mio, para enterneceros? Desde esta mañana he rezado veinte veces todas las oraciones de mi devocionario, he inventado mil fórmulas para pedirlos de la vida de Teresa ofreciéndolos en su lugar la mia, ¡y todo en vano!

Mucho debia sufrir la pobre joven, pues á menudo habia oido decir á la doncella que la servia de madre, que nada consuela como la oracion, y que no hay que cansarse de implorar al Altísimo.

Un trueno lejano resonó en el firmamento; María se estremió como la hoja en el árbol.

— ¡La tempestad principia, y el médico ha dicho que determinará una crisis decisiva!

Y como herida de una idea súbita, fijó sus miradas en una rosa que se acababa de abrir, y cuyas hojas mecidas por la brisa parecia que temblaban con las señales precursoras de la tormenta.

— ¡Oh! exclamó con presteza, sí, este pensamiento me viene del cielo, es una advertencia suprema. Si la tempestad destroza esa pobre flor, mi hermana morirá, y si por el contrario la rosa resiste, se salvará Teresa.

En esto se oyó un trueno mas fuerte y cercano que el primero; el horizonte se cubria de una oscuridad completa; un silencio de muerte reinaba en los campos, ni un grito en la llanura, ni un canto de pájaro en los árboles; habriase dicho que la naturaleza iba á quedar sumergida en la tempestad que se preparaba.

De repente se oyó el ruido sonoro de un carruaje en el empedrado del camino, y en efecto un instante despues, el coche se detuvo á la puerta de la casa, y sonó la campanilla.

— ¡Es el médico! exclamó la hija del comerciante.

Y sin dar tiempo á los criados para que salieran de la casa, María corrió y abrió la puerta.

El comerciante á pesar de sus años, estuvo tan listo como María para recibir al médico.

— ¿Cómo va? le preguntó este.

— Muy mal, doctor.

— Subamos á verla.

— Padre mio, exclamó María, padre mio, déjame subir contigo al cuarto de Teresa; ¿si mi hermana debe morir, no me permitirás que la abrace por última vez?

El padre enternecido iba á ceder, pero el médico se opuso á ello terminantemente, aunque la prometió que la llamaría en cuanto su hermana pudiera verla sin peligro.

El comerciante comprendió lo que queria decir el médico, y volvió la cabeza para enjugar algunas lágrimas; María se dejó caer sobre un banco en la antesala.

Serian las cuatro de la tarde, y la tempestad acababa de estallar en toda su violencia. Paris conservará largo tiempo el recuerdo de esa tempestad que descargó sobre la capital el viernes último por espacio de cinco horas con una furia nunca vista; el cielo ardia por momentos enviando á la tierra rayos y centellas, y una copiosa lluvia inundaba las calles y los campos en un ancho circuito.

María se habia refugiado en un cenador desde donde presenciaba, espantada, aquellos terribles destrozos; fijos los ojos en la flor que luchaba contra la lluvia y el granizo, alzaba al cielo sus ojos suplicantes implorando la salvacion de aquella rosa cuyo destino se hallaba, en su imaginacion, unido con el de su hermana; pero de repente la lluvia se desploma con nueva violencia, el cielo se entrea bre, y por aquella boca inflamada se precipita un rayo con un horrible estruendo... María cierra los ojos un segundo, y al abrirlos de nuevo la rosa yacia en el suelo, sin tallo, sin color, perdida y como diciendo á la joven: — ¡Perdóname, no he podido resistir mas tiempo!

María lanzó un grito y cayó desmayada; los criados la transportaron al cuarto que ocupaba desde la enfermedad de Teresa, y cuando recobró sus sentidos, se vió al lado de su padre y del médico, cuyos rostros desconsolados la decían que Teresa habia sucumbido de una enfermedad que rara vez perdona cuando ha señalado una víctima.

MARIANO URRABIETA.

MARGARITA PUSTERLA.

(Continuacion.)

Los sucesos confirmaron pronto los temores que habia concebido, tomando partido contra Plasencia. Aunque la conquista de esta ciudad fuera uno de los mas vivos deseos de Azone, y aunque se juzgara con derecho de recobrarla por haber pertenecido anteriormente á su padre, sin embargo, no se atrevia á atacarla de frente por no suscitar la cólera de la Santa Sede que la tenia bajo su proteccion. Pero trabajaba, como dice el proverbio, por sacar las castañas del fuego con la mano del gato. Francisco Scotto ambicionaba gobernar á Plasencia, que su familia habia dominado en otro tiempo, y someterla á su poder, oprimiendo á los Laudos sus rivales y arrojando de allí á los adictos al papa. Con este propósito se puso de acuerdo con los Fulgosi, Fontana y otras familias del país, que habiéndose apoderado de la ciudadela, proclamaron por su señor á Scotto, abolieron la supremacia del papa, desterraron y desposeyeron para siempre á los parciales de los Laudos, y nominalmente á Buonvicino.

El soportaba esta desgracia creyendo que Azone, segun le prometia, tomara las armas contra el nuevo tirano, y pondria á Plasencia libre en manos del papa y de los habitantes oprimidos. Pero Azone tenia dos caras. El mismo habia prestado apoyo bajo de mano á Scotto para que se apoderara de la autoridad de Plasencia, no por efecto que le tuviera, sino para poder despojarlo sin tener que contrarrestar á la corte pontificia. Armó con afecto: todos los desterrados tomaron parte en la expedicion; Buonvicino fué uno de los primeros y de los mas valientes, y con el valor que inspira el deseo de recobrar la patria perdida, pronto reconquistaron á Plasencia. Pero cuando vieron que expulsado Scotto no proclamaba Visconti la libertad, cuando mandó depone las armas á las dos facciones, y agregó Plasencia á sus dominios como buena y valedera presa, el lector podrá formarse idea del disgusto y la vergüenza que causó á los moradores de Plasencia, y mas que todos á

Buonvicino, verse engañados de aquella suerte y ver defraudadas sus legítimas esperanzas. Este último, despojado de sus bienes y retenido en Milan, veía desvanecerse juntamente la grandeza de su patria, el lustre de su familia, los sueños de su juventud, sin que le quedara mas herencia que la que era muy comun en aquel tiempo en los caballeros italianos, el valor de su brazo. Pero él no se hallaba dispuesto á ofrecerse al que mejor le pagara. El debía recurrir á su virtud y buscar en ella ese goce íntimo que aun en el seno de las mas horribles miserias acompaña y consueta á las víctimas de una justa causa.

Persuadióse de que ya no podía pensar despues de tal contratiempo en unir su suerte á la de una jóven de tan elevado nacimiento, y á quien su amor por ella hacia digna de la condicion mas sublime. Por no mostrar que desertaba la causa de sus hermanos de infortunio, aliándose con la familia del tirano de su patria, comenzó á no ver á Margarita sino á raros intervalos. Si no pudo renunciar á su pasion, ocultó al ménos la ternura que le inspiraba, y llegó á convencerse que la habia deserrado completamente de su corazon.

En la córte de Azone habia conocido al caballero Franciscolo Pusterla, que ocupaba entónces en ella un puesto distinguido, sin abusar jamás de su posicion ni para perjudicar á otros, ni para enriquecerse él mismo; además, honrado, generoso, nutrido con el recuerdo de las antiguas virtudes italianas, se hallaba animado de noble entusiasmo por el bien de la patria. Tal vez ese género de debilidad que consiste en parodiar la actividad y la energia, una inquieta manía de accion, la sed de ostentaciones y de los goces de la vida, lo hacian incapaz de resistir á la fascinacion de los honores ó á la embriaguez del poder. Las faltas del príncipe no le inspiraban el atrevimiento de censurárselas, y mucho ménos el de oponerse á su ejecucion; demasiado seducido por el atractivo del primer rango en la córte y la ciudad, no comprendia que tanto mas grande es la distincion cuanto mayor es el desprecio que se siente por los bienes que codician las almas vulgares.

Buonvicino lo creyó capaz de hacer la felicidad de Margarita. Las dos familias tenian entre sí vínculos de amistad. Los defectos de la juventud pasarian con ella, y Pusterla poseia todo lo que puede satisfacer á la vista, á la inteligencia y á la imaginacion de una jóven. Margarita, colocada en alta posicion, y digna de sus virtudes, podia, feliz en el interior, ser fuera el modelo de las mujeres lombardas. Amigo familiar de las dos casas, Buonvicino arregló esta alianza, que agradaba mucho á Uberto Visconti, contento con unir su hija querida con un caballero tan cumplido. Aun mas lisonjeado estaba Pusterla con esta union, que debia hacerlo dueño de una mujer sin igual, famosa por su belleza y sus gracias, que le daba entrada en la casa reinante.

Apénas se apercibió Margarita de la frialdad de Buonvicino, apénas vió que evitaba las ocasiones de encontrarla y que se abstenia de las ocupaciones á que se solian entregar juntos, tales como tocar el laúd, leer la *Divina comedia del Dante* y algunos otros libros franceses ó provenzales, se apoderó de su alma, como es de suponer, una profunda melancolía. Ella examinaba una á una todas sus acciones, todos sus pensamientos, para descubrir lo que podia haberle desagradado, y no pudiendo hallar ninguna falta, se desolaba y prorumpia en llanto. Entónces se confesaba el amor que sentia por él, lo acusaba de cruel porque no correspondia á su pasion, y sus reflexiones se encaminaban por esta pendiente á juzgarse vana y loca, por haberse creído amada por él. ¿Se lo habia confesado alguna vez? Acaso no habia él puesto en ella ni por un momento uno solo de sus pensamientos. Ingeniábase para probarse á sí misma que las atenciones de Buonvicino eran solo efecto de la cortesania de un caballero, los modales propios de todos los señores hacia las jóvenes; luego, su corazon queria contradecir á su razon, y le recordaba esas mil pequeñeces inefables, que tienen tanto precio á los ojos de los amantes. El despertaba en ella la poesia de los primeros movimientos del alma, tantos trasportes interiores que el rostro no revela, tantos temores de no ser comprendida, tanta alegría por haberlo sido. Estos recuerdos la persuadian de que Buonvicino la habia amado, y su imaginacion se perdia cada vez mas en ese laberinto de impresiones diversas que exaltan un deseo no satisfecho, una esperanza defraudada. Unas veces se echaba en cara él no haber descubierto bastante su pecho, otras el no haberlo cubierto con tupidos velos, y no percibiendo en lo pasado y lo presente mas que disgustos y sufrimientos, procuraba desterrar de la memoria las ilusiones que la habian seducido, y burlarse de ellas. Se vanagloriaba de ser libre, de haberse curado, de haberse relegado al olvido; volvía á renovar sus lecturas, á tocar el laúd, á pasearse; pero los sonidos del instrumento le recordaban la voz que acompañaban de continuo; los libros le ofrecian mil alusiones á sus sentimientos actuales ó pasados, pasajes que él le habia explicado en otras ocasiones, y que todavia exigian su intérprete; y cuán tristes y monotonos no eran aquellos paseos solitarios, sin la esperanza de encontrar á su amante en su camino!

Pero aun para las grandes pasiones es el tiempo buen remedio.

Margarita debia por fin convencerse de que habia sido juguete de una ilusion, cuando vió á Buonvicino negociar su matrimonio con Pusterla. Este amor que no habia tenido mas alimento que el de su propio atractivo y el de sus propias esperanzas, debia desprenderse al cabo sin mucho esfuerzo de su corazon. En torno de

ella no resonaban mas que elogios de Pusterla; las proezas que habia hecho en la última expedicion contra Plasencia habian difundido su fama por toda la Lombardia, y esto era suficiente para abrir el alma de Margarita á las seducciones de un nuevo amor. ¡Qué mujer no ambiciona poder decir de un hombre cubierto de gloria: « Me pertenece! »

Por esta razon, cuando su padre la preguntó si seria feliz casándose con Pusterla, no rechazó ella la idea de este enlace.

Cuando conoció á este jóven señor, y vió que se hallaba dotado de todas las cualidades que son patrimonio de un verdadero caballero, bendijo al cielo que le dispensaba tal favor, y en él cifró toda su futura felicidad. Y apénas se sintió dispuesta á amarlo, y comprendió que seria amada por él eternamente, le prometió en el altar el mas vivo, el mas tierno, y el mas celestial cariño.

Todas las crónicas de la época alaban con voz unánime á la nueva esposa. «Bella, dicen, cortés, con talento, afable con sus servidores, caritativa con los pobres, de buen carácter, de amable conversacion, de humor igual, de dulzura inalterable, calidad que es en las mujeres el primero de los dones y el mas precioso, porque él contribuye á su felicidad y á la de todos los que la rodean.» Es verdad que tuvo defectos; ¿qué criatura no los tiene? pero los historiadores, no los mencionan, tal vez porque se juntó con el encanto de una gran juventud un infortunio grande tambien; porque el hombre se halla tan inclinado á olvidar las imperfecciones de los que le inspiran compasion, como á inventarlas en aquellos que le causan envidia. Por otra parte hemos sabido que sus iguales la acusaban de procurar aparecer bella, buena y virtuosa. Los que creen que la suprema virtud consiste en abstenerse, le incriminaban el mezclarse en las desdichas de otro para aliviarlas; hacia bienes, y por consiguiente algunos ingratos, que procuraban excusar su ingratitud con la maledicencia; estos decian que su devocion era farisáica; aquellos que sus beneficios no partian siempre de un corazon puro ni de una intencion recta: el mayor número le reprochaba falta de mundo porque preferia la sencillez del sentimiento y la simplicidad de la franqueza á esas urbanidades acompasadas que la sociedad enseña y pretende imponer. En una palabra, poseia las virtudes necesarias para provocar la censura y hacer la felicidad de los que tenian la fortuna de conocerla y de tratarla. ¿Qué se dirá del que la poseia?

Las singulares ideas que se tenian entónces acerca del matrimonio permitian á una mujer, mucho mas si era hermosa y de elevado rango, obligaban á una mujer á atraerse uno ó muchos caballeros que le dedicaban sus empresas, seriamente en la guerra, ó por pura galanteria en los torneos. Margarita esquivó este uso de su tiempo, porque no creia que se pudiera convertir la moral en un juego ó asunto de moda.

Si el pensamiento de Buonvicino no le vino á la memoria, si no recordó los primeros sueños de su juventud, es cosa que no ha podido decirse. Lo que se sabe es que el primer amor se borra con dificultad, ó no se borra nunca. Lo que se sabe igualmente es que la virtud mas rígida no inculpa inocentes recuerdos.

Por diferentes sentimientos pasó el corazon de Buonvicino. Habia creído erradamente extinguida la pasion, que solo estaba adormecida, y cuando vió como su querida acrecentaba de dia en dia la felicidad de Pusterla, sintió reanimarse la antigua llama. Autorizándolo la amistad á frecuentar la casa de Margarita, pudo ver desarrollarse en la mujer los gérmenes de las virtudes que habia descubierto en la jóven. La constante y apacible serenidad que infundia en la vida de su marido le mostró los frutos de la educacion á que él habia asistido. Los sueños de alegría inocente y tranquila que lo habian hechizado en los dias de sus dorados ensueños, cuando le sonreía la esperanza de poseer un dia el bien supremo, los veia realizados, pero realizados para la felicidad de otro que era su amigo, y á quien él mismo le habia preparado esa bienaventuranza; y ese amigo, cada vez que se veian, derramaba en su seno la plenitud de un corazon, embriagado de júbilo, le pintaba con el ardor de un nuevo esposo las virtudes de Margarita, que creia cada vez mas perfecta, y lo bendecía por haber inclinado á un enlace tan feliz.

Alimentada de esta suerte por la conviccion de las prendas relevantes de su amada, y encerrada, no obstante de modo que no pudiera transpirar nada, la pasion de Buonvicino crecia rápidamente; él llamaba en su socorro la razon; — ¡la razon! excelente remedio para olvidar ó prevenir; pero cuando la pasion está encendida, ¿dónde está la fuerza de la impotente razon?

Entretanto, el amor de Pusterla á Margarita se habia debilitado, y muy pronto se dedicó al cuidado de agradar al príncipe. Me equivoco; su amor no habia disminuido, pero lo mezclaba un poco con el humor de nuestros modernos á todas las pequeñas ambiciones mundanas; lo sofocaba con un tumultuoso conjunto de pensamientos extraños, y para distinguirse en los empleos, las armas y la magnificencia, abandonaba las delicias del hogar doméstico, á las que era poco sensible, inclinado, como hemos dicho, á buscar la felicidad en las tempestades del alma ó las agitaciones de la vida. Así, cuando pasó el primer hervor de su amor á Margarita, buscó en amores diferentes, ó en lazos reanudados de efimeras pasiones, goces ménos pacíficos y mas ardientes. Sin embargo, lo repito, su ternura y su afecto hacia su esposa no habia disminuido: fenómeno que me detendría á explicar si fuera mas raro.

Se ausentaba de Milan meses enteros. Cuando no,

absorbido por la córte y sus reuniones de sociedad, consagraba poco tiempo á Margarita. Cuando ella perdió al mas tierno de los padres, Pusterla viajaba con el príncipe, y se contentó, en vez de acudir á consolarla, con escribirle una de esas cartas que no tienen ninguna significacion, cuando no proceden de la persona amada.

Buonvicino fué por el contrario en esta desgracia un amigo verdadero, censurando á sus solas la conducta de Pusterla, redobló sus afectuosas atenciones, y mostró sentimientos nobles y desinteresados de compasion.

Pero de la compasion al amor no hay mas que un paso. Ninguna seduccion es tan eficaz como la de las lágrimas de una bella. La silenciosa y amable gratitud con que recibia Margarita las atenciones de Buonvicino enternecian á este, que gozaba ejerciendo este derecho de la amistad. La conformidad de ideas y de simpatías, los arranques de magnanimidad y de conmiseracion, todo penetraba en el corazon de Margarita, todo encendia el pecho de Buonvicino, que comprendió como se adheria á esta mujer, inflamándose su pasion todavia mas cuando fué madre, y la vió cumplir sin orgullo ni fausto, sin vanidad, fuerte, tierna y feliz los deberes de la maternidad.

Margarita no veia ó no queria ver en la conducta cariñosa de Buonvicino mas que la consecuencia natural del afecto que le profesaba cuando era niña. Persuadida de la virtud del caballero, no pensaba en mostrar la reserva que hubiera adoptado si hubiera pensado que procuraba inspirarla un sentimiento criminal. Pero la imaginacion de un amante forja quimeras. Las gracias de la familiaridad, las delicadezas de un alma elevada, la confianza ingenua que veia en Margarita hacian entrever á Buonvicino algunas esperanzas para el porvenir de su pasion. ¿De qué naturaleza eran estas esperanzas? él no lo sabia ni queria saberlo, y si pensaba en ello, le parecian inocentes. Hacer traicion á un amigo, deshonrar á una mujer que admiraba aun mas que adoraba, era una idea que no podia turbar su imaginacion. Solo ambicionaba confesarla su ardor; contarla sus sufrimientos, probarle que no la habia engañado cuando presentaba á su jóven fantasia un misterio fácil de comprender, y que tormentos lo habian afligido cuando habia intentado arrancar de su pecho la pasion. El colmo de su dicha hubiera sido saber que Margarita aceptaba su cariño, y que recibiria con satisfacción el homenaje de las empresas caballescadas, en las que se habia siempre señalado. Eso creia desear, lo deseaba tal vez; aunque la pasion se alimente siempre con semejantes sueños cuando quiere justificar su primer paso, — ese paso á que seguirán otros muchos bajo la impulsión de una fatalidad inevitable.

Buonvicino se apercibia en momentos de calma que daba pábulo á muchas ilusiones, y trató de sofocar un sentimiento criminal. Viajó algun tiempo, pero pronto regresó convencido de que la ausencia enciende mas las grandes pasiones. Buscó los placeres, pero ninguno lo era para él si Margarita no los compartía! El espectáculo del egoismo, de la vanidad humana estimulaba mas el amor que le inspiraba la imagen querida de su amada. Oró, pero entre Dios y él se interponia el fantasma adorable, como la criatura mas perfecta de la creacion. Todo lo ensayó, excepto el único remedio de absoluta eficacia, una ausencia eterna.

En fin, estimulado por la pasion y el convencimiento de su inocencia, Buonvicino resolvió descubrirse á Margarita. Pero en vano hubiera intentado hacer en su presencia esta declaracion; cuando su pasion era pura y lícita, la habia ocultado como un misterio: ¿cómo se decidiría á revelársela cuando todo debia inspirarle temor? Recurrió en tal ansiedad á esos medios mixtos que son el recurso de los que no osan adoptar firmemente un partido; pensó en escribirla. Mucho tiempo meditó su carta, la escribió, la rompió, escribió otra, y la rompió tambien. Ninguna frase era bastante moderada, ninguna palabra bastante casta, ninguna expresion bastante seductora; ¡nunca hoja de pergamino sufrió tanta tortura!

Al cabo terminó su carta. La amistad que lo unia á la familia alejaba toda sospecha; los negocios y las distracciones hacian pasar á Pusterla casi todo el dia fuera de casa; sin inconveniente pudo encomendar á un criado la misiva para Margarita.

Pero apénas puso el criado el pié en la calle, ¡qué tempestad se alzó en el pecho de Buonvicino! ¡qué sueños, que temores, que esperanzas! ¡Qué arrepentido estaba del paso que habia dado! ¡Cuánto deseaba haberlo dado de otro modo! Toda palabra, toda idea del fatal billete se presentaban á su mente como otros tantos crímenes acompañados del castigo y del remordimiento.

¿Quién sabe? le murmuraba su razon, quizá el criado no la encuentre. Tal vez me volverá la carta sin entregársela. — Quiero quemarla y... No, nunca se lo diré. Huiré tan lejos que no pueda oír hablar de ella. Borraré su imagen de mi pecho, otros placeres y otros sufrimientos me la harán olvidar. Pero ¿no merece ella toda la felicidad? ¡Ella, la mas amable, la mas noble de las criaturas! Y si me he atrevido á amarla, ¿no es justo que sufra por objeto tan digno? ¿Qué dolor no quedaria recompensado por su amor?

— ¿Y si yo obtuviera ese don inestimable? ¿si fuera querido por ella, si ella me lo dijera? ¡No, no, jamás! ¡desgraciado! ¡porqué he querido alterar su tranquilidad? ¡vuelve, mensajero, y sepa yo que no han entrado el fatal billete!

Así bramaba la tempestad en el alma de Buonvicino



Mahala de la Stela, en Bucharest.



Doncella del Mahala.

mientras que el criado iba del palacio de los Visconti al de los Pusterla y volvía. No había relojes que midieran los minutos, pero los contaba por los latidos de su corazón desesperado. Andaba con precipitación de un lado a otro de la habitación, escuchando el menor ruido que sentía. Por fin, se asomó a la ventana, que bañaba el zéfiro de abril y vio al mensajero. Cada paso de este hombre en la escalera clavaba un acero en el seno de Buonvicino. Cuando se presentó ante él no tuvo valor para interrogarlo. Este le hizo una cortesía y le dijo: «La he puesto en manos de la señora,» y salió. Estas sencillas palabras trastornaron sus pensamientos. Dejose caer en un sitial, y el efecto de su carta dió nuevo alimento a sus tormentos. Perder la estimación de su querida era la desgracia que mas temía. Luego se lisonjaba de que su contenido no merecía tan atroz castigo.

«¿Acaso, decía él, la ha aceptado? ¿pensará responderme, ó me dirá cuando la vea que no me aborrece? ¡oh! ¡saber que ella me ama! ¡oirlo de sus labios, verlo en sus ojos! ¡Qué feliz sería yo, y como me esforzaria en complacerla! Proezas guerreras, hazañas corteses, ¿qué no haria yo para hacerme digno de su amor? — ¿pero si fuera al contrario? si se creyera ultrajada, si no fuera a sus ojos mas que un vil seductor?...»

¡Jóvenes, que habeis pasado por casos semejantes sin tales agitaciones, que meditais friamente la seducción, y esperais los efectos con frescura, vosotros sonreis viendo la perturbación de este hombre, que no creéis natural. Pero con la mano en la conciencia, si tuvierais el corazón de Buonvicino, y el objeto de vuestros deseos fuera Margarita... vamos, burlaos todavía de mi caballero!

(Se continuará.)

Categorías y razas en la Valaquia.

No hay país en el mundo donde la lucha del pasado con el presente sea mas viva, ni donde las costumbres nacionales, minadas por la civilización occidental, ofrezcan un contraste mas singular que en ese país de



Doncella de Tsygana.



Palacio de un grande boyardo en Valaquia.

e. Doussault

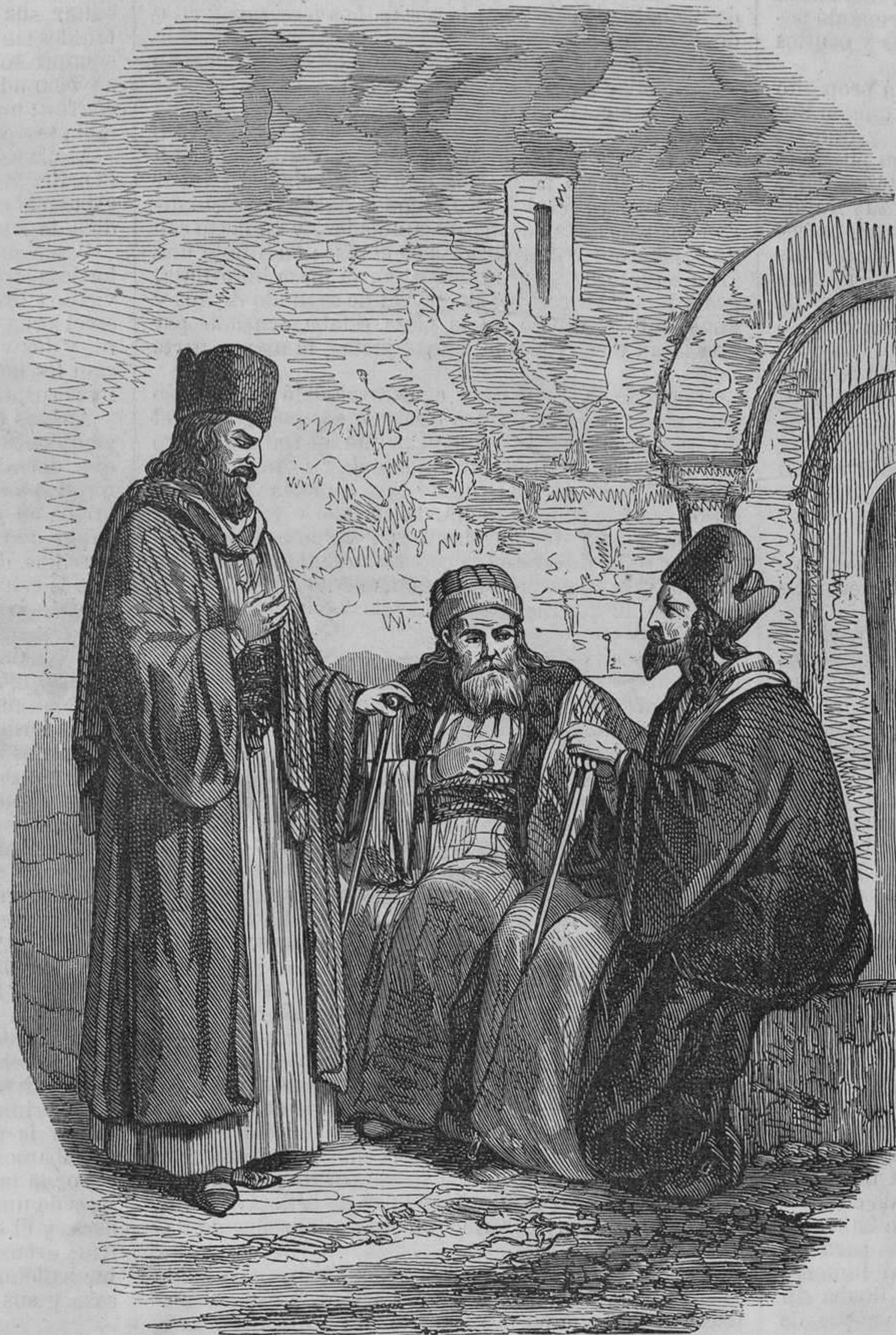
los principados danubianos, tan digno de observarse en su transformación periódica.

Entre los opulentos boyardos esta revolución hace tiempo que se ha verificado, excepto en la diferencia de razas, y en el genio particular de pueblos tan distintos de origen; pero por lo demás el exterior es idéntico, y el extranjero hallará en los salones de Bucharest las mismas costumbres, moda y lenguaje que en los de Paris.

La sociedad política valaca está, como la de la Rusia, regimentada y colmada de títulos, sin ningún derecho justificativo en el que los lleva: una especie de nobleza por la nobleza de raza, concedida mas bien á la intriga y al favor que al mérito y al talento, absorbiendo y confundiendo todas las carreras sin contar para nada con las aptitudes. Así tan pronto el juez se convierte en capitán, como este se halla apto para dirigir un tribunal, y resolver á su manera las cuestiones mas arduas del derecho. Un coronel, amigo del que cuenta esto, nombrado de pronto por el príncipe Bibesco presidente de un tribunal, se reía á carcajada suelta de las nuevas funciones que iba á desempeñar, confesando con ingenuidad que no sabía una jota de derecho ni de procedimientos. Ni mas ni menos pasa en Rusia, donde se ve á un coronel de caballería mandar un navío, así como á un oficial de marina dar una carga á la cabeza de un regimiento de hulanos.

La mas humilde de las condiciones es la de *concepista* que ya ha caído en desuso y se ha hecho ridícula hasta para los mismos campesinos; en seguida viene la de *pitár*, que aun cuando goza de alguna consideración, no pasa de ser una mera jubilación para los criados; luego vienen *sardar*, *kaminar*, *pohorink*, *agá*, gran *vornik*, gran *logothete*, y finalmente *ban* que es la cumbre de la escala social.

Es muy difícil de fijar los límites entre el grande y pequeño boyardo; pero dejando á un lado sus cuestiones respecto á la tradición, mas ó menos controvertida segun las simpatías de cada uno, el hecho es que las dos clases viven enteramente separadas, y su fisonomía es en todo



Rabinos á la puerta de la sinagoga en Bucharest.

diferente. Una puerta cochera da entrada por la calle al palacio del uno, edificado en los mas hermosos barrios de la capital, y en medio de un vasto patio donde van á tomar el sol los gitanos y mendigos, mientras que el pequeño boyardo oculta su existencia ménos fastuosa en una pequeña casa blanca á la turca, circuida de una empalizada, y por unas grandes acacias en el fondo de un *mahala*. Una gran puerta coronada de pilares de madera, vistosamente cortados como por un campanario moruno; da entrada á este pacífico hogar; un gran techo con anchos aleros protege la casa contra la nieve en invierno y el sol en verano, y tras de la cortina blanca de muselina con franjas está la ventana sombreada de capuchinos en flor, y en ella la señorita de la casa con la labor en la mano, levantando de vez en cuando la cabeza para ver pasar por la calle alguno que otro viajero, ó coche extraviado del centro elegante de la ciudad.

EL MAHALA DE LA STELA.

Excepto lo que llaman allí el *kau* amarillo y el *kau* colorado, en vano buscaría un extranjero recién llegado á Bucharest una fonda ó simplemente un parador donde hospedarse; pero gracias á la sin igual hospitalidad de los valacos, ve aquel bien pronto el término de sus angustias. Se constituyen como una obligación de arrancar á esa sociaña continua del *kau*, y por poco que su educación y su porte prometan una buena sociedad, entónces ya es cuestión de disputárselo y de obligarle por medio de mil cumplidos y agasajos.

Esta agradable y hospitalaria violencia me condujo del *kau* amarillo al *mahala* de la Stela, en casa de un jóven boyardo llamado Nicolás Nicolesco, que bien pronto fué mi amigo, y allí en un pequeño mundo en miniatura, lleno de originalidad y de rara poesía se pasaron años afortunados, cuyo recuerdo viene á arrullarme en medio de la agitación y el ruido de nuestras ciudades.

El *mahala* no es un arrabal, pues no conduce á ninguna parte, sino una plaza, centro de varias calles tortuo-



Los cazadores del coronel Philipesco.



Niños gitanos volviendo de la fuente.

sas y de caminos sombreados de árboles, fuera de la agitación y del movimiento de la ciudad formando pequeños cuarteles sembrados en los jardines y ocultos debajo de los árboles.

Allí juzgué desde luego la morada mas á propósito para un artista, máxime si se tiene presente que en Bucharest casi todas las mujeres son guapas, y que las del mahala donde vivía, dejaban muy bien puesto el pabellon de su banco. En frente de mis ventanas veía, dos ó tres veces por semana, la casa vecina muy iluminada, y los criados con antorchas en la mano, prece-diendo á las beldades del mahala que se dirigían á dicha casa. Cuando yo volvía del teatro ó del café aun estaban bailando, y bien pronto todas mis tentativas de introduccion se dirigieron hácia ese punto tan curioso y seductor para mis estudios.

Fuí muy bien acogido, y aun cuando los primeros dias me trataron con un cierto respeto, esto desapareció entrando á formar parte con los demás jóvenes de esta reunion de familia. El pretexto de esta tertulia era una leccion de baile, así es que las muchachas venían medio de trapillo, y como de casa. Todo al rededor de una gran pieza pintada de yeso habia un divan encarnado á la turca; cuatro bujías se reflejaban en los espejos de oja de lata colgados en las paredes, y en medio un quinqué suspendido venia á completar esta espléndida iluminacion.

La orquesta se componia de una flauta y un violin manejados por dos gitanos negros y crespos como los bramas de las orillas del Ganges, mientras que un hombre pequeño, flaco y pecado de viruelas se revolvia de un lado á otro, empujando á unos, alineando á otros, y sin cesar llevando el compás con estas eternas palabras: *oua, do, trei, patou, techinché, —oua, do, trei, patou, techinché...* (uno, dos, tres, cuatro, cinco). Los jóvenes flacos y enjutos, como se es á los diez y ocho años, con los brazos tiesos y sudando á gota viva, con el entrecejo fruncido como hombres ocupados en grandes negocios, hacían sus muchachadas y cabriolas con una seriedad que á mi modo de pensar excluía toda idea de placer. Las muchachas no participaban de mas alegría en esta ocupacion tan grata á la juventud de nuestro país.

Concluido el rigodon se dejaban caer encima del divan enjugándose el sudor, y echando todos sobre mí, que era simple espectador, una mirada de superioridad satisfecha. La orquesta venia á tomar sus órdenes para el vals ó mazurca siguiente; pero era hora ya de servir el refresco.

Dos gitanillas morenas como los castaños de la India, con sus grandes ojos negros dulces y ardientes, entraban á servir el refresco á los Terpsicóres. La una traía una bandeja con dos vasos de confitura; cada cual tomaba de lo que mas le gustaba, y despues de haber lamido la cucharilla volvía á meterla en el vaso para pasársela á su vecino. La otra egipcia traía un inmenso bol de vidrio con agua, en el cual cada uno libaba sin aprension sus labios como en los felices tiempos de nuestros patriarcas.

Los tsyganés y judíos conservan aun su color local en medio de la transformacion de las grandes ciudades en los principados: la libertad de los gitanos es de esperar que vendrá bien pronto á borrar este último tipo tan original de los tiempos pasados, y que el traje de los judíos de Oriente cederá su puesto al frac negro y al horroroso sombrero de la sociedad moderna. Los dibujos que damos hoy de los trajes judíos bien pronto no existirán, y en cuanto á esos infelices niños desnudos sobre la nieve durante los frios rigurosos del invierno, lisonjeémonos de creer que un porvenir no remoto hará cesar su estado salvaje en medio del lujo de las opulentas ciudades.

Adjuntos presentamos dos de esos niños medio desnudos volviendo de la fuente con un cubo de agua cada uno; se tienen asidos de las manos por el lado opuesto para hacer un contrapeso al que apenas pueden sobrellevar: idea ingeniosa que da á esos pequeños grupos todas las gracias serias de las figuras antiguas.

UNA CACERIA EN UNA ISLA DEL DANUBIO.

Las cazas de la Valaquia son celebradas por todos los que las conocen como las mas curiosas, y que mas interesan por su originalidad salvaje. Presentan el aspecto de verdaderas expediciones, ya sean de caravanas del desierto, ó bien para la guerra, ó en esas batidas gigantescas de la edad media, cuando el señor de un lugar, por divertir á sus huéspedes, ponía en pié poblaciones enteras, arrancadas á sus trabajos.

La caza del oso, en los Cárpatos, está llena de peligros y de emociones terribles, mientras que la de la avutarda ó del gallo silvestre en la estepa, sin ser menos salvaje, se parece á un campamento de las hordas primitivas de la América, ó de las regiones del Asia.

Un dia contra todos mis instintos, me dejé llevar por el cebo de una cacería en una isla del Danubio, pues segun la relacion que me habian hecho debía reunir todos los atractivos necesarios para picar la curiosidad de un artista.

La tarde de nuestra partida, al ponerse el sol, seguíamos las orillas del río, cuando el coronel Philipesco, nuestro guia y ordenador de la batida, me hizo observar algunos lienzos de pared enterrados de broza, y en medio de varias ondulaciones que hacia el terreno. « ¡Estos son, me dijo, los restos del antiguo castillo de Radureni! Mi abuela me contaba cuando yo era niño una lúgubre leyenda cuyo recuerdo me ha perseguido largo tiempo al aspecto de estos escambros: ya trataré de acordarme y se la contaré á Vds.

Un cuarto de hora despues llegabamos al pueblo donde habíamos de pasar la noche. Los *dorobautz* y criados del coronel llamaban á todas las puertas, despertando á los paisanos, que medio dormidos se apresuraban á abandonar su puesto para ponerlo á las órdenes de toda la banda. Demasiado sabia á lo que me exponía aceptando la expedicion, y como mi partido estaba tomado de antemano, me hallé muy contento y satisfecho en la lujosa habitacion que el principal del lugar puso á nuestro servicio. En el fondo habia un vasto divan formado de tablas mal ensambladas, y cubierto con un tapiz roto y descolorido por el uso; en frente una gran estufa que se alumbraba por la pieza inmediata, podia servir en caso de necesidad de segundo divan, y finalmente el centro de la pieza estaba ocupado por una larga mesa rodeada de banquetas, la mayor parte cojas.

Concluida la cena cada cual se arregló como pudo para pasar la noche; cinco ó seis se acomodaron en el divan, dos en la mesa, mientras que un francés amigo mio escalaba la estufa, burlándose de los que no se habian acordado de este puesto tan confortable en una noche tan fria como aquella. El coronel y yo nos arreglamos encima de las banquetas, y como á pesar del cansancio, la dureza de la cama ahuyentaba el sueño, le recordé la historia de las ruinas de Radureni.

Hé aquí lo que me contó:

EL CASTILLO DE RADURENI.

Hace mucho tiempo, mucho, mucho, me decía mi abuelita contándome esta leyenda, que un rico muy rico y muy poderoso señor habitaba en una orilla del Danubio el castillo de Radureni, cuyas ruinas negras y ocultas entre las malezas, ves cuando vas á Seladowau. Una turba de vasallos, *dorobautz*, *tsyganés* y *arqueros* se agolpaba en los patios y murallas del castillo, el cual habia arrostrado los ataques impetuosos de los tártaros y de las hordas salvajes que ensangrentaron nuestro país, permitiendo á su señor vivir en paz con una reputacion de poder y de valor demostrados en tantas hazañas.

Tenia dicho señor un carácter sombrío y taciturno, y la mayor parte de su vida la pasaba en el retiro; era además impetuoso y violento, y segun rumor que corria al oído de boca en boca entre las gentes del lugar, en uno de esos arrebatos, habia muerto de un sablazo á su bella esposa Maritza Odoiano. Desde entonces no habia pasado una noche tranquila, y su vida en otro tiempo tan brillante y animada la consagraba hoy toda entera á un solo objeto, una tierna pasion por un hijo que reproducía en él, idealizándolas, la belleza varonil, la energía audaz y el valor impetuoso del señor de Radureni.

Alecko, que este era el nombre del joven, no se habia separado nunca del castillo de su padre, y toda su instruccion consistía en saber domar un caballo, sonar el cuerno de caza, y en ejercerla juntamente con la pesca. Cuando volvía de esta llevado al galope por su fogoso corcel negro, las miradas de todas las muchachas del pueblo le seguían hasta perderle de vista; mas de una le soñaba por la noche; pero el hermoso Nemrod solo tenia para ellas alguna que otra mirada indiferente el domingo en la iglesia, ó bien cuando le encontraban caracoleando por los caminos, seguido de sus ponederos.

Frente por frente al castillo de Radureni, en la orilla opuesta, se reflejaban en las aguas del Danubio las torres y minaretes de un palacio y de un pueblo musulman: este palacio era la espléndida morada de Assanbajá, en otro tiempo favorito del sultan Amurates.

Assan, rico y harto de honores para el porvenir, habia ido á ocultar, en estos lugares que le vieron nacer, una vida honrosa y laboriosamente empleada. La hermosa Fátima, su esposa, habia visto varias veces al joven boyardo, deslizándose rápidamente por el río en un ligero vaique, y bien pronto este fué instruido, por un billete echado en su barca, de la pasion que habia inspirado á la bella musulmana.

Fátima era para el señor de la una orilla lo que Alecko para el de la otra, el objeto de todas sus solicitudes; los guardas del harem eran numerosos y expertos; pero su amor era bastante fuerte para desafiar todos los peligros. Al llegar la tenebrosa noche, encubridora de esta clase de aventuras, y mientras el viento mugía en los cañaverales, Alecko, guiado por una señal de Fátima, atravesaba el Danubio á nado, y sin el menor ruido, comprimiéndose el aliento, salvaba la puerta del harem, cuya llave habia sabido ella procurarse.— Una luz en la ventana de su querida, cuando todo el mundo dormía en el harem, daba la señal al intrépido hijo del señor de Kadureni de que la bella Fátima esperaba á su idolatrado Alecko.

Una noche creyó ver el joven boyardo una sombra que se deslizaba tras de los grandes sauces en la orilla del río; pero bien pronto una dulce mirada de Fátima borraba toda inquietud. Sin embargo, los amantes estaban perdidos; Assan conocía su secreto, y la venganza se aprestaba implacable y terrible para caer sobre los culpables!

Durante una noche sombría y tempestuosa, mientras reinaba un profundo silencio al rededor del castillo, aparecía la antorcha consagrada de orden del bajá, y un ligero esquife llevado por la corriente bogaba léjos de la orilla. Alecko, atento, ha visto la señal; como á Leandro la dicha le espera en el otro lado; nada con aliento y destreza hácia el faro que le conduce á los piés de su bella Fátima; pero esta vez los cuartos de

hora se suceden, y la luz tan sabida parece huir é insultar sus esfuerzos... Se agotan sus fuerzas... unos tañidos siniestros zumban en sus oídos, y la orilla huye siempre sombría y silenciosa delante de él... llama á su bien adorado con una voz agonizante; sus ojos se cierran; un postrer suspiro sale de su pecho, y el ruido de la tempestad se lleva el dulce nombre de Fátima.

Al dia siguiente el Danubio arrojaba dos cadáveres en la orilla valaca; el uno tenia una ancha y profunda herida en el cuello, y el señor de Radureni lloraba la pérdida de su querido hijo.

Desde entonces, me decía mi abuelita, cuando la luna ha desaparecido en el horizonte sombrío, y mientras el viento silba en los cañaverales, dos fastamas se deslizan en el agua delante de las ruinas del castillo de Radureni, y dos voces extrañas que la ráfaga se lleva, pronuncian los nombres de *Alecko* y de *Fátima* mezclados con unos suspiros desgarradores.

Apénas concluía el coronel su historieta cuando un gemido despertaba y ponía en sobresalto á todos los que dormían; los criados entraron despavoridos, y nuestro amigo el francés empezaba á revolverse allá arriba en el púlpito donde se habia encaramado. La ganga que él habia creído hallar se le convirtió en las parillas de San Lorenzo, pues como ya hemos dicho que la estufa se alumbraba por la pieza vecina, se le ocurrió calentarse á la gente de la casa, y la prendieron fuego bien ignorantes de que nuestro amigo estuviese encima tostándose como una castaña.

Al apuntar el dia todos los cazadores estaban en pié, y el coronel pasaba revista al contingente que el pueblo habia suministrado: dos ó trescientos hombres debían seguirnos á nuestra expedicion. Nos pusimos en marcha, y un cuarto de hora despues llegabamos á la vista de la pequeña flota que debia conducirnos al objeto tan deseado: esta se componía de unas cuarenta piraguas, formadas de un tronco vacío á la manera salvaje, y no pudiendo contener en sí mas que cuatro cazadores y los dos remeros.

La isla en cuestion nos estaba cubierta por una espesa niebla, y una tempestad que habia sobrevenido levantaba en el Danubio unas olas bastante considerables para tragarse nuestras frágiles embarcaciones. El llegar era cosa fácil, pero la cuestion de si podríamos volver, tratada en todos sentidos, fué por fin decidida por los paisanos á quienes se pidió su parecer en sentido negativo. Los mas obstinados cedieron á su parecer, y el primer proyecto fué substituido por una simple caza á la gallineta, sobre el mismo terreno donde nos hallabamos.

Por la tarde volvíamos á entrar en Bucharest, despues de una mala noche pasada sobre un banco de madera, y el dia en un bosque soplándonos los dedos de frio; excusado es decir que despues de esta expedicion me hallé ménos dispuesto que nunca á aficionarme á la caza y sus aventuras.

Pronósticos é indicios

DE LAS VARIACIONES EN EL ESTADO Y TEMPERATURA DE LA ATMÓSFERA.

Natural es que el deseo de conocer de antemano los cambios ó alteraciones atmosféricas haya sido siempre objeto de la solicitud del hombre, pues influye tanto en su bienestar, en sus comodidades y hasta en su subsistencia. La ciencia meteorológica data de una época muy reciente, y camina aun por sendero tortuoso y á una luz incierta, para que podamos esperar de ella resultados perfectos. Prueba de esta verdad los chascos y desengaños proverbiales que ofrecen de continuo los calendarios, á los cuales deben el descrédito en que van cayendo sus predicciones, aun para aquellos cándidos lectores que las creían á ojos cerrados. Pero la tradicion es mas poderosa que aquella ciencia, pues que sin instrumentos, sin estudios preliminares, y sin pretensiones de ningun género, posee el arte de prever las principales variaciones de la atmósfera, y ha llegado á poder reasumir en forma de simples refranes, predicciones ó pronósticos siempre confirmados por la experiencia.

El pastor, el labrador y el marino han adquirido un tacto que rara vez los engaña: en la observacion del cielo, la direccion de las nubes y los vientos, los chillidos de algunos animales, el estado de los cuerpos y de los planetas, y por el cuadro que se desarrolla á sus ojos en el momento de salir ó ponerse el sol. El estudio de las variaciones atmosféricas en un período dado debia necesariamente conducir al conocimiento de ellas en otro cualquiera, pues las mismas causas deben producir iguales resultados, y la naturaleza sigue siempre una marcha regular, en su conjunto como en sus detalles.

Los siguientes pronósticos que ofrecemos á nuestros lectores, son elegidos de entre aquellos que mas ha acreditado el tiempo.

PRONÓSTICOS DEDUCIDOS DE LA ATMÓSFERA.

Si al salir el sol se presenta mas grande que comunmente, indica vientos fuertes al tercer dia.

Si en invierno apareciera el sol muy resplandeciente ó rubio, denota frio.

Las nubes al rededor del sol son señal de lluvia, siendo rojas; de vientos si amarillas; cuando al salir el sol se manifiesta amarillo, y grande estando el dia claro, señal de tempestad.

Cuando sin que haya nube alguna se distinguen relámpagos en el horizonte, es indicio de buen tiempo y de calor.

Las auréolas blanquecinas que aparecen al rededor del sol, de la luna y de las estrellas, son señal de lluvia.

Si despues de haber llovido poco se distingue junto á la tierra una especie de vapor semejante al humo, es señal de que lloverá en abundancia.

Las nubes, que despues de la lluvia descienden hasta cerca de la tierra, y parecen rodar sobre los campos, indican buen tiempo.

Quando el arco iris aparece estando el tiempo sereno, señal de viento.

Si se presenta en dias lluviosos ó de niebla, indica buen tiempo.

Si por la mañana hubiera mucho rocío, señal de lo mismo.

La niebla despues de mal tiempo anuncia su cesacion; pero si aparece en dias serenos, y se eleva formando nubes, el mal tiempo es seguro.

El arco iris bien distinto ó doble, anuncia que continuará lloviendo.

Si las cumbres de los montes se muestran muy claras, señal de buen tiempo.

Un cielo cubierto de nubes grises y uniformes, un viento del Norte, y un frio penetrante, son señales de nieve.

La nieve fina y seca indica continuacion de frio.

Si despues del viento sigue una helada blanca, que se disipa en niebla, se prepara mal tiempo.

Si las estrellas pierden su claridad y su brillo, ó aparecen rodeadas de un círculo, es señal de lluvia.

Si se muestran en gran número brillantes y claras, y en todo su esplendor, es indicio de buen tiempo en el verano, y de frio en el invierno.

Los truenos por la tarde anuncian tempestad, por la mañana indican viento, lluvia al medio dia.

Las nubecillas blancas que pasan delante del sol cuando va á desaparecer á nuestros ojos, y se coloran de púrpura, verde, amarillo, etc., presagian la lluvia.

PRONÓSTICOS DEDUCIDOS DE LOS CUERPOS TERRESTRES.

Si la llama de la luz chispea, ó si su pábilo forma una geta, hay probabilidad de lluvia.

Lo mismo que cuando el ollín se desprende y cae de las chimeneas.

Quando suena mucho el mar en tiempo sereno, señal de tempestad.

Si el agua de los pozos sale mas caliente que lo ordinario, es indicio de humedad.

Si la brasa parece mas ardiente que por lo comun y la llama mas agitada, señal de viento.

Pero si la llama es derecha y tranquila, señal de buen tiempo.

Quando la espuma del mar rueda sobre la superficie del agua, indica tempestad.

Si se oyen de léjos las campanas, señal de viento próximo ó cambio de tiempo.

Los olores condenados (buenos ó malos), es decir, mas fuertes, son señal de lluvia.

El cambio de viento, frecuentemente anuncia borrasca.

Si la sal, el mármol, el hierro y los vidrios se ven húmedos, si la madera de las puertas y ventanas se hincha, señal de lluvia ó de hielo.

Los vientos que comienzan á soplar durante el dia, son mucho mas fuertes y duran mas tiempo que los que empiezan por la noche.

Las heladas que comienzan con viento Este son de mayor duracion.

PRONÓSTICOS DEDUCIDOS DE LOS ANIMALES.

Si los cuervos graznan por la mañana, señal de buen tiempo.

Quando los patos chillan y vuelan, sumergiéndose en el agua, indican la lluvia y la tormenta.

Si los topos trabajan mas que de ordinario, pronostican también lluvia, así como cuando las golondrinas vuelan rastrando por la tierra.

Quando las moscas pican con tenacidad, indican lluvias; del mismo modo que cuando las abejas se agitan en rededor de las colmenas, y acometen á los que se acercan.

Los pichones que tardan en volver al palomar, pronostican también la lluvia.

Quando muchas aves pequeñas se reúnen buscando alimento junto á poblado, señal de grandes heladas, del mismo modo que cuando las grullas vuelan en alto y no graznan.

Si se reúnen muchos mosquitos y dan grandes zumbidos despues de puesto el sol, indican buen tiempo.

Igualmente que cuando los palomos vuelan muchas veces de una parte á otra.

Si los pescados saltan muy á menudo sobre el agua, señalan buen tiempo.

Quando las golondrinas vuelan junto á la tierra ó el agua tocándola con las alas, señal de vientos fuertes.

Si los ánades se alisan las plumas con los picos, indicio de viento.

Si las lechuzas chillan al ponerse el sol, señal de lluvia.

Quando los bueyes pacen muy de prisa despues de haber llovido, denota que lloverá mas.

En fin, cuando está próximo un temporal de lluvias, todos los animales dan señales evidentes de inquietud;

los gorriones, las perdices, las aves de corral se espulgan, alisan sus plumas; los gallos cantan á horas intempestivas; las bestias, y en especial las ovejas, pacen mas que de ordinario; los bueyes se reúnen, las vacas aspiran con avidez el aire, los perros escarvan la tierra, comen yerba, ladran y regañan, los carneros y cabras se pelean, los puercos esparraman su comida, los gatos se lamen las manos y se las pasan por la cabeza.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Una almoneda célebre. — Historia de un abanico pintado por Boucher. — Estratagema de un joven enamorado. — Sobre las modas masculinas. — De las telas de hilo y de la lluvia. — Nuevo frac de montar á caballo. — Siguen gastándose largas las levitas. — Los chalecos sin botonaduras de piedras. — Dos palabras sobre los sombreros. — Descripción del figurin de este número.

Se ha hablado mucho estos dias de una venta pública en una de las casas mas notables del barrio de la nobleza, habitada por la señora marquesa de M..., que ha muerto á los ochenta años sin herederos directos. Su inmensa fortuna debia repartirse entre una docena de colaterales, de modo que tuvieron que venderse en almoneda todos los tesoros de buen gusto y de arte, acumulados por la familia durante dos siglos con la prodigalidad mas espléndida. Sabíase que la marquesa poseía una admirable coleccion de curiosidades raras, encajes de mucho precio, y una porcion de esas alhajas antiguas que están á la moda. Por ese motivo, toda la elegancia femenina acudió á la almoneda que ha durado tres dias.

El segundo dia, una de las reinas de la moda, madama S. D..., que habia estado indispueta la vispera, llegó manifestando una viva inquietud; queria adquirir un abanico, único en su género, esto es una maravilla, pero desgraciadamente la baronesa de C... lo habia comprado ya el primer dia.

¡Adios las ilusiones de la joven!... La pobre señora lloró de despecho... ¡era tan precioso aquel abanico pintado por Boucher, una de las glorias de la Francia, cuya biografía ha publicado M. Carlos Blanc en un librito intitulado: *Los pintores de las fiestas galantes*. Y sin embargo, la pintura del abanico en cuestion no tiene nada de galante, pues representa bailando una docena de personas muy bien vestidas, seis damas y seis caballeros, con la particularidad de que cada figura es un retrato de un personaje de la corte de Luis XIV. Boucher no ha hecho nunca nada mejor que ese cuadro de una exquisita delicadeza y de una gracia adorable. El abanico está montado de un modo original y elegante, y lo mas terrible es que la bonita alhaja habia sido vendida por una friolera, unos cien pesos fuertes... Madama D... no puede consolarse de haber llegado tarde, habla de una enfermedad, y aun de la muerte, tanto que uno de sus adoradores, un mozo joven y arrogante, (el preferido, dicen las malas lenguas,) juró hacerse con el abanico á cualquier precio.

La empresa era difícil. La baronesa de C... es una mujer de cincuenta años muy rica y muy lujosa, y que tiene la pretension de ser superior á todas las jóvenes por la majestad de sus aderezos; además, la baronesa es una mujer muy rígida que se muestra inflexible cuando se toca al capítulo de las mujeres demasiado á la moda.

Nuestro joven meditó detenidamente lo que debia hacer, y por último se decidió á presentarse en casa de la baronesa.

— Señora, la dijo inclinándose del modo mas respetuoso, si no me engaño, habeis comprado el otro dia en una almoneda un abanico pintado por Boucher.

— En efecto caballero.

— ¿Deseais conservar ese abanico?

— ¡Cómo, si lo deseo!... Me gusta la pregunta, si no lo deseara no lo habria comprado.

— Pero si hubiera otra persona que lo deseara mas que vos, por motivos de alta importancia, y esa persona os suplicara humildemente que la cedierais vuestra compra...

— ¿Qué quiere decir eso? exclamó la baronesa con aire arrogante; ¿tomais mi casa por una tienda?

— ¡Ay! señora, mi herencia está perdida, exclamó el joven con el desconsuelo mas profundo... ese abanico era para mi tío, un viejo soltero que tiene la manía de las antigüedades, y posee un curioso surtido de objetos relativos á los reales amores de Enrique IV, de Luis XIV y Luis XV.

— ¡Buena coleccion! dijo la baronesa con desprecio.

— Perdonadme que entre en estos detalles indignos de vuestra austera virtud, pero mi tío deseaba ardientemente ese abanico que ha pertenecido á madama de Pompadour, y sin mi negligencia...

— ¿Qué decis?... ¡Qué horror! ¡qué ese abanico ha pertenecido á madama de Pompadour, á una cortesana, á una impura! Afortunadamente solo le he tocado con mis guantes; voy á mandar que le arrojen á la lumbre.

— ¿Y porqué le habeis de quemar? dijo el joven; ¿porqué habeis de perder vuestro dinero? ¿porqué habeis de permitir que me desherede mi tío, vos que sois tan buena? cededme ese abanico por lo que os cuesta.

— Enhorabuena, pero abrid vos mismo ese cajon, y sacad ese abanico maldito.

El joven se apoderó de su presa, y llegó triunfante á casa de madama D..., que le dió un millon de gracias por la anhelada joya. En cuanto á la baronesa, dos dias despues llegó á saber que habia sido victima de una estratagema, que el abanico habia pertenecido á *Maria Leccinska*, luego á la princesa de Lamballe, y luego á la marquesa de M..., de modo que siempre se habia hallado en manos puras y virtuosas.

En lugar de contar esta larga historia, habria preferido hablar de las modas campestres, de los trajes de baños y de caza, pero la lluvia constante que nos inunda no permite á la ele-

gancia parisiense que saque á relucir sus trajes de verano. ¿Quién se ha de poner de pantalon blanco cuando hace frio? El hombre que lo hiciera pasaria por loco, y por esa razon los elegantes mas atrevidos conservan todavía sus paletós de invierno.

Sin embargo, he visto un frac de montar que tiene la pretension de reemplazar las casaquillas de hilo, y que será adoptado, pues conviene mucho bajo este clima británico que disfrutamos en Paris hace dos meses.

Este frac de montar se hace de fieltro de verano de color bronceado ó ceniciento oscuro; se abotona derecho; los faldones, vistos por detrás, son como los de los fracs ordinarios, y por delante están cortados á escape; el cuello se forra de seda del color del fieltro.

Las levitas conservan la misma forma recta ó cruzada, con faldones aplastados, y siempre largos.

Ya no se usan en los chalecos botonaduras de piedras, á pesar de que estaban muy bonitos con ellas; los de seda son los mas elegantes.

Los pantalones siguen sin cambio; los sombreros blancos están muy á la moda, á pesar del mal tiempo.

Pasarémos á la descripción de nuestro figurin, que contiene algunos trajes variados.

El primer personaje es un hombre de unos treinta años, y lleva una levita de paño verde de corte. Vista de espalda, la cintura es de forma ordinaria; los faldones aplastados bajan hasta cinco centímetros de la rodilla; carteras de bolsillos cuadradas y con botones; el delantero lleva una sola hilera de cinco botones para poderse cerrar hasta el cuello; mangas anchas sin bocamangas, con una aberturita redonda y un boton; el chaleco que no se ve, por la posicion del dibujo, se lleva regularmente de valencias ó de piqué, con chal subido; pantalon de bandas llamadas *mosqueteras* estampadas en la tela, redondo sobre el pié y con trabillas.

La segunda figura ofrece el traje de estío, de verano y de campo en toda la acepcion de la palabra. Casaquilla, pantalon y chaleco de la misma tela, de imperial nankin; la casaquilla se abotona á voluntad; el cuerpo y los faldones son holgados; chaleco de cuello caído, formando chal si se quiere, de un largo ordinario, y cortado recto sobre las caderas; pantalon ancho sin trabillas; zapatos de charol y sombrero blanco.

El tercer personaje lleva una levita de paño color bronce claro, con todas las partes de detrás exactamente iguales á las de la levita que ya hemos descrito; el delantero difiere únicamente porque lleva dos hileras de botones; chaleco valencias de chal abierto; pantalon de hilo inglés ajustado sobre el zapato.

Viene despues un niño de seis á siete años, con un traje de un estilo enteramente nuevo. Se compone de una levita de casimir azul celeste adornada con trencillas en el cuello y en las mangas; lleva carteras á los lados y el cuerpo es ajustado; faldones muy cortos y sin vuelo. Vista por delante, esta levita cierra á voluntad con una sola hilera de botones, y puede llevarse sin chaleco; pantalon de cuadritos, ancho, plegado por a.riba y sin trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Veinticuatro-horas en la gran Cartuja.

San Roberto... julio...

Muy señores míos;

Me piden Vds. una descripción detallada de mi viaje á la gran Cartuja, y voy á satisfacer en parte su curiosidad, pero ántes me permitirán Vds. decir algo de mi excursion á San Roberto. No saben Vds. el milagro que se ha cumplido aquí de cuatro años á esta parte. Cuando el excelente doctor Luis Evrat llegó á esta casa de locos, cuya dirección habia aceptado, no pudo contener sus lágrimas al aspecto de estos edificios viejos, húmedos, verduscos y medio arruinados donde tantos seres humanos acababan de perder en el mas doloroso abandono la poca razon y vida que les quedaba. Al pronto sintió desfallecer su ánimo, pero sobrepujando su emocion puso manos á la obra de la reforma, tal vez con demasiado ardor; pues sus recursos eran limitados y sus primeras tentativas de mejora produjeron protestas de la misma administracion, lo que parece increíble. Seria una historia bien triste aunque instructiva el referir la lucha entablada en esta ocasion por la inteligencia y buena voluntad de un hombre de corazon contra la pereza, la indiferencia, la envidia, la mala fe, la estupidéz y la rutina de las personas que se pusieron á sus órdenes y que tanto debian ayudar al alivio físico, intelectual y moral de los desgraciados locos de San Roberto. Esta lucha fué larga y encarnizada, pero el campo quedó por el valeroso campeon que concluyó por ser comprendido, obedecido y apreciado. Hoy el edificio se halla en un estado brillante; ha desaparecido la humedad y con ella los malos humores; los locos en lugar de vegetar desnudos en un calabozo subterráneo, se pasean vestidos de una manera adecuada en los jardines, cuyas flores cultivan ellos mismos. Los pobres enfermos han llegado á mostrarse tan reconocidos á las bondades del doctor, que le aman y le obedecen como á un padre. Este suele sacarlos solo á paseo, á largas distancias, despues de obligarles á hacer la promesa de que no desertarán, y jamás ha tenido motivo para arrepentirse de la confianza que deposita en ellos.

El dia de mi llegada estaban todos en el jardin, tan tranquilos y felices como nosotros que gozabamos de una salud perfecta. Nuestro paseo estaba favorecido por un tiempo excelente; nos levantamos á las siete de la mañana, á esa hora en que toda la naturaleza des-

pierta según J. J. Rousseau. ¡Ah! cuando yo gozo estos placeres experimento un justo desden hacia los que alimentan la vanidad de las ciudades, y siento no ser bastante rico ó bastante pobre para pasar la vida en el campo.

Al salir de San Roberto, pasamos por Saint-Egreve, y atravesando este pueblo vimos la casa en que vivía el célebre Barnave, rival de Mirabeau, cuando fué preso para ser conducido ante los jueces que debían llevarle al cadalso.

Para pasar de San Roberto al convento de los Dominicos es preciso subir al monte de San Martín. La cuesta es enorme, pero el viajero se encuentra indemnizado de sus fatigas por las hermosas vistas que descubre á cada paso en el valle de la Isera. Estos magníficos cuadros que la naturaleza desarrolla en las montañas parecen siempre nuevos. Aunque tengan entre sí alguna semejanza, nunca se cansa uno de contemplarlos. Pero Vds. han visto muchas obras naturales de este género para que sea preciso detenerme á describir el efecto que producen en el alma. Por otra parte, Vds. no ignoran que la pluma es ménos á propósito que el lápiz para dar una idea de estos sublimes parajes de los Alpes. Lo que me concretaré á manifestar aquí es que habiendo llegado á cierta elevación nos encontramos sobre un llano dominado por todas partes, excepto por donde habíamos subido, de rocas escarpadas entre las cuales era imposible descubrir una salida. Sin embargo, estas rocas no estaban tan juntas que sondeando el terreno no fuese fácil hallar un camino, si es permitido llamar así á una rendija casi vertical y tan sombría como las chimeneas ennegrecidas por el humo. Tuvimos que bajar pues por esta rendija empleando los piés y las manos, los codos y las rodillas, y andar así cerca de ciento cincuenta metros.

Luego que tuvimos la satisfacción de sentar el pié en terreno mas llano, percibimos en medio de un inmenso ramillete de árboles de variadas esencias, los tejados y torre del convento de los Dominicos, y algunos momentos despues, el padre Lacordaire nos hacia él mismo los honores de su convento. Antes de ser fraile, el padre Lacordaire habia sido hombre de mundo, así se echa de ver en seguida, y no de los ménos profanos. Su juventud no hacia presagiar su edad madura. Habia envejecido en la incredulidad, según sus propias expresiones, cuando oyó la voz de Dios que le llamaba, porque como él mismo añade, la fe es un misterio de la voluntad en que el talento desempeña un papel secundario. De aquí provienen las variaciones inexplicables, ó por lo ménos, injustificables de sus opiniones; los contrastes de sus maneras, las extrañas anomalías de su conducta, la singularidad de su lenguaje, y á veces de sus ideas, que chocan tanto con el hábito que viste; de aquí sobre todo la diferencia enorme que distingue su retiro del que se habia buscado san Bruno. Nada hay mas agradable á la vista, ni mas cómodo como habitación que el convento de Dominicos, expuesto al Mediodía sobre un llano elevado y bien ventilado, al abrigo de los vientos del Norte, por una sólida muralla de rocas, en el jardín natural mas risueño, mas fresco, mas verde, mas embalsamado y mas alegre que puede alcanzar la imaginación. Y ¿qué hay mas mortalmente frío, mas lúgubremente severo que el desierto en el cual san



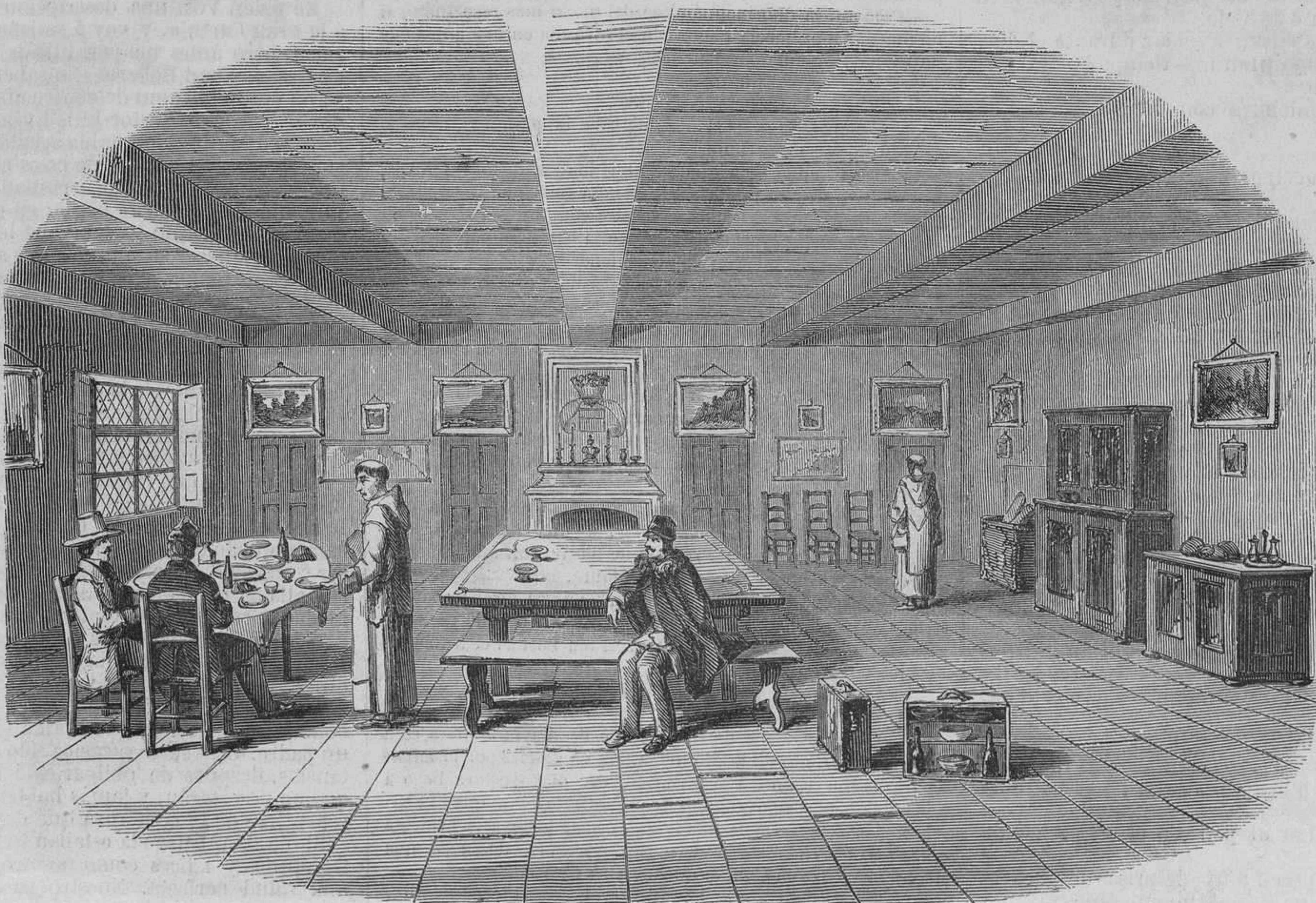
Convento del padre Lacordaire.



Estatua de San Bruno.

nozean Vds. Por esta razón creo excusado el enviar á Vds. los dibujos que he hecho de todos estos puntos. Sepan Vds. sin embargo que ninguna de las gargantas de la Suecia ó del Tirol, que tanto hemos admirado, iguala en belleza y majestad á la que conduce de San Lorenzo del Puente á la gran Cartuja, y Vds., admiradores del Oberland, serian de mi parecer si me hubiesen acompañado en esta expedición. Todo lo que Vds. prefieren se encuentra allí reunido con un arte admirable. Un sendero pintoresco que se eleva serpenteando, los costados silvestres de las montañas; rocas escarpadas de formas caprichosas que pasan sus cabezas curiosas á través de las nubes; grandes y vigorosos abetos que levantan al cielo sus cimas soberbias, agitadas con melancólica arrogancia sus ramas espesas y sombrías; y esos atrevidos puentes echados sobre los abismos, y esa calma profunda de la soledad en que retumba incesantemente la voz grave y monótona del torrente que tan pronto forma tranquilos estanques en los cuales parece que va á tomar un reposo necesario, como se precipita con furia contra las masas de piedra rodadas en medio de su cauce desde las alturas vecinas, y en los vanos esfuerzos que hace por arrastrarlas se rompe, salta de nuevo y lanza chorros de espuma en todas direcciones. Un jóven oficial que me acompañaba no habia nunca contemplado esta clase de espectáculos; así es que á cada paso hacia exclamaciones de sorpresa, de alegría y de asombro. En cuanto á nosotros, el doctor Evrat y yo, aunque acostumbrados á estas emociones, estábamos igualmente conmovidos; pero nos comunicábamos nuestras impresiones por señas y caminábamos sin cesar, porque el día avanzaba y habíamos resuelto retirarnos al día siguiente de madrugada.

Las tres de la tarde acababan de sonar cuando llegamos á la gran Cartuja. La bella pradera en el fondo de la cual se levanta su fachada, estaba á la sazón verde y alegre. Corrí á la puerta, y llama con todas las fuerzas que me quedaban, ostigado como me hallaba por el hambre y la necesidad de comer. Un hermano vino inmediatamente á abrir la puerta y nos condujo en silencio á la sala de los viajeros, donde otros hermanos nos dieron un buen almuerzo. Los cartujos, como Vds. saben, comen siempre y hacen comer de viérnes á los viajeros que se detienen en el convento. Por lo demás, he aquí el almuerzo que devoramos en un abrir y cerrar de ojos: una tortilla, patatas fritas, que-



Refectorio de los viajeros en la Gran Cartuja.

so de Gruyères, ciruelas, pasas, fresas, pan y vino.

El doctor Evrat había hecho ya varias visitas á los cartujos, por lo tanto era ya conocido y estimado de ellos, y gracias á esta circunstancia fuimos mas obsequiados que los viajeros ordinarios. Nos hicieron ver la sala capitular, la biblioteca, la iglesia, los largos corredores, los cuatro pabellones y la sacristía con todas sus reliquias, y la cocina, cuya puerta parece que no se abre sino á un escaso número de privilegiados. En una palabra, obtuvimos hasta el permiso de acompañar al doctor á la celda de un padre que estaba enfermo de peligro. Allí, mientras el doctor Evrat cumplía con su deber de médico, yo contemplaba el triste exterior donde los hombres se entierran vivos para no salir, hasta el día de su muerte, sino algunas horas fijadas por la regla de la comunidad. ¿Qué existencia! decía yo ¿cómo puede un hombre someterse á ella, desecharla y soportarla cuando goza todavía plenamente de sus facultades intelectuales y morales? Pensando en lo



Una celda en la Gran Cartuja.

Las emociones que yo acababa de experimentar habían trastornado un poco mis ideas; pero cuando volví á San Roberto, de donde escribo á Vds., cuando fui testigo de la acogida que su excelente mujer, sus dos amables hijas y sus pobres enfermos, hicieron al doctor á su llegada, afirmé mi opinion de que el hombre no ha nacido para vivir solo y no ocuparse mas que de su propia felicidad. Adios, amigos míos; aun podría añadir algunas otras reflexiones, pero temo que mi carta les parezca á Vds. demasiado larga. XXX.

BIOGRAFÍA

DE DON JUAN DE ARÓLAS.

(Artículo tercero y último.)

Compuso también Arólas poesías de una entonación verdaderamente épica, como la muy sublime que dedica á Napoleon; algunas de ca-

esperaba la muerte! ¿qué confianza en la justicia suprema ante la cual parecia que deseaba desaparecer! Una sonrisa de felicidad asomaba á sus labios entreabiertos y secos por la calentura. Contestaba á las preguntas del médico con una voz que expresaba el reconocimiento, y cuando este se detuvo á reflexionar, dijo: «Y bien, doctor! ¿cuántos minutos me quedan de vida?» — Yo no creo que se halle Vd. en tan apurado instante, respondió el doctor. — Que la voluntad de Dios se cumpla, replicó el enfermo!

Nosotros le dejamos solo en su celda, sin que la esperanza de su curación que le había sido anunciada le causase la menor emoción aparente, y confieso que durante algunos instantes no supe que pensar de la vida monástica.

Como casi todos los viajeros, yo quise asistir á los oficios de la noche; pero este espectáculo imponente ha sido referido muchas veces para que yo me entretenga en hacer una nueva descripción. Lean Vds. las primeras *Impresiones de viaje* de Alejandro Dumas, y sobre todo el capítulo intitulado *las Aguas de Aix*, y conocerán el efecto que puede producir en el alma de un hombre de mundo el oficio de noche en la gran Cartuja.

Al día siguiente, al tiempo de partir, asistí á una escena mucho mas comun, pero muy interesante. A poca distancia del convento nos volvimos como para dar el último adios, y en este instante oímos los ruegos de los cartujos que entraban en el capítulo general. Siete ú ocho padres los conducían hasta la puerta exterior. Nos detuvimos para dejar el paso libre; pero ellos se detuvieron también y se pusieron todos de rodillas. Uno solo, cuyas facciones no podíamos distinguir por la distancia, quedó en pie y dió á los demás su bendición; después se levantaron rogando, y después de haberse abrazado afectuosamente, volvieron á entrar en la soledad á que se han condenado voluntariamente.



Un Dominicó.



Un Cartujo.

que debe sufrir un hombre antes de acostumbrarse á esta vida de prisionero, miraba yo al cartujo extendido sobre su lecho de muerte. Parecia que su última hora había llegado, porque sufría cruelmente y sus facciones empezaban á desencajarse. No tenia mas que treinta y seis años y nada había perdido en catorce años de encierro de la alta y firme inteligencia con que la naturaleza le había dotado. Su fisonomía contrahida por el dolor, expresaba la resignación. Sus superiores no esperaban que pudiera aliviarse, porque le habían mandado dejar el silicio y descansar la cabeza en una almohada. ¿Con qué sincera serenidad



Vista de la Gran Cartuja.

rácter indeterminado, cuyo lirismo excede tal vez al de sus mismas *Orientales*, debiendo entre ellas citar, porque es bellísima, la que intituló *Emblema de las flores*; algunas marítimas, entre ellas la *Ballena*; algunas festivas y hasta maliciosas que, aunque pocas en número, prueban suficientemente su aptitud para un género que cultivó con tan poca asiduidad. El *Manto encantado*, la *Semana*, *Cinco meses de matrimonio* y *Tres años de pension* tienen la sal y la intención epigramática de una letrilla de Breton ó de Villergas.

Pero, generalmente hablando, en todas las composiciones de Arólas se observa cierto sabor elegíaco

que llega al alma, y que revela la melancolía habitual que devoraba el espíritu del poeta. Verdad es que la melancolía no le volvió misántropo ni escéptico, pues en sus poesías se nota entre las más lúgubres tintas el candor que caracteriza al hombre de bien que nunca ha deseado el daño ajeno, ni ha concebido la felicidad propia á expensas de la de otro. Su corazón estaba lleno de afectos tiernos; estaba fundido para el amor, como el de Napoleón, valiéndome de sus mismas palabras, estaba fundido para la guerra; nunca, ni aun después de perder la razón, perdió su amor á lo bello y su sentimiento de lo infinito; amaba á Dios, y le amaba en todas sus obras; le amaba en las flores, en las auras, en las estrellas, en los pájaros, en los arroyos; amaba al niño; á la mujer, á todo el género humano, y los que hemos sido sus amigos, los que hemos conocido tan bien su alma como conocemos sus versos, vemos en estos transparentarse aquella como si la mirásemos á trasluz de un purísimo cristal. Su corazón tan cariñoso y tierno se refleja como el azul del cielo en un lago tranquilo en la poesía titulada *los Suspiros*, última de la colección que publicó en Barcelona. Mucho siento que su extensión no me permita extraer de ella más que el siguiente trozo con que concluye :

Brisa de amores,
Brisa templada,
Dí, ¿los suspiros
Dónde los guardas?
Mientras en ellos
Tu aliento empapas,
¿Quién sabe; ay triste!
Si los maltratas,
Pues de continuo
Triscas liviana,
Vienes del bosque,
Y al jardín pasas!
Tal vez profusa
Tantos derramas,
Que no hay sin ellos
Flores ni plantas.
Tal vez los pones
En una rama
Seca y sin fruto,
Y ella los mata.
Tal vez rizando
Fértiles aguas,
Los abandonas,
Y en ellas nadan.
Tal vez te duermes,
Y ellos escapan,
Huérfanos tristes
Que nadie ampara.
Ya te los dejas
En las cabañas,
Ya en el desierto
Donde desmayas,
Ya en los palacios,
Do se acompañan
Con las lisonjas
Necias y vanas.
¡Guay que á tal sitio
Los míos vayan,
Que son sencillos
Y nunca engañan,
Y allí aprendieran
Con repugnancia
Torpes mentiras
De las privanzas!
Ponlos, ¡oh brisa!
Donde te plazca,
Con tal que vivan
Libres de infamia.
Ponlos en flores
Puras é intactas,
Que ellos van llenos
De afección casta.
Ponlos, si quieres,
En flores gualdas,
Que ellos son tristes
Como mis ansias.
Si á las adelfas
Se los regalas,
Con flor de luto
Bien los hermanas.
Mas si merezco
Bondades tantas,
Déjalos todos,
Brisa liviana,
En una rosa
Medio cerrada
Que abran apenas
Dedos del alba,
Y en sus perfumes
Daré á mi amada
Tantos suspiros
Como me arranca.
Pero los suyos
Pon en las gradas
De empuje trono,
Regiones altas,
Do serafines
Fabrican ámbar
De los tesoros
De su fragancia.
Si uno te sobra
Después que partas
De aquellos climas

De bienandanza,
No lo posea
La tierra ingrata
Que es ciego estéril
Sin fe y con manchas.
Cuando en la selva
Mas solitaria,
Entre las juncias
Y entre espadañas,
Duerma yo oculto
Como me agrada.
Ponlo en mi pecho
Sin desconfianza,
Que no lo roen
Pasiones bajas,
Ni ambición ciega
Le despedaza.
Me dará sueños
De hermosas hadas,
Que habitan grutas
Con esmeraldas,
Y en sus palacios
Veré á Morgana
Cual mis niéces
La figuraban.
Si así lo hicieses,
¡Oh, brisa mansa!
Diré en mis himnos
Tus alabanzas.

Dios de los justos,
Sumo Monarca,
Fin de tí mismo,
Principio y causa,
Que sondeaste
Con tus miradas
Del primer caos
Hondas entrañas;
Pues que más pesan
En tu balanza
Nuestros gemidos,
Nuestras plegarias,
Que las noblezas
Y escudos de armas,
Toma la cuenta,
Premia y regala
Tantos suspiros
Como se exhalan.
Y al del mendigo
Da la abundancia,
Y al del enfermo
Noches calmadas.
Al del proscrito
Vuelve la patria,
Y al del opreso
Libertad santa.
Al que navega
Dale bonanzas,
Y faro y puerto
Cuando naufraga.
Besos maternos
Tenga la infancia;
Cúmplanse á todos
Sus esperanzas,
Que á mis suspiros
Solo les basta
Ver que ninguno
Corra desgracias.

Jamás la envidia ni ninguna de las pasiones bajas que suelen fermentar en el corazón de los poetas, por lo común muy irritables (*genus irritabile vatum*), hallaron albergue en el corazón de Arólas, y la falta de envidia no procedía en él, como en otros, de un exceso de vanidad que no les permite envidiar á los demás un talento que ellos creen tenerlo sobrado. Ya hemos dicho que Arólas era humilde y modesto en demasía, y en realidad no hemos conocido otro que tuviese tan poca confianza en sus propias fuerzas. Admitía dócilmente cuantas reflexiones se le hacían; agradecía tanto las censuras como las alabanzas, considerando lo mismo las unas que las otras hijas siempre de la buena fe, y adoptaba en sus versos todas las enmiendas que se le proponían, sin discutir siquiera su oportunidad. Un día se dispuso casi con el que estas líneas escribe, porque habiéndome confiado el espujo de las poesías con que formó la colección que publicó en Valencia, no hallé ninguna que no fuese digna de ver la luz pública. Mas adelante, en 1842, hallándome en Barcelona de redactor del *Constitucional*, me remitió sin embargo otra colección mucho más voluminosa que la primera para que se incluyese en el *Jardín literario*, que era una especie de biblioteca de obras selectas que publicaba la empresa misma del periódico á cuya redacción pertenecía, manifestándome un decidido empeño de que esta colección se imprimiese en Barcelona, porque era la ciudad de su cuna. Me autorizó también para introducir en ella cuantas enmiendas considerase oportunas; pero no hice uso de esta autorización, pues si bien no se me escaparon algunos defectos que hubieran podido corregirse muy fácilmente, estaba persuadido de que los pequeños lunares que se encuentran en sus composiciones sometiéndolas á una crítica rigurosa, son insuficientes para deslustrar su belleza. Hago mención de estas circunstancias, porque son una nueva prueba de la notable modestia que caracterizaba al malogrado vate.

Arólas tomó poca ó ninguna parte en las cuestiones de actualidad, que constituyen lo que se llama hoy po-

lítica militante. No era poeta político, si bien compuso, tal vez por compromiso, algunas poesías de circunstancias que el público olvidó inmediatamente, y que él las olvidó ántes que el público. Amaba tanto el orden como la libertad, y la libertad tanto como el orden; odiaba no ménos la anarquía que el despotismo, y temía siempre legitimar aquella con este y este con aquella. Por lo demás, estaba iniciado en todos los sistemas de los grandes innovadores; tenía una ansia viva de reformas, y profesaba los sublimes principios de paz, libertad, cosmopolitismo, fraternidad universal y abolición de la esclavitud que proclamó el siglo XIX, y que irán regenerando el mundo á medida que desciendan á la práctica y se verifique su aplicación. Como todos los filósofos que levantando el apósito que cubre las hediondas llagas de la sociedad, han descubierto su origen, Arólas reconviene amargamente á los poderosos por su falta de caridad, y se queja del vértigo del siglo que ha colocado el becerro de oro en el altar de todas las creencias. Citaré algunos de los versos en que se descubren sus tendencias humanitarias. He aquí con que bellas imágenes presenta el progreso providencial, encaminado á reunir á todos los hombres en una sola familia :

Al impulso del aura procelosa
Se desprende la nuez del cocotero
De su palma elevada y orgullosa...
Dios le señalará su derrotero.

Cayó en la inmensidad del Oceano,
Y flota en los cristales errabunda;
La sublima y abate el mar insano,
La esconde entre sus senos y la inunda.

Tras agitadas noches con sus días
Encalla en arenal, en un paraje
Do no hay vegetación ni sombras frías...
Dios señaló su término al viaje.

El sol la fecundó: ya va naciendo
La palmera feraz; crece y asombra,
Y sus gigantes ramas extendiendo.
A mil renuevos suyos hace sombra.

Ya el desierto es un cármén aromoso
Con toldos coronados de rocío,
Do el aire tiene nido delicioso
Y el hombre tiene sombras en estío.

Así se desarrolla el germen puro
De civilización y de cultura,
Que en el pueblo más bárbaro y más duro
Pone esplendor, riquezas y ventura;

Pues todo lo nivela y lo concilia,
Y suprimiendo lindes y murallas,
Hará de todo el mundo una familia,
Sin fronteras, ni términos, ni vallas.

En uno de sus cantos religiosos hace contrastar la miseria del pobre con el fausto de los opulentos, para en seguida dirigir á estos una apóstrofe digna de san Agustín, que era, como nadie ignora, el apologista de la caridad :

Arreacia con furor el rudo viento...
¿Qué suspirais, sonoros vendabales
En las torres de alcázar opulento?
¿Qué gemis en sus largas espirales?

Murmurais del magnate: cien bugfas
En un ambiente de ámbar y de rosa
Sus noches iluminan como días
Al estruendo de orquesta sonora.

Vense tras los cristales, entre sedas,
Cruzar nobles y duques y barones,
Y danzar á compás vírgenes ledas,
Ninfas de flor con alas de ilusiones.

Y mientras el palacio se alborozaba,
Duerme el pobre en las piedras de la esquina,
Le desvela la rápida carroza,
Y otra vez en el polvo se reclina.

¡Ricos! en los banquetes abundosos
Si disfrutais placeres, dad al ménos;
Si dais de lo sobrante sois piadosos,
Si de lo necesario seréis buenos.

La corrupción y las vanidades de la tierra arrancan á su musa estrofas llenas de hiel, cuya amargura temple con las incansables aspiraciones que siente el alma, hácia un mundo mejor. Dice al alma :

Un átomo es el mundo contemplado
Desde tu hermosa patria y sus regiones,
Un punto que del caos desatado
Se agita en nuevo caos de opiniones.

Los hombres son gusanos siempre llenos
De codicia y de error, que con alarde
Se disputan las hojas de los henos
Que arrebatan las brisas de la tarde;

Simulacros vacíos de grandeza,
Sedientos de una gloria que retumba,
Cuyos hijos avaros de torpeza
Ha de cegar el polvo de la tumba.

Esa inquietud, el ávido suspiro,
Que en días intranquilos te devora,
De una felicidad que en vario giro
Sigues alucinada y se evapora,

Que sueñas sin cesar y huye tu encuentro,
Cual fantasma que avanza y se retira,
Revelan que apartada de tu centro
Te encierras en un pozo de mentira.

Que del festin en vasos cristalinos,
Coronados de flor los borcellares,
Con fondo de rubí brillen los vinos
Que de Shivaz producen los lugares;

Que resuenan en anchas galerías
Las notas fugitivas de almo coro,
Derramando raudales de armonías,
Como perlas cayendo en planchas de oro;

Que las nubes de orobias blandamente
Se axhalan de las urnas cinceladas,
Y embalsamen de aromas el ambiente
Como si lo habitasen bellas hadas;

Que encerrado pensil ninfas ufanas
Te brinden con su plácida terneza,
Excediendo á las mágicas sultanas
De las mil y una noches en belleza;

Tú sacas del delirio de los gustos
Hastío y sinsabor, sierpes dolosas,
Y la sombra mas negra de los sustos
Te enluta vaso y flor, festin y hermosas.

No es dicha que á tu origen corresponda;
Tu vista perspicaz mira cual barro
Las minas de diamantes de Golconda
Y el oro de Cortés y de Pizarro.

¿Te alienta la ambicion? ¿buscas la gloria?
¿Tiemblan todos los reyes que dominas?
¿Los uncas á tu carro de victoria,
Y pisando su púrpura caminas?

¿De las olas al ímpetu bravio
Quieres imponer leyes singulares,
Y superior á Xérxes y á Dario,
Domar como Calígula los mares?

Abrasa la piedad que te condena,
Ves teñidos de sangre los laureles,
Labras con la del mundo tu cadena,
Y caen los mentidos oropes.

¿Qué ha sido el esplendor que te ceñía?
Fuego fatuo, fosfórico y errante,
Que halagando el dintel de tumba fria,
Es nocturna irrisión del caminante.

¿Qué ha sido aquella fama vagabunda?
Solo sirvió para abollar la ruina;
Fué alusion que destruye y no fecunda,
Rayo que da fulgores y calcina.

¿Cómo apagar tu sed? Busca las aguas
Que manan de las fuentes de la vida,
Ya que abrasan los hornos y las fraguas
Que enciende Babilonia maldecida.

¿No ves este pantano cenagoso
Y el vértigo del siglo y su locura?
En estos senticares no hay reposo,
Mas y mas altos vuelos apresura.

En otra poesía religiosa, titulada *Justicia y Majestad de Dios*, la esclavitud y el execrable tráfico de negros le inspiran versos no ménos magníficos que los que hemos transcrito:

¿Porqué te alzaste, ó mar, con tanto enojo?
¿Eres rey de tu seno y tus orillas?
¿Monstruo traidor que tragas por antojo
Del naufragio los miembros con las quillas?

No: no agitas las olas cuando quieres,
Que á soberanas leyes te sujetas:
Díganlo las arenas donde mueres,
Lindero deleznable que respetas.

Manda Dios, y agitándose tu espalda,
Hierven en blanca espuma convertidas
Tus aguas de zafiro y esmeralda,
Que estaban en corales adormidas.

Sorbes buques infames y veleiros
Que con sangre de negros traficaron,
Con su tripulacion de bandoleros
Que de Dios y del hombre blasfemaron.

De peñascos y arenas en los bancos
Estrellas esas náos fermentadas,
Porque los atezados mal los blancos
Son hijos del Señor á quien no olvidas.

Y eres bien justo, mar, en tal venganza,
Y con justo rigor te desenfrenas,
Que el Dios de paz, de amor y de esperanza
Al hombre no creó para cadenas.

Las tendencias de cosmopolitismo y libertad son también evidentes en las siguientes estancias de *Jida y Kaled*, que es una de sus mas ingeniosas leyendas:

Porque nacieron libres son osados
Los leones que lanzan vida y muertes;
No os deslumbrén los hierros por dorados,
Borrad la esclavitud y seréis fuertes.

Las tribus de desiertos arenosos
Llevan toda su patria en una tienda,
Que de nocivos rayos calurosos
La generosa prole les defienda.

Que la patria es el suelo que se pisa
Con pié que no embarazan las cadenas,
Ya sea eden de embalsamada brisa,
Ya páramo de tórridas arenas.

Sus vírgenes anhelan los amores
Del que mostró en la lid mejor pujanza,
Y halagan sus corceles voladores,
Y sus hijos heredan una lanza.

No me parece necesario transcribir mayores fragmentos de verso para que cuantos lean este artículo coloquen á Arólas entre los poetas del siglo XIX, que, comprendiendo la verdadera mision que les impone esta época de crisis, transformacion y polingenesis para la humanidad entera, se han convencido de que para cumplirla no les basta herir la imaginacion con metáforas ingeniosas y deleitar los oídos con sonidos agradables, sino que es necesario que se propongan un fin social ó que se encaminen á un objeto moral, y que sin renunciar á lo bello, sin despreciar la forma y el estilo, procuren sobre todo poner de manifiesto los vicios de que la sociedad adolece, y levantar al mismo tiempo alguna punta del velo misterioso que oculta el porvenir. «No hay mas que dos cosas, dice Víctor Hugo refiriéndose á la literatura dramática, á que el arte puede dirigirse dignamente: Dios y el pueblo; Dios de donde viene todo, y el pueblo á donde todo va; Dios que es el principio, el pueblo que es el fin. Dios manifestado al pueblo, la providencia explicada al hombre, he aquí el fondo único y simple de toda tragedia, desde *Edipó rey* hasta *Macbeth*. La providencia es el centro de los dramas como de las cosas. Dios es el gran medio. *Deus centrus et locus rerum*, dice Filesac.

Lo que Víctor Hugo dice del drama puede aplicarse á la literatura en general. La belleza de la forma es un accesorio de que el poeta debe prevalerse, lo mismo que el orador, para cautivar la atención pública, y poder de este modo iniciar al pueblo en las grandes verdades de cuya aplicacion esperan la moral y la filosofía importantes mejoras en la condicion humana. Si el objeto de la poesia no fuese mas que agradar, debería desde luego ceder su puesto preferente á las demás artes hermanas suyas, á la escultura, á la pintura, á la música y hasta la danza, y quedar relegada en último término. Pero no, su mision es mucho mas alta. Un poeta digno de este nombre mas vive en el porvenir que en la actualidad; hasta cuando en alas de su inspiracion se traslada al pasado, en este encuentra los gérmenes del futuro; como instintivamente y por una gracia sobrenatural adivina lo que será, y traza, sin saberlo, el camino á la humanidad en marcha. El cargo de los poetas político y social, pues los poetas ó son políticos y sociales ó no son nada, es mucho mas elevado que el de los políticos propiamente dichos.

La literatura española debe al P. Arólas, á mas de los trabajos que he mencionado, tres pequeños volúmenes de poesías pastoriles y eróticas que publicó en 1843, y una leyenda en verso titulada: *Silfide del acueducto*, cuyo fragmento tomó de una tradicion que se conserva en los anales de la cartuja de Porta-Celi. Los dos grandes tomos de poesías caballerescas, orientales y religiosas que publicó en Valencia hácia 1840 y en Barcelona hácia 1842, son no mas que una coleccion de las que habian visto la luz pública en el *Diario mercantil de Valencia*, y en los periódicos literarios *la Psiquis* y *el Fenix*. Trajo además varias obras religiosas, y la tragedia *Moisés* y las poesías de Chateaubriand, siendo este trabajo uno de los que mas le honran.

En 1844 acometieron á Arólas agudos dolores de cabeza. Siguió, sin embargo, cultivando las musas, si bien no suscribia ya sus poesías con sus propias iniciales, sino con las de su amigo M. C. Ignoramos los motivos que le obligaron á ocultar su verdadero nombre, pues esta época de la vida del poeta está envuelta en las sombras del misterio, si bien no falta tal vez quien conoza los secretos de ciertas amarguras que fueron para Arólas el golpe de gracia. Empezaron á declinar sus facultades intelectuales, y zozobras continuas agitaron su espíritu, sin que bastase á disiparlas el nombraimiento que se le dió de capellan de la Escuela Normal. El estado de su salud le obligó á abandonar muy pronto este encargo; regresó á la Escuela Pia, y poco tiempo despues Valencia quedó consternada con la noticia de que el P. Arólas estaba loco. En efecto, su razon se hallaba completamente extraviada; soltó la lira, pero aunque no componia ya versos, sus delirios seguian siendo aun raudales de poesia, y Dios y la mujer sus objetos predilectos. El día 23 de noviembre de 1849 sucumbió á un ataque de apoplejia fulminante.

La exclautación hubiera tal vez salvado al pobre Arólas, pero él no quiso recurrir á este medio extremo, porque no tendiéndole nadie una mano protectora, temia ser fuera del claustro víctima del hambre. Sus recelos, aunque parecían exagerados, eran muy propios de un hombre que, sobre ser naturalmente pusilánime, nunca tocó el fruto de su incansable laboriosidad. Basta decir que las *Poesías orientales y caballerescas* que publicó en Valencia no le valieron absolutamente nada, pues las regaló y dedicó á su amigo el acreditado editor D. Mariano de Cabrerizo, para tener el gusto de verlas impresas en buen papel y excelentes caracteres. La magnífica coleccion que se publicó en Barcelona le va-

lió quinientos reales que se los remitió por especial encargo el mismo que estas líneas escribe. Me han asegurado, sin embargo, los editores que no han hecho negocio alguno con las producciones de Arólas. Si eso es cierto, el público español queda juzgado, y miéntras no salga de su postracion, conocida es la suerte que tiene reservada á los verdaderos poetas, á los hijos predilectos de las musas.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Madrid junio de 1854.

La fiesta del Salto del Doubs.

La parte del departamento del Doubs, que los habitantes llaman las *Montañas*, y que comprende casi todo el distrito de Pontarlier, es mas suizo que francés, no solo por el lago Chaillexon, por el monte Pele, la cresta Moniot y su naturaleza agreste y salvaje, sino tambien por las costumbres, los hábitos y el lenguaje de sus habitantes. En efecto, un riachuelo separa esta comarca del canton de Neufchatel, y forma en su apacible curso una serie de vastos receptáculos que se hallan encerrados entre rocas cortadas á pico con una elevacion de centenares de metros: abetos seculares coronan sus cimas, y su inmensa soledad no se ve turbada mas que por el canto de algunos pastores que vuelven á sus cabañas, ó por la campanilla del pobre ermitaño que habita la casa del cura de Russey.

Esta casa, edificada en uno de los puntos mas elevados de estas montañas, á 881 metros encima del rio, recuerda por su situacion inaccesible los castillos de los burgraves de las leyendas alemanas, un ruido siniestro llega hasta allí, y se mezcla con la ronca voz del viento que brama en las selvas circunvecinas.

Este ruido es el de las aguas del rio Doubs, que caen de una elevacion de 28 metros, hi viendo en un golfo sin fondo despues de formar tres cataratas superpuestas las unas sobre las otras.

Antes de dar este salto terrible, y como si necesitara conservar para este momento toda su impetuosidad, el rio se desliza mansamente por los vastos receptáculos que hemos mencionado.

Sobre ellos se verifica la fiesta del Salto del Doubs, que representa el grabado; fiesta marítima, si así puede llamarse, admirable contraste entre las barcas empavesadas y las montañas cubiertas de pinos que limitan el horizonte.

A estos parajes, encantadores en la primavera, acude todos los años por San Juan, un crecido concurso de los pueblos vecinos y de ciudades lejanas de Francia y de Suiza; el rey de Prusia, á lo que se dice, ha tomado parte en esta funcion mezclando sus regios fastidios con la franca alegría de los jóvenes del Locle, los Brenets, Morteau, Chaux-de-Fond.

Sea como quiera, el día de la solemnidad, á la hora en que el pastor guia su ganado al monte, los jóvenes de ambos sexos, adornados de flores y cintas, precedidos por músicos de los pueblos inmediatos, bajan por el valle, se instalan en una multitud de barcas en que ondea el pabellon tricolor, y se entregan á la apacible corriente del rio; pero apenas se anuncia la terrible catarata, apenas se mezcla el ruido del golfo con la risa y los cantares de la muchedumbre, se hace una señal, las barcas viran de bordo, y la jovial juventud huye remando del precipicio y la muerte.

Pero todos no tienen tanta fortuna; mas de una cancion ha muerto ahogada en el fondo del abismo! Las leyendas del país están llenas de narraciones lastimeras, y los habitantes recuerdan la desaparicion de una boda con todo su cortejo, que olvidando el peligro en medio de su alegría, halló la muerte en el fondo del golfo.

Tambien nosotros tenemos un triste recuerdo de esta fiesta, suceso poco conocido, y que nos ha sido revelado por el padre de una de las víctimas.

En una aldea próxima al Salto del Doubs, vivia en el seno de su familia un joven, hermosa como la naturaleza que la rodeaba, y pura como el aire que respiraba. Poseedora de un bienestar que equivalia allí á la riqueza, esta familia ejercia una influencia, sancionada por la lealtad y la buena educacion; su hija única, que llamarémos María, era, por consiguiente, sin hablar de sus dotes personales, el mejor partido del canton. Como es de suponer, no faltaban pretendientes; y aunque María habia cumplido 18 años, todavia no habia aceptado la mano de ninguno. ¿Está por ventura trazado de antemano el destino de la humanidad y el dogma del fatalismo irrecusable?

Entre los jóvenes no aceptados habia un oficial de relojero de Chaux-de-Fond, cuyas marcadas facciones y mirada sombría recordaban el ardor de sus pasiones; su mala estrella, sin embargo, pareció que no le afectaba mucho, porque despues de dos dias consagrados á la soledad, volvió de nuevo á su trabajo, y hubiera sido necesario emplear una vigilancia bien activa para descubrir la impresion que le habia causado la negativa de la joven.

En aquella época se estableció en una localidad del canton de Morteau, un médico joven, que habiamos conocido en la universidad y en los hospitales. Seducido por la belleza de María, y estimulado quizá por la posicion de su familia en el canton, pidió su mano, y mas afortunado que los otros, fué favorablemente acogido por ella y por sus padres.

Fijóse la celebracion del matrimonio para el dia de la fiesta del Salto del Doubs, con el laudable pensamiento de añadir á la festividad y los placeres de la boda los que ocasiona aquella solemnidad en que toman parte todos los jóvenes del canton.

La juventud suiza vivia en buena armonía con sus vecinos para que pudiera ser excluida; así, durante los quince dias que precedieron á la fiesta, solo se trató á las dos márgenes del Doubs, del matrimonio del médico y de los regocijos que debian tener lugar.

Como todos los demás, el oficial de relojero de Chaux-de-Fond presagiaba gran cosecha de placeres, y como para probarle su gratitud y llenar al mismo tiempo un deber de urbanidad, fué á visitar al novio, le ofreció

sus servicios y logró captarse su voluntad al cabo de algunas visitas.

Por fin llegó el dia de la doble funcion: los convidados asistieron con puntualidad, y la fiesta comenzó bajo auspicios muy favorables. Despues de la bendicion nupcial, la multitud bajó cantando á las orillas del Doubs, donde habia preparados refrescos y juegos por encargo del médico. Pronto comenzaron los paseos por el rio, y enjambres de jóvenes parejas mezclaron sus alegres cantares con los acentos de las orquestas de pueblo. Las barcas empavesadas se cruzaban en todas direcciones, y en sus evoluciones, ya lentas, ya rápidas, disminuian, aumentaban ó cambiaban su tripulacion á voluntad de los que las componian.

Los nuevos esposos obedeciendo á los secretos pensamientos de su corazon, trataban de evitar la bulliciosa compañía, y cada uno, ansioso de gozar, respetaba su soledad por discrecion y egoismo. Sus meditaciones los alejaron del teatro de la fiesta, y cuando se juzgaron solos en medio de aquella naturaleza sublime, oyeron un cántico que partia de las márgenes del rio.

Se acercaron, y reconocieron al oficial de relojero que alzaba cantando una tienda en una barca amarrada á la orilla.

— ¡Eh! amigo, gritó el médico, ¿porqué abandonas los juegos y el baile?

— Espero á mi novia, respondió el relojero con extraño acento.



La fiesta del Salto del Doubs.

— Tu novia no vendrá, porque ninguna joven deja la fiesta, replicó el médico.

— Bueno, repuso el otro, con el mismo acento lúgubre, yo iré á buscarla.

Y despues de un corto silencio:

— ¿Quieren Vds. ser mis compañeros de viaje? preguntó; ofrezco á Vds. el banco de honor en mi barca.

El camino que los dos esposos habian andado era mucho; María estaba fatigada, y no podia volver á pie á la fiesta sin cansarse penosamente.

La propuesta fué aceptada, y los dos jóvenes entraron en la tienda de la barca, que librándolos de los rayos del sol, les impedía ver por donde iban. El relojero cogió los remos y pronto ganó el largo. Despues entonó su cancion de nuevo, y tan perfectamente llevaba

el compás con el movimiento de los remos, que parecia que habia olvidado los preciosos viajeros que conducia.

Dichosos con esta discrecion, los dos amantes esposos anudaron su amorosa plática, y engolfados en ella no vieron y no oyeron nada de lo que pasaba fuera de su alcance. La barca marchaba, el relojero seguia cantando, y ellos, con las manos entrelazadas, sus hermosos cabellos confundidos, repetian palabras de amor y de venturoso porvenir en medio de un deleite inefable.

De repente cesó el cantar del remero, pero la barca obedeció á un impulso mas rápido; el navegante soltando los remos se pone en pié, y dirigiéndose con voz terrible á la hechizada pareja:

— Aquí está mi novia, exclamó, la lúgubre novia de los que no la tienen en la tierra.

Y arrojando lejos los remos:

— El corazon no ama mas que una vez, repuso él, y para amaros en el cielo, María, confio vuestra castidad á la muerte.

Y ántes que los esposos pudieran pasar del deleite al terror, la barca arrastrada por el torbellino submarino, desapareció en medio de las olas espumosas del Salto del Doubs.

Poco tiempo despues de este suceso, un pescador encontró, segun se dice, en su nasa una corona de azañar.

F. R.